

CAPÍTULO VII
EL ELEMENTO MILITAR
EL EJÉRCITO FRANCÉS

Un elemento característico del Ejército revolucionario.—Los Comisarios del pueblo o de la Convención.—Sus características personales.—Naturaleza de su función en el desarrollo de las operaciones

ENTRE el tipo general de los comisionados por la Convención para prevenir o sofocar los levantamientos populares actuando con plenos poderes y sin más freno que el de su voluntad omnímoda, figura la clase especial de los comisarios o representantes del pueblo en los ejércitos de la frontera. Su función principal era vigilar la conducta de los generales; previniendo traiciones; llegando en el ejercicio de su misión a excesos tales que no sólo intervenían en las propias acciones de guerra, sino que, como auténticos generales, trataban de imponer y desarrollar planes concebidos por sus exaltadas imaginaciones, siendo cosa manifiesta y comprensible el que, por su intermedio, la Convención misma tratase de imponerlos ordenando al alto mando de los Ejércitos en campaña la realización de admirables combinaciones militares, muy bellas en teoría, pero del todo absurdas e impracticables en la realidad, como hubo de demostrarse en nuestra campaña del Rosellón con las imposiciones de algunos comisarios, como Gastón y, sobre todo, de Fabre. El sitio de Tolón es un ejemplo notable de lo poderosa que era la autoridad o influencia del representante del pueblo en el ejército. Las destituciones de los generales De Flers y de Puget de Barbantane y la de Dagobert durante la campaña de Rosellón, son debidas a la imposición de tales personajes. El ataque y sitio de Rosas y las operaciones llevadas a cabo por el ejército francés en la zona costera de los Pirineos orientales, son otra manifestación del poder ejercido sobre el ejército por algunos de ellos. La rivalidad casi siempre reinante entre estos comisarios del pueblo y los generales o jefes militares, no podía resultar más acentuada y lógica. Resistir a su poder era en la mayoría de los casos entregar la cabeza a la cuchilla de la guillotina; doblegarse a sus exigencias significaba caer en una claudicación acompañada de las mayores vejaciones e indignidades. Condicionados por estas presiones extrañas, los jefes militares se exponían a certos fracasos y, obedientes a sus determinaciones, la derrota representaba para ellos la destitución, el subsiguiente proceso y, en la casi mayoría de los casos, la guillotina. Como tendremos ocasión de ver más adelante, en el relato de

los acontecimientos desarrollados en nuestras campañas, la exaltación de la turba revolucionaria llegaba a declarar que no era necesaria la presencia de tales jefes para llevar las tropas francesas al combate, en condiciones de poder alcanzar la victoria por sí solas sin mando alguno de carácter jerárquico o profesional. Hasta en los más mínimos detalles se veía la suplantación que de este mando militar trataban de conseguir los delegados de la Convención en el ejército, cuyos orgullo y ostentación de poder y jerarquía no podían ser mayores, pues en los mismos cuadros, dibujos y pinturas de la época puede admirarse a estos flamencos ciudadanos, vestidos con casacas bordadas, ceñidos sus talles por cinturones de los que pendían curvos sables con lujosas empuñaduras, botas de montar con descomunales espuelas, amplios sombreros llenos de plumas tricolores. No desmerecían, pues, estos representantes en su atuendo, ni en sus costumbres, de los afectados por sus otros dignos compañeros de popular representación. Todos pertenecían a la misma casta, siendo su conducta vituperable una nueva prueba de que el verdadero impulso que había movido a la revolución no era el ansia de justicia, sino los estímulos del odio y de la envidia hacia aquellos aristócratas cuyas costumbres y cuya vida depravada no podía ser más censurable, pero que, en cambio, por sus formas externas eran objeto de verdadera admiración por todos los demás, considerándoles como a la más genuina representación de la elegancia y del buen gusto, resultando, por tanto, ridículos los esfuerzos que los revolucionarios hacían por imitarlos. A propósito de estas poco armónicas relaciones entre los generales y los comisarios de la Convención y de los intentos realizados por parte de los revolucionarios para suplantar en absoluto el alto mando militar de las tropas, es interesante poner de manifiesto el concepto que, acerca de la capacidad de estos generales improvisados en unos días, exponía el representante Guillet en una carta dirigida a Robespierre. Informábale de los terribles acontecimientos desarrollados en la Vendée, y al tratar de las cualidades correspondientes a los generales que figuraban al frente de las tropas republicanas, manifiesta de modo terminante que «su incuria es tan acentuada que no son buenos ni para cabos». Como se ve la conceptuación del representante del pueblo no podía ser menos favorable. No dejaba de manifestar asimismo, que, por su parte, también él deseaba generales sans-culottes, mas no sin declarar con acertadas e indiscutibles razones que semejante condición no la estimaba por sí sola suficiente para merecer cargo militar tan elevado. Advertiremos de paso y por nuestra cuenta, que este Guillet debía de ser *buena persona*, pues así nos lo da a entender el que, llevado de su rectitud de conciencia, se atreviese a denunciar al soberbio Comité de Salud Pública, el no haberse él tomado todo el cuidado requerido para informarse de los hombres que eran dignos de mandar los ejércitos de la revolución; pretendiendo conseguir por la clemencia y por la cordura, la pacificación de los espíritus. Fervel nos ofrece también el ejemplo de un convencional «buena persona»; tal es el Cassanies, uno de los testigos e informadores que pudieron prestarle una ayuda valiosísima en la redacción de su obra, al facilitarle el conocimiento de unas memorias que, con carácter privado, había escrito sobre su intervención en la campaña del Rosellón. A ser cierto lo que en ellas se declara, la influencia de Cassanies sobre Dagobert no pudo ser más provechosa, al moderar los excesos propios del carácter violento de este general francés y, gracias a su espíritu humanitario, no se llevó a cabo una de esas tantas ejecuciones en masa que eran tan gratas a las sanguinarias apetencias del furor revolucionario. El escritor militar a que aludimos, expone en una nota que, el 15 de junio de 1793, los notables de Perpiñán se reunieron en la iglesia de San Juan, firmando una violenta protesta contra los acontecimientos del 31 de mayo. Ahogada la insurrección federal, la lista de los firmantes fué enviada a París y remitida a Cassanies para ser dferida al Comité de Salud Pública, pero el honrado convencional, lejos de hacerlo así, hubo de arrojarla al fuego. Como juicio final que sintetice el verdadero carácter de estos Comisarios de la Convención en el cuadro general de los elementos de toda clase, civiles y militares, que hubieron de intervenir en las guerras de la Revolución

ción, diremos que, si como hemos podido apuntar anteriormente, fueron las victorias de los ejércitos combatientes en todas las fronteras y en casi todas las comarcas de Francia las que pudieron hacer efectivo el triunfo de la revolución, es muy lógico que, precisamente por esta misma razón, se mostrase recelosa de su prestigio y de su fuerza, íntimamente convencida, por otra parte, de su fragilidad y temiendo, acertadamente, aquella reacción que suele producirse en todo poder que llega a sentirse superior a la fuerza que le domina. La Convención sospechaba del ejército, comprendiendo por espontánea intuición, que era tan sólo éste el que podía dar fin a aquella orgía de persecuciones, ejecuciones y medidas draconianas. Prevenirse contra esta amenaza era adoptar una actitud de defensa muy lógica, pero su incapacidad no le permitió utilizar aquellos medios que hubieran podido garantizar su defensa y la Revolución quedó, en efecto, dominada por aquellos que habían facilitado su triunfo.

Los comisarios destinados a los ejércitos eran de la misma condición de los encargados de sojuzgar las comarcas o localidades contrarias a la Revolución.

Insistiremos en hacer presente que la labor de estos comisarios pudo realizarse libremente, sin trabas ni control de ninguna clase. El poder de estos delegados fué absoluto. No había freno alguno que los contuviera. Todo el mundo tenía que obedecerles. Un comisario o representante de la Convención requisaba, secuestraba o confiscaba todo lo que le parecía oportuno: detenía, aprisionaba, deportaba o decapitaba a aquella persona que juzgaba preciso, asemejándose en su aspecto exterior y en su atuendo a un verdadero emperador otomano, dueño de vidas y haciendas.

El lujo de los antiguos aristócratas resultaba pequeño ante la ostentación de estos jerarcas. Se les veía cruzar las calles de las ciudades transportados en carrozas tiradas por seis caballos, rodeados de guardias; sentados a las mesas más suntuosas, participantes de festines que, a veces, llegaban a los 30 cubiertos, comiendo al son de la música y en compañía de un cortejo de histriones, cortesanos y pretorianos... «En Lión, testimonia un escritor francés, la representación solemne de Collot d'Herbois asemejaba a la del gran Turco. No se lograba obtener una audiencia suya más que después de muchas solicitudes iterativas; una fila de dependencia precedían al salón de recepción, nadie se acercaba a su persona a más de 15 pasos de distancia.» En estas circunstancias puede comprenderse cuál sería la vanidad inmensa de estos dictadores de opereta al penetrar solemnemente en las ciudades escoltados como monarcas y con un gesto de suficiencia que obligaba instintivamente a inclinar las frentes. Pequeños abogados sin causa, médicos sin clientes, curas, sacerdotes, defroqués, robins desconocidos, sin haber conocido en otro tiempo más que los azares de un destino incierto, se convertían súbitamente en personajes iguales a los más poderosos tiranos de la historia. Guillotinando, ahogando, ametrallando sin piedad, a merced de sus fantasías, iban elevándose rápidamente de la más baja y humilde condición al nivel de los altos potentados. Ni Nerón ni Heliogábalos sobrepasaron en ostentación y en tiranía a los representantes de la Convención. Las leyes y las costumbres contenían un poco a los primeros. Para estos segundos no había freno de ninguna clase. «Fouché, escribe Taine, con los anteojos en la mano miraba desde su ventana una carnicería de 210 lioneses. Collot, Baporte y Fouché se entregaban a escandalosas orgías en celebración de los fusilamientos y al escuchar el estampido de las descargas se levantaban de sus asientos dando gritos de alegría y agitando su sombrero. Entre los representantes en comisión o comisarios dotados de una mentalidad criminal más acen-tuada, merece citarse el tipo verdaderamente repugnante del anciano sacerdote Iebon, que habiendo sido revestido del poder supremo, arrasó a Arras y a Cambrai. Su ejemplo, junto con el de Carrier, contribuye a poner de manifiesto a qué extremos puede llegar la maldad de un hombre sustraído al yugo de la tradición y de las leyes. La残酷idad feroz del convencional llegó a revestir las formas depravadas del sadismo; la guillotina se había levantado al pie de sus ventanas, de modo que tanto él como su infame mujer y sus criminales coadjutores pudieran gozarse con el sangriento espectáculo de la

carnicería humana. Al pie de la guillotina se había instalado un puesto de bebidas, al que venían a beber los sans-culottes. Para divertirlos, el verdugo agrupaba al pie del tablado los cuerpos desnudos y decapitados en actitudes ridículas. Y todos estos testimonios, como otros tantos que pudieran presentarse, no son suposiciones vanas sino que están comprobados, incluso por las propias cartas dirigidas por los revolucionarios a sus camaradas de la Convención, y sobre todo, al amo y señor de todos ellos, al terrible Robespierre. Así, por ejemplo, la lectura de los dos volúmenes del proceso, impreso en Amiens en 1795, prueba hasta la saciedad, cuántos fueron los crímenes de Lebon, causando su lectura la impresión de un delirio nocturno, no siendo extraño que cuando hubo de celebrarse el proceso seguido por la misma Convención contra este asesino, los supervivientes a las hecatombes de Arras y de Cambray estuvieran a través de 20 audiencias declarando contra él. Lo que hubieron de contar éstos, más que seres vivientes auténticos fantasmas, fué inaudito: calles enteras despobladas, nonagenarios ejecutados en masa, muchachas de dieciséis años ahogadas después de un juicio irrisorio; la muerte ridiculizada, insultada, saboreada; las ejecuciones realizadas al compás de la música; batallones de niños reclutados para constituir la guardia de la gillotina; libertinaje, cinismo, refinamientos de sátrapa, una novela de Sada convertida en epopeya; todo esto y mucho más era el cuadro de aquel drama sangriento que con toda su maldad, aun ha sido superado en las revoluciones modernas. Claro está que, en este conjunto de representantes del pueblo, designados oficialmente con el nombre de procónsules, aunque tal designación fué poco usada por casi todos ellos, hubo alguno que no dió pruebas de estar poseído de ese carácter de sádica ferocidad, y así pudieramos clasificarlos en tres grupos distintos. Primero: los que atendiendo al dictado de su conciencia honrada, procedieron en todo momento con arreglo a las normas de una ley de humanidad y respeto a la vida del hombre. Segundo: los que llevados de un espíritu acomodaticio, ajustaron su proceder a lo que las circunstancias parecían exigir como más provechoso; y tercero: los que con un espíritu de ciego fanatismo o arrastrados por sus pasiones criminales, procedieron en toda ocasión de un modo cruel y sanguinario. El tipo clásico de los acomodaticios es Tallien; el de los criminales el tristemente célebre Carrier, y como éste, su compañero Lebon. Hay que señalar como circunstancia que pudiera, si no justificar, por lo menos ofrecer la razón de existencia de esta conducta tiránica y cruel, la de que, la Convención no exigía a sus comisionados otra cosa que el éxito de la misión conferida, cualesquiera que pudieran ser los medios empleados para conseguirlo. Si, en efecto, el propósito estaba conseguido y la sublevación dominada, aunque ello significase el exterminio de toda la población, el comisario estaba a salvo de toda responsabilidad; había cumplido con su deber y su conducta era, si no premiada, a lo menos aprobada por tan poderosa asamblea; pero si no era esto así, la suerte que esperaba venía a ser siempre la misma, según dijimos antes: un proceso, y, por lo general, como consecuencia del mismo, la guillotina. La contemporización; las medidas de buen gobierno, la autoridad razonable y meditada eran a los ojos de los convencionales una prueba de debilidad calificada de culpable y merecedora de la muerte. En estas circunstancias, dotados de un poder omnímodo, los representantes del pueblo, actuando siempre bajo la presión de una amenaza terrible, no podían por menos de entregarse a un total desbordamiento de sus tendencias criminales o por lo menos autoritarias, con la consiguiente exaltación de la vanidad más ridícula o de la soberbia más endiosada, causa de ese afán inmoderado de desplegar un lujo y una ostentación y aparatos muy superiores a los desplegados por los magnates de la Monarquía. Los delegados de la Convención no se consideraban en el caso de adoptar compasión o piedad alguna respecto de sus víctimas. Desprendidos de todos los frenos de la tradición y de la ley moral, el salvajismo primitivo recobraba todo su dominio sobre la razón y la conciencia y, a causa de ello, desbordándose los más bajos y feroces instintos.

Hacen observar a este propósito los psicólogos que, si bien la civilización refrena los

instintos salvajes, es lo cierto que en realidad éstos jamás desaparecen, pudiendo asegurarse que la cultura, la educación, el medio social elevado, no consiguen otra cosa que adormecerlos o sumirlos en un auténtico estado de letargo. Prueba de esta aseveración nos la ofrece el hecho de la afición a la caza, deporte en el que hay que reconocer una satisfacción del criminal intento de matar que a veces domina al hombre, como lo manifiesta Cuniset-Carnot en este interesante párrafo: «El placer de matar por matar, pudiera decirse que es universal y puede afirmarse que constituye el fundamento de la afición cinegética, dado que es preciso convenir en que, en la actualidad, en los países civilizados, la facultad de vivir no es para nadie imperiosamente necesaria. En realidad, con la caza continuamos en la realización de una actividad imperiosamente impuesta a nuestros salvajes abuelos por las mismas necesidades de su existencia, durante la cual les era preciso matar o morir de hambre, en tanto que hoy nadie legitima esta conducta. Mas recordada esta realidad, nosotros no podríamos conseguir reacción en modo alguno, no lograríamos romper jamás las cadenas de esta esclavitud que nos aprisiona desde hace tanto tiempo. No podríamos impedirnos el gozar de un placer tan intenso y muchas veces apasionado, como es el de verter la sangre de los animales, ante los cuales, tentándonos el placer de la caza, nos arrastra a la pérdida de todo sentimiento de piedad. Los animales más dulces, los más bonitos, los pájaros cantores, encanto de nuestra primavera, caen bajo nuestro plomo o se ahogan en nuestros lazos sin que un estremecimiento de piedad turbe nuestro placer de verlos aterrorizados, sangrantes, debatiéndose en medio de los horribles sufrimientos que les hemos infligido, tratando de huir con sus pobres patas heridas o agitando desesperadamente sus alas que no pueden más sostenerlos... La excusa es la presión de este atavismo imperioso al que no tienen la fuerza de resistir ni aun los hombres más selectos. En tiempo ordinario este atavismo sanguinario queda contenido por el temor a las leyes y no puede ejercerse más que sobre los animales. Cuando los Códigos no pueden aplicarse, la atendencia que actuó tan sólo sobre éstos se aplica inmediatamente al hombre y ésta es la razón por la cual los terroristas encuentran un placer intenso en causar una carnicería. El nombre de Carrier, gozándose en la contemplación del aspecto de sus víctimas durante su suplicio, es demasiado típico. Es necesario reconocer, en efecto, ante las pruebas ofrecidas por los anteriores datos, que, incluso en las personalidades más civilizadas las ferocidas, según hubimos de afirmar anteriormente, un instinto refrenado pero nunca suprimido o hecho desaparecer. Por eso es infame toda educación o doctrina que tienda a desenvolver en el corazón de los niños o de los jóvenes los impulsos de la violencia o de la agresividad que, por desgracia, anidan siempre en el fondo de las almas. La disciplina y el imperio de la autoridad y del orden no constituyen una finalidad en ningún caso; son tan sólo medios hábiles para una finalidad de carácter más elevado.

Un elemento francés profesional frente al ejército de la Revolución.—Los emigrados.

Una figura interesante que desempeña un papel importante en el desarrollo de los acontecimientos políticos y militares de la época de la Revolución es la de los emigrados. Dejemos a un compatriota suyo hacer la calificación y el retrato de estos personajes: «La emigración—expone Lamartine—se componía de dos partidos muy distintos, los políticos y los combatientes; los primeros se reunían en torno de los condes de Provenza y de Artois, prorrumpiendo frecuentemente en sus conversaciones en imprecaciones contra las verdades de la filosofía y contra los principios de la democracia; escribían libros y periódicos en los que la Revolución francesa se presentaba a los ojos de los soberanos extranjeros como una conspiración infernal de algunos malvados contra los reyes y hasta contra Dios; formaban consejos de un gobierno imaginario, intrigaban en las misiones; soñaban planes; anudaban intrigas y recorrían todas las cortes; alborotaban los soberanos y sus ministros contra Francia; se disputaban el favor de los príncipes fran-

céses; devoraban sus subsidios y sustentaban hasta en los límites del destierro: la ambición, la rivalidad y la avaricia de las Cortes.»

Frente a este grupo, no del todo muy bien conceptuado por Lamartine, éste presenta al constituido por los profesionales de la milicia: «Los militares tan sólo habían llevado consigo el valor, la indiferencia, la veleidad y la gracia de su país natal y de su profesión; Coblenza era el campo de las ilusiones y el de la decisión; y aquel puñado de valientes se creía constituir por sí mismo una nación; preparándose a reconquistar en algunos días toda una monarquía y ejercitándose para ello en las maniobras militares y en los campamentos establecidos en los propios campos de batalla. Los emigrados de todos los países y de todos los tiempos—expone a este propósito el ilustre historiador francés—han presentado siempre el mismo espectáculo: la imaginación tiene refracciones engañosas como las que se producen en las inmensas llanuras del desierto; llega uno a creer que se lleva la Patria en la suela de los zapatos, según la frase célebre de Danton, pero, como éste afirmaba, sólo se lleva su sombra y en los excesos de la cólera únicamente halla su piedad.»

Estos emigrados franceses invadieron en gran parte nuestras comarcas septentrionales, a lo largo de la zona Pirenaica, siendo acogidos con el consiguiente beneplácito por nuestras vecindades fronterizas, como si se tratase de algo, en cierto modo, propio. Marciac, en su historia de la guerra, informa cómo: «habiendo S. M. católica acudido a las armas para restablecer la monarquía en Francia, creyó un deber acceder a la demanda que hubieron de hacerle esos fieles franceses que acudían de todas partes para encontrar en sus dominios protección contra la anarquía, ofreciéndole su sangre por la sagrada causa de su Dios y de su Rey». No dudaban estos realistas, que se han llamado emigrantes, que la Francia misma sancionaría un día su lealtad; y que estaba reservada a los franceses, casi exclusivamente, el saber apreciar su conducta, hacerles justicia y confirmar su opinión, así como su lealtad, por un *senatus consultus*: el que ha proclamado la validez del sistema monárquico en Francia, reconociendo la ridiculez de un gobierno popular. Más adelante, al tratar de la organización del ejército español para la guerra que acababa de ser declarada, indicaremos la forma como fueron dispuestos para tomar parte en ella, limitándonos por ahora a indicar tan sólo que nuestro gobierno no creyó oportuno agruparlos a todos en una misma unidad o cuerpo exclusivo. El juicio que a casi todos los escritores franceses merecen estos emigrados no puede ser más desfavorable, ni más injusto. Y así, en el diccionario de Larousse, órgano principal de la ilustración popular francesa, se llega a declarar que este nombre, tan justamente odioso en Francia en la época de la revolución, recuerda una serie de traiciones, de complots y de intrigas contra la Patria. «Se ha pretendido—sigue arguyendo—que la emigración había sido determinada por los excesos revolucionarios; sería más exacto decir que son los crímenes de la emigración los que en gran parte provocaron las medidas terribles del período revolucionario. Es preciso recordar también que el partido tradicionalista, la facción cortesana, hubo de comenzar por declarar una guerra sin cuartel a la Francia nueva, oponiéndose obstinadamente a la realización de las más legítimas reformas y de las más moderadas disposiciones que no eran a sus ojos más que criminales atentados y odiosos excesos; maldiciendo finalmente el progreso, la justicia, el orden nuevo, la regeneración del país.» «Y como comprobación de estas acusaciones—sigue alegando en contra—aquí los datos hablarán elocuentemente: El movimiento de la emigración comenzó el 89 y fueron los miembros de la familia real, los príncipes de la sangre, quienes dieron el ejemplo. Habrá de reconocerse que estas primeras emigraciones no pueden atribuirse al régimen del terror.» Sin duda alguna así es, pero sobre la exactitud y veracidad de las razones antes expuestas para condenar la conducta de los emigrados habría mucho que hablar. Es cierto que al principio de la Revolución inicióse la huída de los propios individuos de la real familia. Es imposible negar que el desdichado Luis XVI trató de abandonar el territorio francés, siendo detenido en su huída con toda su familia en Varenne. ¿Pero ha-

brá conciencia honrada que pueda negar que dado el rumbo tomado por los acontecimientos, para ponerse a buen recaudo de la furia revolucionaria, era tan sólo la fuga el medio hábil para salvar la vida? Cuáles eran los verdaderos propósitos, el verdadero objetivo perseguido por la Revolución, no podía ser desconocido, ante el espectáculo y las manifestaciones de aquella asamblea y de aquellos gobiernos, dominados por la furia popular, por el tumulto de la calle. No corresponde, en efecto, a la época llamada del terror, la huída de los emigrados; pero mucho tiempo antes de dicha época, las persecuciones, las amenazas, los decretos tiránicos y abusivos estaban a la orden del día y el poder de los clubs y de los jefes populares había adquirido todo su desarrollo. Desde el primer momento la Revolución inició una violenta ofensiva contra todo aquello que, de uno o de otro modo, pudiese contrariar su expansión, y una campaña de persecución, de discordia, de lucha encarnizada y sin piedad se extendió por toda Francia. Las mismas discordias que reinaban en el orden civil, se fomentaban en todas las guarniciones entre los soldados y los oficiales: la insubordinación de los primeros era a los ojos de los clubs la expresión más genuina del espíritu militar revolucionario; el pueblo se sumaba en todas partes a la tropa indisciplinada, y los oficiales se encontraban continuamente amenazados de muerte por parte de sus soldados. Las plazas fuertes o ciudades fortificadas eran sin cesar teatro de motines militares que, lejos de ser castigados, eran motivo para que los soldados siguiesen actuando en la mayor impunidad y para que los oficiales se vieras metidos en prisión, sin otro recurso que el de la emigración. La asamblea, cobarde y parcial, daba siempre la razón a la indisciplina y, no pudiendo refrenar al pueblo, procuraba adularlo, justificando sus excesos y sus crímenes. En la noche del 6 de diciembre, dióse una de tantas pruebas de estos escándalos, en la ciudad de Perpiñán. La sublevación de los soldados del regimiento de Cambresis de guarnición en ella motivó el que, 50 víctimas, entre ellas el general Chollet, se vieron conducidos al gran tribunal nacional de Orleáns, como predestinados para el degüello de Versalles. Por todas partes corría la sangre; los clubs sobornaban los regimientos; las proposiciones patrióticas, las denuncias contra los generales, las insinuaciones péridas contra la fidelidad de los oficiales, constituyan la auténtica orden del día dada por el pueblo de la ciudad al ejército. En el alma del oficial no reinaba otro sentimiento que el del terror, y en el corazón del soldado la mayor desconfianza hacia sus jefes. El plan premeditado de los girondinos y de los jacobinos reunidos, no era otro que el de destruir de esta manera un cuerpo adicto al Rey; quitar el mando de esta fuerza a la nobleza; sustituir los plebeyos a los nobles al frente de las tropas y entregar de este modo el ejército a la nación; promoviendo para ello la sedición y la anarquía. Juzgando ambos partidos que la desorganización del ejército no era bastante rápida, quisieron consumar en un solo acto de corrupción sistemática del ejército, la ruina total de la disciplina y el triunfo legal de la insurrección. Esto fué, en realidad, la fiesta preparada por la asamblea en honor de los soldados de Chateauviaux, al salir del presidio de Brest, donde habían estado confinados. Estos soldados habían formado parte del regimiento suizo de dicho nombre, desempeñando un papel importante en la tristemente célebre insurrección de Nancy, acaecida en los últimos días de la Asamblea Constituyente. Para reprimir la sedición armada de muchos regimientos que comenzaba a amenazar a Francia de dejarla sometida a la tiranía de la sardadesca, un cuerpo de ejército sacado de Metz y mandado por Mr. de Bouillé, cercó la ciudad, consiguiendo la rendición de los sediciosos, tras un encarnizado combate. Tan vigoroso restablecimiento del orden, mereció el aplauso general de todos los partidos, cubriendo al general de tanta gloria como eran manifiestos el deshonor y la vergüenza de los soldados. Suiza, por sus capitulaciones con Francia, conservaba su justicia federal sobre los regimientos de su nación, y este país, esencialmente militar, había hecho juzgar militarmente al regimiento de Chateauviaux, que tan señalada intervención había tenido en dicha sublevación. Veinticuatro de los soldados más culpables fueron sentenciados a muerte por traidores a su juramento, y, en expiación de la sangre por ellos vertida, 41 de

entre ellos sufrieron su condena en los presidios de Brest. No podía aplicárseles, como soldados extranjeros, la amnistía promulgada por el Rey para los crímenes cometidos durante las commociones civiles, en el momento de aceptar la constitución. Todas las gestiones realizadas por el gobierno francés para lograr del suizo el indulto de estos detenidos resultaban inútiles, y, bajo la presión del acuerdo de la Asamblea, el Rey no tuvo más remedio que decretar por sí mismo el indulto. La preparación de la fiesta dió lugar a debates enconados y aun a dramáticas escenas, como la promovida por un asambleísta, Mr. de Gouvión, hermano de uno de los soldados muertos en la lucha contra la sublevación. El homenaje, con todas las características de una auténtica arlequinada, tuvo lugar el 14 de julio, aniversario del de la toma de la Bastilla. Semejante fiesta, según Lamartine, fué para Francia un motivo de vergüenza; los buenos ciudadanos se consternaron; la guardia nacional principió a tener las picas de los sansculottes; la ciudad, a la turba de los arrabales; el ejército, en fin, recibió allí la señal de su más completa ruina. La indignación de los Constitucionales se manifestó en las irónicas estrofas de Andrés Chénier, con las cuales el joven poeta trataba de vengar el ultraje inferido a las leyes, denunciándose él mismo para ser conducido al cadalso:

*¡Salut, divin triomphe! ¡Entre dans nos murailles!
Rendez-nous ces soldats illustrés
Par le sang de Désille et para les funerailles,
¡De nos citoyens massacrés!*

Con estos ejemplos, ¿cabía otro recurso que no fuera el de la huída?; y en cuanto a la oposición al nuevo orden que se trataba de establecer, ¿no había llegado la aristocracia, en una sesión memorable, a hacer la renuncia total de sus antiguos derechos? ¿No manifestó el clero francés una voluntad benévolas respecto de la acentuación de todas aquellas disposiciones que no atacasen, como era lógico, a las instituciones y derechos fundamentales de la Iglesia? No son, pues, justas, las anteriores acusaciones contra los emigrados, y si bien es cierto que ellos combatieron, no fué contra Francia, contra su Patria, sino contra aquellas turbas armadas que trataban de envilecerla, destruyendo sus seculares instituciones y no se necesitaba estar dotado de una fina sagacidad para darse cuenta de que las invitaciones de la Asamblea Nacional para que regresaran a su Patria abandonada no eran, en realidad, otra cosa que añagazas o lazos tendidos contra sus vidas.

El movimiento emigratorio que comenzó en 1789, después de la toma de la Bastilla, duró hasta el año 1825. dividido en dos períodos separados por el año 1800. Sobre todo, después de la matanza de septiembre, la emigración puede decirse que fué casi total. Era tan considerable el número de los emigrados en 1791, que, en Alemania, pudieron formar tres cuerpos de ejército, sumando un total de 22.000 hombres los contingentes que tomaron parte en la batalla de Valmy. Con el mayor heroísmo, intervinieron en las invasiones de Holanda y Bélgica v, en el año 1792, pasaron a sueldo de Inglaterra; en 1795 declinó en ellos la responsabilidad de lo ocurrido en la intentona de Quiberon. A partir de esta fecha, la cifra anteriormente dada experimentó una considerable disminución, no siendo ya más de 6.000 emigrados los que constituyan el cuerpo al mando del príncipe de Condé. En España se dispuso que todos los emigrados franceses entraran a formar parte de un Cuerpo con la denominación de Legión real de los Pirineos, nombrándose comandante de ella al marqués de Saint-Simon, quien, no obstante ser francés, era grande de España de primera clase y que, en el sitio de Yorktanw, se había cubierto de heridas, así como en Virginia, razones por las cuales se hallaba revestido de una envidiable reputación militar, sólidamente conquistada por sus hazañas en América. Mas, por motivos de seguridad y buen gobierno, el Rey de España, inspirado, acaso por las indicaciones del general Ricardos, que mandaba el ejército de Cataluña y que quería aprovecharse de los servicios de dichos emigrados, que con sobrada razón se suponía ha-

bían de ser en alto grado meritorios, en lugar de la Legión referida dispúsose la formación de tres cuerpos, dos incorporados al ejército de Cataluña, llamados Batallón de Valspir y Legión de la Reina. El Marqués de Saint-Simón quedó tan sólo al mando del Cuerpo constituido por los que habían emigrado a Navarra, completando así el núcleo del cuerpo formado por cuantos realistas se encontraban en España, gracias a lo cual quedaba éste en disposición de poder tomar una parte activa desde el primer momento en las operaciones que llevase a cabo D. Ventura Caro en la zona occidental de los Pirineos, pudiéndose asegurar, por otra parte, que todos estos Cuerpos llevaron a cabo su organización bajo el fuego enemigo. Marcillac estima que hubiese sido sin duda mucho más ventajoso formar una sola división con estos tres cuerpos, que, dotados de escasa fuerza, al obrar separadamente, tendrían que rendir un provecho menor.

Los servicios que parcialmente hubieron de prestar probaron hasta qué punto podía sacarse un gran partido de los esfuerzos de un cuerpo formado por cerca de 4.000 hombres distinguidos por su condición social y su exquisita cultura y unidos por el honor, el deber y el entusiasmo por sus venerandas tradiciones. Y a este propósito, refiriéndonos a los emigrados en Alemania, haremos observar que, congregados la mayor parte de ellos en la ciudad de Coblenza, en torno de los hermanos del Rey, los condes de Provenza y de Artois, juntamente con su primo el príncipe de Condé, pudieron constituir el antes citado ejército de 22.000 hombres, que al tomar parte en la batalla de Valmy dió la nota brillante del mayor heroísmo. Permanecieron internados en el extranjero hasta la época del Directorio, durante la cual regresaron muchos de ellos a su Patria, viéndose desagradablemente sorprendidos al aplicárselles con cobarde saña las leyes penales que en otro tiempo había decretado la Convención. Con ideas más generosas y con un concierto más humanitario y más digno, Bonaparte, después del 18 de Brumario, borró de las listas de proscripción a un gran número de nombres de los que en ellas figuraban, no vacilando en admitirlos al servicio de la República. Como era de esperar, la primera Restauración abrió las puertas de Francia a los últimos emigrados que quedaban fuera de ella, y, al subir al trono Carlos X, en la segunda Restauración, como premio a su lealtad y a las penalidades que habían sufrido, se les concedió una indemnización que sumaba más de 30 millones de francos de renta, lo que supone un capital al 3% de mil millones.

El ejército, llamado de los Príncipes, debía formar tres cuerpos distintos; uno, destinado para operar en la Alsacia, al mando de Condé; otro, destinado a operar en la Lorena, en unión de los prusianos, teniendo como objetivo el avance sobre París, y, finalmente, el tercero, al mando del Príncipe de Borbón, encargado de operar en las provincias del Norte. Con el tiempo se fueron organizando otros regimientos de emigrados, tales como los de Roan, Damas, Salm, Loyal-émigrant, etc., sostenidos por los respectivos países extranjeros, refugio de la emigración. Cítase el caso de una legión mandada por el vizconde de Mirabeau, hermano del célebre tribuno, cuyos soldados llevaban un uniforme negro y como distintivo unas calaveras sobre dos tibias cruzadas y cuyos desórdenes fueron de tal monta que los austriacos, en cuyas filas servían, hubieron de arrojarlos de su seno.

Se acusa a los emigrados franceses de haber luchado contra su Patria, en concierto de los ejércitos extranjeros, y es necesario convenir en que, para ellos, proceder de tal modo no era luchar contra su Patria, sino tan sólo contra una masa de compatriotas suyos que, detentando el poder, llevaban al país al desorden, la destrucción y la ruina. Si la emigración fué en masa, en masa eran también los asesinatos que la revolución llevaba a cabo con la más refinada crueldad. Y, si se acusa a la emigración del delito de haber desde el primer momento acudido al socorro de las naciones o de los poderes extranjeros, de este delito son culpables casi todos los pueblos y casi todas las naciones a través del curso general de la Historia.

Triste fué la situación de estos emigrados, que hubieron de experimentar todas las amarguras del destierro. Aunque admitidos en el cuadro general de los ejércitos austro-alemanes, su acción resultó siempre subordinada y como permitida dentro de los límites

asignados a un orden secundario. Después de la campaña de Francia, la vuelta fué realmente lamentable y los que tan locamente se habían vanagloriado de no tener necesidad más que de unos cohetes, para someter a los revolucionarios, llegando a precisar de antemano el día y la hora en que habían de realizar su entrada en París, se vieron en la triste y vergonzosa necesidad de tener que regresar, humillados y cabizbajos, a sus antiguos hogares. La conducta con ellos no pudo ser más desconsiderada, y en esta conducta no dejó de participar nuestra propia Patria, que, a partir de la Paz de Basilea, no vaciló en arrojarlos del territorio español, excepción hecha de los religiosos y de los sacerdotes. De la noche a la mañana, el Rey de Prusia licenció totalmente a todos aquellos que tan valientemente habían combatido al lado de sus tropas, y, como consecuencia de las sucesivas victorias de la República, fueron poco a poco expulsados de Bélgica, Italia, Austria, Turín, Prusia y Suiza. La desesperación y la falta de recursos llevó a muchos de ellos, como pasó en España, a seguir sirviendo en las filas de los ejércitos extranjeros, y se dió el triste caso de contemplar a más de 30.000 personas, entre las que figuraban aristócratas del más rancio abolengo, caídos en la mayor indigencia y en el mayor abandono, todo lo cual es estimado por sus enemigos como el condigno castigo de su, para ellos, cobarde fuga y posterior traición contra la Patria luchando, al lado de los ejércitos de las demás potencias coaligadas, contra la revolución.

Pero es triste tener que reconocer asimismo que la conducta de estos emigrados, tan digna por unos conceptos, es por otros francamente censurable, dado el lamentable ejemplo por ellos ofrecido de la mayor amoralidad. Y esta conducta, en ocasiones verdaderamente disoluta, hubo de resultar más extraña sobre todo en nuestra Patria, con cuya religiosidad y hábitos morales contrastaba en absoluto. Todo ello era consecuencia del ambiente intelectual y moral que había venido a establecerse en estas clases elevadas de la sociedad francesa, minadas por el escepticismo religioso, ya que no, por la impiedad misma. Y como expone acertadamente el marqués de Lozoya en su introducción al epistolario de su venerable ascendiente:

«Al tiempo de ser convocados por el rey de Francia los estados generales de 1789, la vieja nobleza francesa había perdido por completo el espíritu cristiano y lo había sustituido por las ideas filosóficas de la enciclopedia, que la inducía a una filantropía afectada, grata a corazones sensibles, muy distinta a la verdadera caridad. Las austeras virtudes de la raza habían quedado relegadas a los hidalgos de provincias, a la aristocracia de toga, un poco desdeñada siempre. La gran nobleza era viciosa, ilustrada y escéptica, devota ferviente del talento y de la gracia en el decir; las mujeres, amables y espirituales. Todas estas cualidades eran causa de que la aristocracia francesa constituyese una clase social completamente distinta de las demás clases sociales y con características realmente brillantes y sugestivas. Pero, cabalmente, en estas brillantes cualidades y superioridad, descansaba lo peligroso de su situación. Se les odiaba por sus privilegios, por su altivez, por sus desdenes; se envidiaba su lujo, su elegancia y su talento; se temían sus fervientes opiniones realistas. Desde el primer momento, estas gentes tenían que carecer de seguridad, lo mismo en sus haciendas que en sus vidas: muy pronto no hubo asilo para ellos; en los campos, los aldeanos quemaban sus castillos y asesinaban a sus moradores; en las ciudades eran los nobles denunciados y aprisionados, sin que les valiera al cabo ni aun la claudicación de sus principios.» En tales circunstancias, digan lo que digan los partidarios de la revolución, no había otro recurso que el de ponerse a salvo; abandonando una Patria que, lejos de ser un hogar de refugio, era una amenaza segura de persecución y de muerte. Se imponía la huída; era preciso emigrar. Los emigrantes previsores, los que se apresuraron a abandonar la Patria cuando sus vidas no corrían aun gran peligro, hicieron del destierro una alegre fiesta, un placer, que les permitía conocer nuevos países. Hubieron de abandonar luego el suelo patrio los caballeros a quienes el deber llamaba en torno de las banderas que tremolaban ya, los Príncipes de la sangre; los sacerdotes, a quienes sus creencias impedían prestar el juramento de apostasía. A última hora, ya en pleno terror, clérigos y aristócratas conseguían

aun huir apresuradamente tras los mayores peligros y fatiga, sin recurso alguno y viviendo en el extranjero una vida llena de privaciones y hasta, a veces, de auténtica miseria.

En esta emigración de los nobles y monárquicos franceses, si Coblenza fué el punto de concentración de la mayor parte de los aristócratas realistas y militares fugitivos de su Patria, España, por sus especiales características, tenía que ser el lugar de refugio más apropiado, no sólo para los emigrados próximos a nuestra comarca fronteriza, sino, sobre todo, para aquellas personas que por investidura sacerdotal o religiosa o por otras características personales, mantuviessen relación más o menos directa con cuanto afecta a este orden, y así, según escribe el marqués de Lozoya, ~~ca Espana, país tenido en Europa por el más extremado en sus ideas católicas y realistas, afluieron en gran número los emigrados, sacerdotes sobre todo, acogidos generosamente por el pueblo y no, sin desconfianza, por el gobierno, bien por la prevención que suscitaba entonces cuanto venía de Francia, o por las intrigas de los diplomáticos que la revolución sostenía aun en España. Geoffray de Grandmaison fija en 20.000 y, entre ellos 15 prelados, el número de sacerdotes que encontraron en el pueblo español una acogida piadosa y cordial. Navarra fué por su proximidad a Francia uno de los sitios donde se refugiaron el mayor número de sacerdotes franceses, entre ellos Monseñor Juan Carlos de Coucy, Obispo de la Rochella, llegado a España en junio de 1791, y que en 4 de octubre del 92 dirigía desde Pamplona a sus diocesanos refugiados en España una carta pastoral, llena de unción y de espíritu de martirio, y otros muchos que recibieron hospitalidad en Irunzu, Mella, Leire, Puente de la Reina, Lerín y otros puntos, en donde fueron acogidos afectuosamente por el clero y la nobleza del país».~~

Pero en España, como en los demás países, según tenemos indicado, la conducta de los emigrados franceses no les hizo acreedores a una viva simpatía. Si, como acabamos de exponer, los obispos y sacerdotes franceses merecieron por su conducta la mayor estimación entre nosotros, no sucedió así con los caballeros franceses que habían encontrado refugio en Pamplona y que, fueron tantos, que el general D. Ventura Caro y el virrey Alvaro de Sotomayor, se vieron en la precisión de tener que pedir instrucciones al gobierno sobre su alojamiento. Y en verdad que sus cualidades les hacían peligrosos. Si por una parte su elegancia y su gallarda apostura admiraban a las damas, su petulancia, su espíritu volteriano y sus costumbres viciosas les hacían antipáticos. La sociedad del siglo XVIII no brillaba por su moralidad—dice Geoffray—; después de 1789 los trastornos domésticos y la ausencia de toda influencia religiosa no habían purificado las costumbres. Un gran número de gentiles-hombres emigrados no habían abandonado, en medio de sus desdichas, sus hábitos disolutos. Forneron, en varios pasajes de sus obras, habla de las livianas costumbres y de los vicios escépticos de los caballeros del Trono y del Altar. En carta escrita en Pamplona el 29 de febrero de 1794, un joven oficial del regimiento de Segovia (era cabalmente el teniente D. Luis Domingo de Contreras-Girón y Escobar) se queja de la irreligiosidad de los emigrados, tales como la vizcondesa de Barthe y Mlle. de Chaverón, y cita el hecho, presenciado por él, de que, habiéndose encontrado con el Santo Viático, un grupo de franceses, ninguno se quitó el sombrero ni cayó de rodillas. La marquesa de Lozoya llega hasta exponer en una carta (31 de enero de 1794) la desconfianza con que todos veían en Pamplona a los emigrados, de los cuales dice que, entre algunos buenos, había muchos sospechosos, y su deseo de que les alejasen de la plaza. En una carta que figura unida al epistolario inédito del Teniente D. José de Heredia y que viene firmada por un pariente suyo oficial de la marina española, llamado Diego, éste informa a su tío el cardenal Lorenzana, que hallándose en el puerto de Tolón, paseando por uno de sus muelles, contempló cómo unos franceses se burlaban de unos soldados nuestros, quienes con todo respeto habían saludado a un capellán del ejército, echándoles en cara se mostraban dispuestos a saludar a unos seres tan ruines. Los contrastes entre el sentir español y el de los franceses no podían estar más acusados. Existía una franca oposición. Pero como ya hicimos observar anterior-

mente, en honor a la justicia hemos de reconocer que, al lado de tan censurables cualidades, mostrábanse otras dignas de admiración y que hubieron de brillar en todo su esplendor. «A principios de junio de 1793, Pamplona se llenaba de emigrados que acudían a levantar legión—continúa informando el ilustre marqués de quien son gran parte de las declaraciones anteriormente expuestas—: entre ellos había algunos de la mayor distinción y que habían ocupado altos cargos militares, como el marqués de Buzols, el de Bouillé, el conde de Bissy y el de Clarac, el vizconde de Charrette, el de Barthe, el de Brie, Mr. de Buix; innumerables muchachos del mejor porte, hijos de caballeros venían a alistarse como soldados rasos. Algunos, entre ellos el general de Saint-Simón y Mr. de Rouvory, su hijo, asistieron al combate de Castell-Piñón, y cuéntase que, ante la maravillosa acometividad de los españoles, juró el marqués entrar en París con 20.000 hombres como aquéllos. El 10 de junio debía haber ya en Pamplona suficiente número de «petímetres» (así llamaban las damas pamplonesas a los caballeros del rey por la elegancia de su aspecto), pues en ese día nombró Saint-Simón los oficiales entre los que tenían preparación militar.» Y como hechos que ponen de manifiesto, entre otros muchos que pudieran citarse, las cualidades de gallardía y heroico valor de estos emigrados franceses, el Marqués de Lozoya cita los siguientes: «La Legión Real de los Pirineos permaneció guarneciendo Pamplona hasta primeros de enero de 1794 en que salió a campaña ocupando la posición de los Alduides en terreno francés, la más peligrosa y avanzada de los Pirineos; desde entonces los legionarios franceses combatieron a las tropas republicanas con un valor rayano en la desesperación. El 26 de abril de aquel año, los realistas mandados por Mr. de Sain-Simón ocupaban el puesto de Cohorto, a cuatro leguas de Burguete, cuando recibieron el encargo del general Caro de destruir los puestos que mantenía el enemigo delante de Baigorri. Al caer la noche de aquel día, que vino muy oscura y lluviosa, la legión se puso en marcha; el camino que la entusiasta tropa había de seguir era muy accidentado y escabroso y discurría entre precipicios; en una pequeña elevación, por encima de él, mantenían un puesto avanzado los republicanos, los cuales, para su seguridad, habían cortado la estrecha senda. No lo advirtió un auvernés, dé Assas, que iba el primero entre los que hacían avanzada a la descubierta, y fué a estrellarse contra los neñascos de un barranco. Medio muerto, tuvo fuerza y valor para volver a los suyos y advertirles del peligro, conteniendo sus gemidos, que hubiesen alarmado a los cien sans-culottes que guarneían el puesto. Al amanecer, estos soldados de la Convención distinguieron la retaguardia de los realistas y con sus disparos avisaron a sus compañeros de Baigorri, que no pudieron impedir con un diluvio de balas que los legionarios, bisoños en sus tres cuartas partes, ocuparan a la bayoneta todas sus posiciones al grito de ¡Viva el Rey! Cumplida su misión, que no era otra que impedir a la guarnición del fuerte de Arol atacar de flanco al general Caro, fué preciso emprender la retirada, más difícil aun que el avance por dominar los sans-culottes el camino por donde se había de efectuar. Después de mantener un combate en cada palmo de terreno, la legión, diezmada y cubierta de gloria, volvió a sus posiciones primitivas.»

«El 3 de julio de 1794, día en que los republicanos atacaron por los Alduides, portóse la legión valentísimamente, cubriendo la retirada de las tropas españolas atacadas por un ejército francés muy superior en número hasta las reales fábricas de Erguí. Un poco más tarde, el 10 de julio, acaeció el ocaso y fin honroso de la legión real de los Pirineos, refugio de los caballeros de Francia. Deseando vivamente los republicanos exterminar la pequeña tropa de los que odiaban como a traidores, atacaron el campamento de Mr. de Sain-Simón en Arquinzum, al tiempo que La Tour d'Auvergne, el primer granadero de Francia, procuraba cortarles la retirada con ciertas tropas escogidas. Los realistas llevaron a cabo una defensa heroica, y al cabo lograron retirarse por una hábil maniobra, si bien casi la mitad de ellos quedó tendida en el campo. El marqués, atravesado el pecho de un balazo, siguió dando las voces de mando en la retirada y no fué hecho prisionero gracias a la abnegación de los suyos. «Aier —escribe la marquesa de Lozoya—, a 11 de

julio, acometieron los enemigos el campamento de nuestros realistas, que estaba delante de la fábrica de Erguí; lograron desecharlos de él con bastante pérdida de nuestra legión, pues el general de éstos, que es el Marqués de Saint-Simón. Llegó aquí esta mañana gravemente herido; ha hecho una defensa muy gloriosa, pero le ha costado lo menos doscientos muertos, o heridos, que prisioneros no se dejan llevar porque saben que sus paisanos les darían una muerte cruel.» Parece, sin embargo, que los republicanos apresaron 49 legionarios heridos la mayor parte de ellos y que los pasaron inmediatamente por las armas.»

Los emigrados que combatieron en las filas de nuestro ejército no desmerecieron en su conducta valerosa de la acreditada por aquellos otros de sus compatriotas incorporados a las unidades de los ejércitos austriacos y prusianos. Y estas excepcionales cualidades de valor no quedan amenguadas por el reconocimiento del principal impulso que pudieran originarlas. «Indudablemente—como afirma el Marqués de Lozoya—, una de las causas del extraordinario valor que desplegaban siempre estos caballeros, obligados a luchar por la Patria en contra de sus mismos compatriotas, está en la desesperación, pues sabían que el que cayese prisionero, aunque se hubiera batido heroicamente, aunque estuviese cubierto de heridas, sería fusilado luego como traidor, si es que no se le reservaba para la guillotina. En cambio, como las órdenes del general Caro eran precisas respecto al buen trato de los prisioneros, los legionarios se veían obligados a guardar la vida de los soldados de la República que caían entre sus manos; pero se desquitaban mirándolos con el mayor desprecio, sobre todo si habían poseído grados militares o títulos de nobleza en el antiguo régimen.» «Cuando uno de ellos era hecho prisionero—dice Fornerón, refiriéndose a los oficiales que servían a la República—era mirado con cierta clase de piedad por los nobles que habían abandonado Francia.»

El general de la Genetiére, prisionero de los españoles en la toma de Castel-Piñón, había sido Mariscal de Campo de Luis XVI; como se encontrase en nuestro campamento con el Marqués de Saint-Simón, saludóle cortésmente, dándole nombre de amigo, y el emigrado respondióle con altanería y aun prohibió a sus realistas que le visitasen bajo pena de la vida. Quellóse el primero de la afrenta sufrida ante el general en jefe D. Ventura Caro, y éste, siempre caballero con los vencidos, respondió al marques, el cual arguyó que quien era enemigo de la Patria, del Rey y de la Religión no podía recibir trato amistoso del que había ofrecido su vida a estos altos ideales. (Así lo hace constar la marquesa de Lozoya en sus cartas del 31 de mayo, 3 y 10 de junio de 1793). Pero, a pesar de todo esto, la ley de la naturaleza, más poderosa a veces que las propias pasiones y miserias de los hombres, hizo que en más de una ocasión los emigrados franceses y los sans-culottes en pleno combate se contemplaran con mutua admiración. No obstante, y a pesar de todas las diferencias, los emigrados franceses siempre no dejaban de estimar el valor de los soldados de la República y aun de enorgullecerse de ello; los sans-culottes, por su parte, tenían el más alto concepto de la valentía de los legionarios. Como en cierto combate de los Pirineos hiciese prodigios de bravura el Comandante español Cagigal, los republicanos tuvieronle, a causa de esto, por uno de los realistas franceses, a los que parecía por su alta estatura y su color blanco y rubio, y esta equivocación estuvo a punto de costarle la vida.»

«La lucha de estos emigrados franceses fué realmente desesperada, y no obstante su casi total aniquilamiento, todavía algunos de aquellos soldados huraños y bravos que llevaban los más claros nombres de Francia, miserables despojos de la legión despojada en Erguí, siguieron luchando tenaz y rabiosamente al lado de nuestras tropas contra la Revolución, que les había arrebatado sus privilegios, que les había perseguido y despojado. que había dado muerte a su Rey. El 25 de junio de 1794, defendieron valentísimamente el puente del Bidasoa en el valle de Lerín, cubriendo la difícil retirada. Firmada la paz de 1795, los nobles emigrados tuvieron que sufrir infinitas vejaciones por la ingratitud de España y por la implacable hostilidad del directorio, que los miraba como traidores. Y

al llegar a este punto el Marqués de Lozoya, coincidiendo con los más ilustres historiadores o comentadores de la historia de la revolución, se cree en el caso de protestar contra semejante designación o, mejor dicho, calificación: «Es cierto que no merecían ese nombre—afirma nuestro escritor—; en su conciencia, el concepto de servir a la Patria estaba unido todavía al de servir al Rey; sirviendo al Rey, tan leal y abnegadamente, servían a su Patria, según el régimen feudal, que era el suyo todavía. Por otra parte, no podían tener escrúpulo en luchar al lado de España, que hacía la guerra, no contra Francia, sino por la vieja Francia y contra la Convención, cuyo caballeresco desinterés era patente y que se apresuraba a proclamar, en los pueblos conquistados, a Luis XVII, el desgraciado niño rey que se envilecía física y moralmente en su prisión.»

Por lo que tiene de instructiva no vacilamos en seguir tratando de esta enseñanza que nos ofrece la propia realidad del hecho histórico. Cualquiera que pudiera ser la razón o justicia de su causa, es lo cierto que la conducta observada por los emigrados en los países que hubieron de acogerles humanitariamente fué la causa del fracaso total de sus intentos. Lejos de observar una actitud seria, austera, cual correspondía a lo trágico de su situación, desde el primer momento esta legión brillante de emigrados persistió en mantener aquel lujo y aquella entrega completa a los placeres, que habían constituido la característica de la corte versallesca: la ostentación y el vicio eran su habitual entretenimiento. Mientras hubo posibilidades económicas para ello, este boato de vida hubo de mantenerse; mas cuando los recursos fueron agotados, fué preciso echar mano a los sordos de aquellos países a los cuales se habían acogido y que, si en un principio hubieron de atenderles generosamente, más tarde, cansados de sus constantes demandas, en ocasiones revestidas del carácter de la mayor exigencia, no tuvieron más remedio que proceder de otro modo, adoptando una actitud de reserva y aun de franca oposición a sus necesidades. Por parte de algunos de estos estados no hubo reparo en llegar a hacer sufrir a sus acogidos las más marcadas humillaciones; y de este modo el calificativo de *emigrado* hubo de descender a extremo tal, como el de ser considerado sinónimo de *pobre diablo* y de *parásito*. Púdose pensionar cumplidamente a los príncipes y a los jefes principales: algunos pocos, privilegiados, pudieron conservar sus recursos, pero la mayoría se vió en la triste situación de tener que vivir en el más completo abandono al no recibir recursos suficientes o siéndolo de un modo irregular e inseguro. A este propósito, son interesantes los relatos de Beaumarchais, refugiado en Hamburgo, la ciudad libre alemana, centro de una población laboriosa y honrada. No era cosa rara ver a antiguos caballeros de la Orden de San Luis, personas que habían subido a las carrozas reales, pedir o suplicar una limosna en un rincón de las calles, v. referente a este asunto, nada más elocuente que la confesión hecha por el insigne Chateaubriand describiendo su propia miseria y la de sus compañeros en sus célebres *Memorias de Ultratumba* y que tratan de su destierro en Londres: «El hambre—declara—me devoraba, yo chupaba pedazos de tela que recogía en el agua; mascaba hierba y papel. Cuando pasaba delante de las naderías, mi suplicio era horrible; en una dura tarde de invierno permanecí horas y horas plantado delante de una tienda de frutas secas y de carne en conserva, avalando con mis ojos todo cuanto veía; yo hubiera comido no solamente los comestibles, sino los botes, los cestos y los cocuruchos...»

Hay que reconocer que, fuese a causa de su orgullo, de su altanería o de sus desmedidas pretensiones, las potencias extranjeras trataron con cierta reserva, por no decir menoscabo, a los emigrados franceses, que vieron en más de una ocasión completamente rechazadas sus proposiciones y desoídos por completo sus consejos. Rara vez hubieron de formar parte de los consejos de las potencias coaligadas, no ya los jefes realistas, sino incluso los mismos hermanos del Rey, los Condes de Provenza y de Artois, y de tal manera los juzgaban embarazosos, que en 1793, Inglaterra abrigó la idea de expedirlos al Canadá, bajo el pretexto de procurarles un asiento seguro y apropiado, y Catalina de Rusia, que en un principio los había acogido con la mayor generosidad, quiso estable-

cerlos más tarde en una colonia meridional, seis millas al borde del mar de Azof, nombrando gobernador de la misma al Príncipe de Condé con las prerrogativas y honores correspondientes a un pequeño soberano. Más generosa Inglaterra, concedía a los refugiados en Londres un chelling diario en concepto de subsidio, que, si no es mucho que digamos, establecía, sin embargo, una notable diferencia con la suerte de aquellos otros faltos de todo recurso.

Muchos de los que se encontraban en tan triste situación, antes de morir de hambre y de miseria, adoptaron la noble resolución de encontrar en los productos del trabajo el remedio a sus males, y así pudo verse, lo mismo en Inglaterra que en Hamburgo y demás poblaciones alemanas, en Suiza, en Viena, en Italia, duquesas, marquesas y otros aristócratas establecerse en comercios diversos como las mercerías, perfumerías, cafés, talleres de confección, etc., etc. Vióse a aristócratas como el Conde de Vieuville hacerse comerciante en un rincón de una calle d'Erlangen; al caballero de Lanty, actuar como criado; a la condesa de Vireu convertirse en revendedora a pleno aire; a la marquesa de la Londe trabajar como cajera; a Mlle. de Saint-Marceau de dependienta de comercio, etc., etc. Como caso curioso se cita el de un emigrado que iba por las casas ricas a sazonar las ensaladas, con cuyo trabajo parece ser que encontró un fácil medio de vida. Como ocurre siempre en estos casos, otros más desaprensivos o de más amplias iniciativas, dieron con otros medios más lucrativos de existencia, acusándoseles de haber recibido como premio a sus traidores manejos para fomentar la guerra civil en Francia o poder llenar misiones de espionaje, subsidios y premios de consideración.

Abrumados por el abandono, y muchos veces por la miseria, fueron muchos los emigrados que, bajo el imperio del Directorio y, aún más, del Consulado, lograron ser eliminados de la lista de los que habían huído del territorio nacional, pudiendo regresar a la Patria abandonada; pero, como ya dijimos antes, vieron con sorpresa que el Directorio les aplicaba los mismos castigos que había decretado la Convención. Napoleón, con miras mucho más amplias y sentimientos más generosos, por una amnistía del 26 de abril del año 1802, abrió por completo las puertas de Francia a estos emigrados y fueron muchos los que al servicio del nuevo Emperador hubieron de recobrar sus antiguas jerarquías sociales. A la restauración borbónica, los que habían permanecido en el destierro y que constituían el partido llamado de los «ultras», desempeñaron un papel señaladísimo. Dícese de ellos que, más realistas que el Rey mismo, como consecuencia de su desgracia y su destierro, nada habían olvidado ni nada aprendido, y Berenguer en su famosa obra «El marqués de Carabás» hace una personificación satírica de estos aristócratas y emigrados franceses que, durante los reinados de Luis XVIII y de Carlos X, trataron de restaurar el antiguo régimen con todos aquellos privilegios que habían sido uno de los objetivos más odiados por el pueblo francés, logrando conseguir, según hicimos observar anteriormente, que en el último de los dos reinados se les concediese aquella reparación pecuniaria que la masa popular del país denominó: *el millar de los emigrados* (1825).

EJÉRCITO FRANCÉS

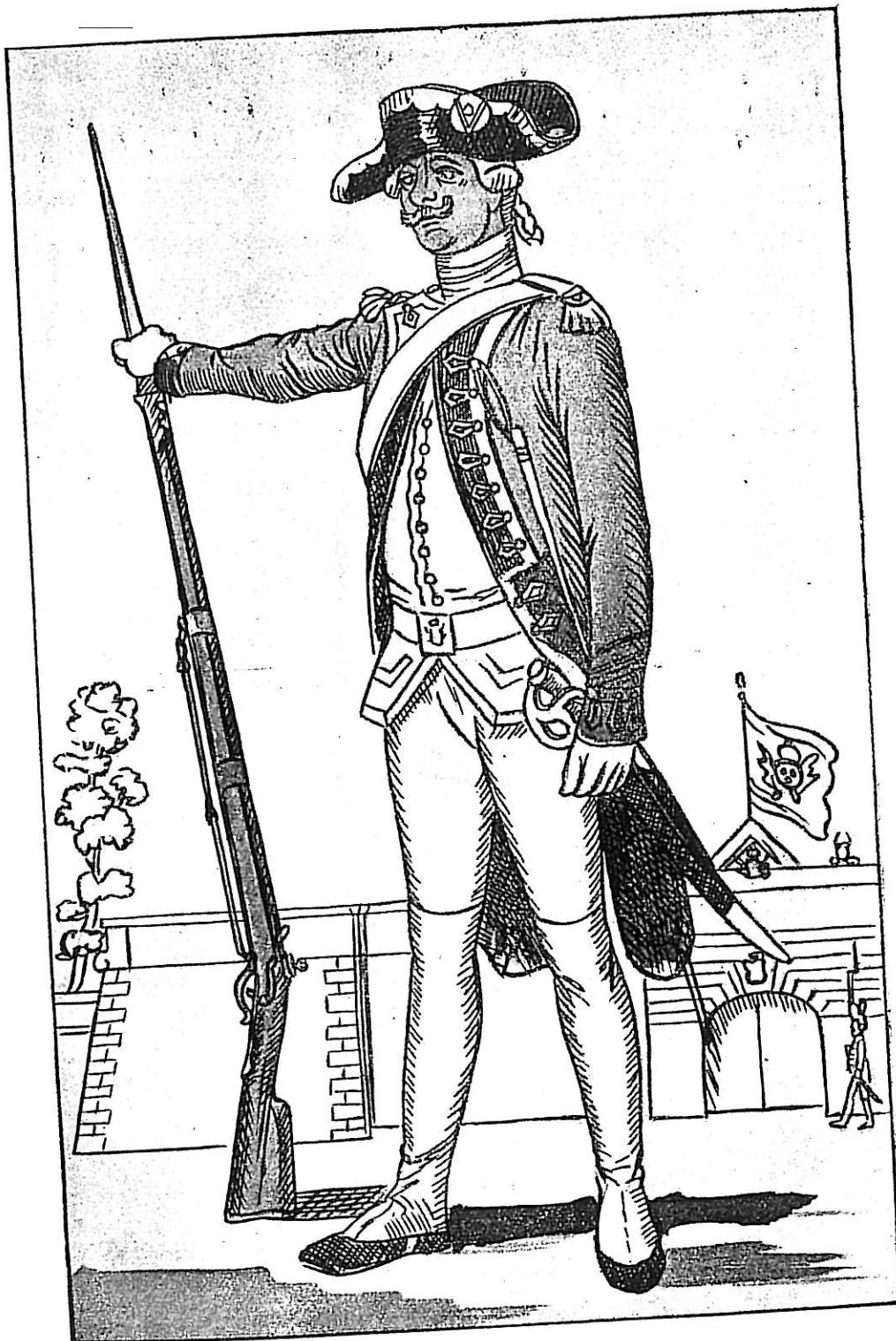
Cuando Luis XVI subió al trono en 1774, su ardiente deseo de conservar la paz le llevó a no ocuparse grandemente de los asuntos relativos al ejército. Al año siguiente de este acontecimiento el Conde de Saint-Germain, que reemplazó al Mariscal de Muy, procuró por todos los medios posibles la reforma del mismo. Puede asegurarse que tan sólo el interés y el deseo de cumplir con su deber le llevaron a remover cuanto era posible, y sería faltar a la justicia no reconocer que poseía capacidad y preparación para ello, pues habiendo hecho su aprendizaje en Austria, era ésta una nación en la que las instituciones militares habían adquirido un verdadero progreso, manteniendo principios y procedimientos propios que bien puede afirmarse constituyan una verdadera escuela austriaca de

arte y ciencias militares. El barón de Besenval en sus memorias, refiriéndose a las reformas introducidas por Saint-Germain, declara que las bases de su sistema descansan en buenos principios. Imponían éstos una subordinación gradual exacta, un servicio puntual y continuo. Conociendo hasta qué punto el espíritu de los aristócratas era contrario a estos principios, trató de alejarles de la milicia y sus primeras disposiciones tendieron a la reforma o supresión de esos cuerpos fastuosos y privilegiados que eran motivo de envío o escándalo para los demás y de esos cargos honoríficos tan contrarios a la disciplina y a la administración. El Conde de Saint-Germain tuvo, por otra parte, el buen acuerdo de aumentar el sueldo y favorecer el ascenso de los buenos oficiales, pero cometió el error de querer establecer en el ejército francés la férrea disciplina alemana, sometiendo por ello al soldado al humillante castigo de los sablazos, razón por la cual fué maldito y aborrecido por todos. Este ministro propuso se admitiera a los suboficiales en la escala de oficiales, cubriendo determinado número de vacantes. Estas medidas democráticas tenían que levantar la enérgica protesta de los elementos aristocráticos del ejército, y a causa de ello el ministro se vió obligado a presentar dignamente su dimisión, manifestando al Rey que *no quería asistir a los funerales del ejército*. A pesar de todo el arte de la guerra fué perfeccionándose: el conde de Guibert publicó su incomparable *Ensayo sobre la táctica*; el general Griveaubal renovó el material de artillería, manteniendo en primera fila a este cuerpo elegido que llegó a constituir el elemento de mayor fuerza del ejército francés; y si bien el príncipe de Montbarey, ministro de la Guerra, paralizó por completo esta marcha ascensional de las reformas, pronto hubo de renovarse ésta, gracias a las disposiciones del Mariscal de Ségur, a quien hubo de deberse el mejoramiento de las condiciones materiales del servicio militar, adoptando medidas para que el soldado fuese mejor vestido y estuviese mejor alimentado y acuartelado. Hasta entonces, en los dormitorios de la tropa, un mismo lecho era compartido por tres hombres; dispúsose que en lo sucesivo no hubiese más que dos. Los hospitales fueron agrandados y multiplicados. La charretera que el duque de Choiseul había inventado como una recompensa concedida a los mejores soldados, se convirtió en una merced, tanto más buscada cuanto había sido desdenada por los que la llamaban *guenille de Choiseul* (guiñapo), aunque sea bueno advertir que, a esta recompensa, se le fijó una considerable pensión. Una caja de fondos había sido establecida, por otra parte, para los antiguos caballeros de la Orden de San Luis, constituyéndose su capital con acertados descuentos, al par que se aumentaban los fondos de las pensiones militares. Y no se limitó a esto la labor realizada por el mariscal de Ségur. El condescendiente monarca, Luis XVI, accedió a crear un cuerpo de artillería ligera y otro de Estado Mayor (1783), y, si hemos de atenernos a lo manifestado por el hijo del mariscal, el Conde de Ségur, en sus memorias, gracias a la atención concedida por su padre a la instrucción de los oficiales, la aptitud profesional hubo de desarrollarse y progresar notablemente. De todas partes venían comisionados de otros países para admirar la elegancia de los uniformes franceses, su exacta disciplina y la regularidad de sus maniobras. Pero, a pesar de estos adelantos, el ejército experimentó sensibles disminuciones, pues el gobierno se veía forzado por la penuria del tesoro público o, mejor dicho, del Erario Real, como consecuencia de las guerras sostenidas durante el reinado de Luis XV. Así cuando la revolución hizo su aparición, el ejército francés había quedado reducido a unos 172.000 hombres. El Mariscal de Ségur había cometido una imprudente falta al acceder a las exigencias de la nobleza cortesana no concediendo el grado de oficial, según decreto de 22 de mayo de 1871, más que a aquellos oficiales nobles que pudieran probar esta condición en sus cuatro apellidos, lo que produjo un gran descontento en las categorías inferiores del ejército, siendo ello causa de que no diese resultado favorable el acuerdo de conceder algunos derechos de ascenso, el mérito y la antigüedad. El odio y el antagonismo fué aumentado cada vez más y más entre los oficiales de una y otra procedencia, no pudiendo por ello extrañar que más tarde, en vísperas de la revolución, los lazos de la obediencia y de la dis-

ciplina comenzaron prontamente a romperse y el soldado no procurará ni aspirase a otra cosa más que a abandonar su condición de soldado para convertirse en un ciudadano libre. Habida cuenta de todas estas circunstancias, era lógico que, cuando la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789, las tropas francesas que acudieron a la defensa de la tristemente célebre fortaleza se mostraran desde el primer momento partidarias de la causa revolucionaria, recibiendo complacientes las aclamaciones del pueblo, negándose a parar contra las turbas sublevadas, mas no contra los defensores de la odiada prisión, casi vacía en aquellos momentos y sin defensa apreciable. Las tropas del Rey habían dejado de serlo, y, desde este momento, desapareció el ejército monárquico, quedando la Revolución dueña y señora de los destinos de Francia: la Revolución, sí, acababa de triunfar. Nada podrían ya contra ella los defensores de las instituciones seculares, ni los leales al Rey. La toma de la Bastilla quedaba como un símbolo, vacío de realidad sustantiva, pero lleno de vitalidad destructora.

En 1787, es decir, un año antes de este acontecimiento, siendo ministro de la Guerra Mr. Brienne, y en conformidad con la acertada opinión del mariscal de Saint-Germain, creóse un consejo de guerra presidido por el Ministro y compuesto de diez miembros, cuatro de ellos tenientes generales, cinco mariscales de campo y un ordenador. Como primer inspector general de artillería figuraba Griveaubal y como relator Guibert, aunque en honor a la justicia haya que declarar que éste fué el verdadero organizador, el agente principal y, por lo tanto, el alma de dicho consejo. De este modo la administración de la guerra quedaba compartida entre el Ministro, que conservó la parte activa y ejecutiva, y el consejero encargado: primer, de la confección y mantenimiento de todas las ordenanzas; segundo, de la repartición de todos los fondos y detalles de la contabilidad; tercero, de las adjudicaciones, contratas y enajenaciones, así como de la vigilancia sobre los suministros; cuarto, de la determinación y mantenimiento de las bases de los ascensos y de todas las recompensas militares; quinto, de la conservación de la disciplina y del conocimiento de las penas y delitos en los casos imprevistos; sexto, por último, de la discusión de todos los proyectos de mejoras, en cualquier ramo del servicio. Mucho se ha dicho sobre el éxito de la misión conferida a este consejo, suprimido en julio de 1789 a petición del Mariscal de Broglie, que abolió, asimismo, la pena de los sablazos de plano. Pero, cualquiera que pudiera ser el acierto de estas medidas, no cabe duda que se llevaron a cabo importantes reformas, lográndose armonizar la legislación militar con el espíritu nacional, cambiando el método de ascensos en favor de la antigüedad y del mérito, y de otras reformas por el estilo que fueron aceptadas por el comité creado en el seno de la Asamblea Constituyente, pero que no pudieron restituir el orden, la confianza y la disciplina en el ejército. Tras la toma de la Bastilla y la manifiesta actitud de los guardias nacionales, favorables a la causa llamada del pueblo, en 1790, estallaron insurrecciones por todas partes, especialmente entre las guarniciones de Nancy y Hesdin. Los soldados decidían por votos la destitución de sus oficiales y cometían toda clase de actos de insubordinación y de violencia. El ejército no existía ya, o más bien no existía sino para aumentar la efervescencia popular en vez de reprimirla. Sabido es que, al declararse la guerra, el soldado francés empezó por huir y asesinar a sus oficiales. Parece incomprensible que de este conjunto desordenado y sumido en la mayor ignominia pudiera surgir, en medio de las borrascas de la insurrección, un ejército que se cubriese de gloria en los campos de Valmy y de Jemmapes.

No hemos vacilado en entretenernos en esta descripción del ejército francés durante el reinado de Luis XVI antes de la revolución, por cuanto que, como afirma J. Rogquan-court en su curso completo de «Arte y de historia militares» publicado el año 1849, a pesar de los cambios que éste tuvo que introducir en todos los órdenes de la vida de Francia y, por lo tanto, en el estado militar, los ejercicios y la táctica de las diferentes armas quedaron poco más o menos como estaban, según consta de las fechas de los reglamentos de maniobras posteriores, y otro tanto sucedió con la artillería y los procedimientos



Ejército francés: Guardia suizo. Siglo XVIII.

tos de defensa y ataque de las plazas que no llegaron a cambiar en más de medio siglo, excepción hecha de la artillería montada, que, todavía, no habíamos adoptado antes de la declaración de la guerra. Pero si la revolución no ejerció sino muy poca influencia en nuestras instituciones y conocimientos militares, produjo, en cambio, un efecto prodigioso de renovación y crecimiento en todo lo demás; obró útiles reformas en la legislación y en la administración, y cambió con ventaja recíproca de los ciudadanos y de los guerreros las relaciones de la sociedad con el ejército y del ejército con la sociedad. Debemos principalmente a esta revolución, o más bien a las guerras que fueron su consecuencia inevitable e inmediata, el haber sacado de la infancia en que todavía estaban sumidos por muchos conceptos, para elevar al más alto grado de perfección temas y principios relativos a la metafísica de la guerra, la ciencia de las grandes operaciones y el arte de utilizar y movilizar las masas. Podemos decir que aquellas guerras dieron la pauta y suministraron numerosos y decisivos ejemplos de todo lo que se puede esperar del hombre considerado ya como jefe o como simple instrumento de guerra; como general o como soldado.» Tras estas declaraciones del clásico escritor militar francés, no cabe rectificación por nuestra parte, no pudiendo por menos de estar conformes con aquellos conceptos suyos que figuran a continuación de los párrafos que acabamos de transcribir. «Nadie ignora—expone—la deplorable catástrofe del 10 de agosto de 1792, ni el modo con que al reinado del débil y virtuoso Luis XVI sucedió bajo las formas republicanas el despotismo receloso y cruel de la Convención, o más bien de la minoría facciosa de aquella Asamblea. Al revivir la Historia recuerdos tan tristes, ella dirá cómo algunos súbditos rebeldes dispusieron la matanza de una augusta familia cañoneando el palacio de sus reyes como una ciudadela enemiga. Aquella desastrosa jornada en la que para tanto tiempo se destruyeron las relaciones de la Francia con el extranjero, fué la señal de una conflagración que no tardó en extenderse por toda Europa.»

«Austria fué la primera que se declaró contra la revolución y, desde el 20 de abril, hubo de comenzarse la guerra contra el Emperador Francisco II. En el interior, todos la deseaban, realistas y republicanos, los unos porque veían en ella el término de sus males y los otros una ocasión de asegurarse el triunfo de sus ideas y de conseguir sus fines. No ignoraban los republicanos que se domina y dirige a los pueblos más fácilmente en estado de agitación que en el de calma. Sin embargo, en la época fatal del 10 de agosto, no había ningún acontecimiento, ni combate alguno, que pudiese cambiar o retardar el curso de las cosas. Tan sólo algunas columnas procedentes de las plazas de Flandes, habían abandonado cobardemente sus puestos a la vista de los austriacos, sin que éstos pensasen en sacar la menor ventaja de conducta tan vergonzosa. En cuanto a Alemania, se disponía lentamente a la guerra.»

Los prusianos, cuyas armas acababan de obtener un esplendoroso triunfo y a quienes la opinión distingüía como a los primeros tácticos del mundo, creyéronse en el deber de marchar a la cabeza de una liga destinada a vengar la dignidad real, ultrajada en la persona de Luis XVI. Esta determinación, enteramente opuesta a sus intereses particulares y a la policía que seguían hacia un siglo, demostrará hasta qué punto se ensañó la Europa contra la Francia revolucionaria. El ejército de la coalición, flaqueado a derecha e izquierda por las divisiones austriacas de Clairfayt y de Hohenlohe Kirberg, a la que se unió un cuerpo de realistas emigrados a las órdenes de los príncipes, hermanos de Luis XVI, se reunió a fines de julio (1792) en las cercanías de Coblenza al mando del duque de Brunswick, general formado en la escuela del gran Federico, célebre ya en la guerra de los Siete Años. Este ejército, que emprendió su avance a primeros de agosto, pasó la frontera el 19 para sitiar a Longwy, que tuvo que capitular, después de un bombardeo de algunas horas, apoderándose en seguida de Verdún, que no estaba en estado de resistir y continuando su marcha hacia la Argona, en donde debía encontrar por fin

a los ejércitos franceses.» No hemos de entrar aquí nosotros en el detalle de la disposición de los dos grandes grupos en que se hallaba dividido el ejército republicano a lo

largo de esta frontera; uno en Sedán, compuesto de 30.000 hombres, que, a la huída de Lafayet, quedó al mando de Domouriez; y otro, en Mez, de 15 a 16.000 hombres a las órdenes de Kellermann; ambos cuerpos de tropas, según el propio Rocquancourt reconoce, eran de mediana calidad, por cuya razón hasta entonces habían sido siempre batidos en sus escaramuzas con los austríacos, poseyendo, por lo tanto, una moral muy baja, sin confianza en el propio esfuerzo; pero, si esto era cierto, también lo fué que en compensación de este mal la aparición de los prusianos en medio de las llanuras de la Champagne que hubiera sido suficiente para desconectar un poder más legítimo y más asegurado que el de los revolucionarios, produjo en la Convención un efecto enteramente contrario al que debió lógicamente causarla, acelerando la ruina de los Augustos Prisioneros del Temple. Hombres violentos y audaces, aprovechándose de las circunstancias y de la impresión causada por un manifiesto imprudente, publicado por el duque de Brunswick, interpretaron la invasión como un nuevo atentado contra ellos del poder que acababan de destruir, pero orillando esta cuestión en la que se debatían los derechos entre el Trono y la Nación, apelóse como recurso más seguro y eficaz a la exaltación del honor francés, presentando a la Convención nacional la violación del territorio como una positiva humillación y un criminal intento de desmembración de la Patria. Creció la cólera a proporción del peligro y, llena de confianza en su feroz energía, la Convención proclamó la República el mismo día de su elevación al poder (21 de septiembre). Conducta semejante constituía un franco desafío a Europa y a los reyes; ¿pero qué importa al ánimo de los frenéticos por una causa o por un partido el número y la posición de los que provocan? La victoria de Valmy, cuyos pormenores deben leerse en Jomini o en Tihers, alcanzada la víspera misma de aquel acontecimiento, no pueden darnos la razón de tanta osadía; porque, además de no saberse todavía la noticia, el derrocamiento de la monarquía se venía tramando desde hacía mucho tiempo y como de común acuerdo entre todas las facciones.

Pero esta victoria, como la de Jemmapes, que desde el punto de vista de la técnica militar no ofrecen grandes enseñanzas, desde el punto de vista de la moral del ejército republicano tuvo una repercusión realmente extraordinaria. La Revolución quedó desde luego confirmada en su poder, consagrada en su prestigio nos atreveríamos a decir, y el ejército francés adquirió un ascendiente y una superioridad que lo encumbraba sobre todos los demás ejércitos de Europa.

Para darse cabal idea de todo esto es necesario tener en cuenta las circunstancias que precedieron al hecho. No cabe duda que al llamamiento del gobierno de la Convención el 22 de julio de 1792, dirigido a la población francesa para que acudiese a la defensa de la Patria amenazada, ella respondió cumplidamente. La defensa de la Patria arrancó en efecto voluntariamente de los brazos de sus madres y de sus esposas a 60.000 hombres, aproximadamente, viéndose lanzados a la guerra ciudadanos que, hasta entonces, habían permanecido extraños a todo intento bélico. Para penetrar más en el conocimiento de este hecho, hay que darse cuenta del verdadero espíritu de Francia en aquellos días. Ante todo y sobre todo, no olvidemos que las victorias del ejército prusiano en la guerra de los Siete Años habían extendido por todo Europa un concepto muy fundado de su superioridad militar. Este prestigio se imponía a los mismos franceses, tan poco propicios a admitir superioridad alguna. En segundo lugar, la obligación del servicio militar aun impuesta de un modo ilimitado, no había existido en el país vecino y ello era causa de que en el pueblo francés faltasen aquellos sentimientos e ideales que se derivan lógicamente del cumplimiento de tan noble obligación ciudadana. Por si todo esto no fuera de por sí bastante a ejercer una influencia primordial sobre el espíritu de la población francesa en el siglo XVIII, no olvidemos que la repugnancia hacia la guerra de cuantas clases sociales pudieran constituirla, no podía ser mayor lo que, por otra parte, era lógica consecuencia de los principios humanitarios mantenidos por los filósofos de aquel siglo llamado de la ilustración. Por todas estas razones, es lícito declarar que, a finales del si-

glo XVIII, cuando sobrevino la revolución, el pueblo francés era más suave, pacífico, educado y menos guerrero que la mayoría de los demás, y aunque el hecho no fuese privativo del ejército francés, no olvidemos por añadidura que, en él, eran relativamente numerosos los cuerpos que se nutrían de soldados extranjeros, especialmente suizos y alemanes. Los enrolamientos voluntarios por parte de los franceses eran considerados como algo excepcional; y si a un militar francés del reinado de Luis XIV o de su sucesor se le hubiese dicho que, un día, su ejército vendría a componerse exclusivamente de ciudadanos franceses y que estos soldados ciudadanos habían de pasearse triunfalmente por todos los campos de batalla de Europa, se habría sonreído incrédulamente. Todo esto nos permite formar exacto juicio de lo que hubo de representar y valer la decisión de la población francesa acudiendo al llamamiento de su Gobierno, y, más tarde, de su conducta en las filas armadas. Si tenemos en cuenta la condición pacífica de los ciudadanos franceses, no puede extrañarnos que los propios emigrados manifestaran al rey de Prusia que esos hijos de los sastres y zapateros huirían al primer disparo de fusil, aunque no parece que debiera de estimarlo así el Monarca prusiano o, cuando más, lo creyó tan sólo a medias, dado que no se empeñó de una manera decidida en la lucha, no utilizando más que un ejército relativamente débil y no cuidándose de establecer una base y una red de almacenes y de aprovisionamiento. Si estas omisiones obedecían a que Federico Guillermo jugaba, tal como lo aseguraban los refugiados, que no se trataba de otra cosa que de marchar sobre París, efectuando un paseo militar, reconocemos que, fatalmente para sus soldados, este paseo se terminó en Valmy.

Los tratadistas militares y, sobre todo, los alemanes, califican a esta acción como de un simple cañoneo. Los franceses alegan por su parte, en contra de esta afirmación, que, si ciertamente, no fué más que esto, hay que reconocer, en cambio, que la gloria que corresponde en todo caso a unos soldados bisoños que supieron soportarlo con verdadera firmeza, no puede ser más cierta y evidente; justificando la impresión ejercida sobre las tropas prusianas que hubieron de presenciar una conducta tan firme y serena. La Historia recoge a este propósito un suceso digno de ser conocido. Goethe, el insigne poeta alemán, bien fuese por curiosidad o por adhesión al duque de Weimar, tomó parte en la expedición. La noche de la jornada de Valmy encontrábase cerca del fuego de un vivac con varios oficiales amigos suyos, y como éstos solicitasesen de sus labios una frase animosa, el poeta respondió con estas graves palabras: «Hoy, una era nueva ha comenzado para el Mundo, y vosotros podréis decir que la habéis visto nacer.» La derrota de los aliados en esta batalla tuvo para ellos consecuencias funestísimas, pues, desvanecido su prestigio, y ante la prueba de esta derrota, el concepto de la superioridad de la táctica alemana cayó por tierra. Todos los comentadores y tratadistas militares que han escrito sobre los acontecimientos de esta época, hállanse conformes en declarar que los fracasos de los enemigos de la revolución fueron debidos a no haber opuesto a las armas francesas, llenas de exaltación y patriotismo, pero faltas de disciplina y de instrucción militar, otra cosa más que unos débiles ejércitos que, aunque no estaban faltos de aptitud y capacidad militares, carecían casi por completo de dichas virtudes sin otro móvil de conducta que el de cumplir estrictamente con su deber bajo la amenaza del castigo. Los soberanos europeos no supieron crearse un poder moral que dando vida a la fuerza material contrapesase las características esencialmente psicológicas de las tropas francesas. La revolución quedó desde aquel momento triunfante en la conciencia de casi toda Europa, y el despreciable ejército de los tenderos apareció ante la imaginación de sus enemigos con las imponentes características correspondientes a un ejército invencible.

La Convención, diestra en la combinación y el doble juego, supo aprovecharse de esta victoria, así como de la posterior de Jemmapes, afianzando su existencia. Lo mismo los reveses que las victorias, eran un motivo para dar muestras de su terrible energía y, obrando de este modo, con esa rara habilidad que poseen la perversión y la astucia, aprovechándose de estos primeros triunfos de las armas republicanas, no tan sólo para

aumentar sus medios de resistencia contra el extranjero, sino, aún más, para acrecentar su despotismo en el interior; despotismo que, fatalmente, no había de tardar mucho tiempo en arrastrarla a los trágicos crímenes de la época del Terror. Sin embargo, por el momento, aquel ejército de voluntarios, de tropas sin disciplina y sin preparación militar alguna hallábase muy lejos de constituir una fuerza militar propiamente dicha, aunque, por el pronto, recobrase su aspecto, no ya marcial, sino incluso hasta imponente. Y es un hecho cierto, que honra a la profesión militar y en alto grado la enaltece, el de que, desde el primer momento, el ejército francés adoptase una conducta diametralmente opuesta a la cruel y despiadada seguida por los compatriotas del interior; manteniéndose dignamente dentro de esa actitud humanitaria y serena reclamada por los imperativos categóricos del honor y de la verdadera fraternidad. La afirmación de aquellos que declaran no haber podido, en modo alguno, los sicarios de la revolución asociar el ejército a sus crueles torpezas es rigurosamente exacta y a esta actitud del elemento armado fueron sin duda alguna debidos los primeros triunfos alcanzados por los soldados de la República. El terror fué nutriendo las filas de este ejército, verdaderamente nacional, con una multitud de hombres honrados que llegaron a distinguirse por su heroísmo y virtudes militares no obstante ser ciudadanos que, en circunstancias normales, se hubieran considerado incapaces de empuñar las armas y ejecutar acto alguno de carácter violento. Todos, de grado o por fuerza viéronse en la precisión de alistarse como soldados y hubo más de uno que llegó a ser General después de dos campañas, habiendo entrado en el servicio sin otro propósito que el de sustraer su cabeza al hacha homicida o al cortante filo de la *trágica viuda*, la odiosa guillotina.

Pueden los escritores franceses vanagloriarse con todo derecho de este admirable ejemplo de patriotismo y de virtudes cívicas dado por sus correlegionarios en aquella ocasión. Es innegable que los voluntarios de que estamos tratando mezclados a los de la recluta del 93 hubieron de convertirse tras el consiguiente período de aprendizaje en los magníficos soldados de las campañas del 94-95 y siguientes. Todos ellos fueron modelo de soldados típicos, vestidos de un carácter original como nunca hubo de verse más que en aquella ocasión. Y es de advertir que, no obstante la rápida transformación que acabamos de señalar, aun mucho tiempo después de haber adquirido las cualidades y virtudes propias de la profesión militar: la disciplina, el honor, el culto a la bandera, la bravura, el compañerismo, siguieron siendo auténticos ciudadanos, dándose el caso de que muchos de ellos, incluso sirviendo en filas, no abandonasen la práctica de sus oficios profesionales habituales, mostrándose tan amantes de la Patria como decididos a mantener sin menoscabo alguno la libertad que habían logrado por su propio esfuerzo. Realizábase en ellos aunque no fuese más que circunstancialmente, la extraña alianza entre el espíritu de su misión o disciplina que anima al ejército y el vivo entusiasmo por los ideales nacidos al calor de la pasión política, pudiéndose decir de estas tropas republicanas que habían llegado a lograr a un mismo tiempo *la fe, el nervio y la llama*. A la perdida fe religiosa que en otro tiempo había podido mantener el valor y el entusiasmo de las tropas francesas, sustitúiase el más entusiasta culto hacia una nueva Deidad: la Francia renovada, la Patria objeto de todos los amores y de todos los desvelos. Esta fué la verdadera religión de los ejércitos republicanos desde 1792 hasta que el prestigio glorioso del Gran Napoleón vino a imponerse creando un nuevo ídolo.

La Convención, para la realización de sus funciones, tanto legislativas como ejecutivas o gubernativas, habíase constituido en diferentes comités, revistiendo uno u otro de dichos caracteres. Entre ellos figuraban el de la Salud Pública, encargado de mantener por los medios más crueles y sangrientos la seguridad de la República y el encargado de la Defensa Nacional, organismo del que, con sobrado derecho, puede sentirse orgullosa la Francia Republicana, en él figurando como uno de sus más activos e inteligentes miembros el ilustre Carnot, una de las más legítimas glorias de la Nación Francesa.

Gracias a este hombre extraordinario, los 752.000 hombres de que ésta pudo disponer

ante la primera coalición, fueron distribuidos oportunamente en los diferentes puntos estratégicos y en donde pudieran prestar un servicio más útil, recomendando a los generales mantuviessen a sus tropas bajo una severa disciplina, desarrollando una acción ofensiva a fondo cuando llegase el momento de actuar. Pero, como dice muy bien Gustavo Le Bon en su libro analizando la revolución francesa desde el punto de vista de la psicología política: «la Convención tuvo en honor a la verdad una parte muy débil en los acontecimientos militares. Los ejércitos de la frontera y las Asambleas revolucionarias de París, constituyeron dos mundos distintos que hubieron de influenciarse muy poco y que, al actuar de distinta manera, alcanzaron resultados muy diferentes. La única participación de la Asamblea en la defensa del país fué su derecho disponiendo las levas en masa.» Para el escritor francés que esto declara el acto no tiene en sí nada de excepcional: «Ante los numerosos enemigos que amenazaban a Francia—expone textualmente—ningún otro Gobierno hubiera podido sustraerse a tal medida. Durante algún tiempo envió, por otra parte, a los ejércitos representantes encargados de guillotinar algunos generales y jefes principales, mas pronto renunció a procedimientos tan absurdos. Realmente su intervención resultó muy escasa; los ejércitos, gracias a su crecido número, a su entusiasmo y a una táctica improvisada por los jóvenes generales se encargaron por sí solos de sus asuntos. Vencieron al margen de la Convención y sin tener cuenta de ella.»

El entusiasmo de los ejércitos de la Revolución hubo de resultar contagioso para las tropas y las poblaciones de los demás países europeos, sobre todo en Alemania, en donde la influencia alcanzó su grado máximo. Este hecho que en modo alguno cabe negar, pues viene comprobado por el testimonio incontrastable de la propia realidad y es el que da la razón justificativa de las vacilaciones de la política desarrollada por las Potencias Centrales y de los fracasos de sus ejércitos. Al entrar las tropas republicanas en Maguncia, mandadas por Couthine, la población hubo de acogerlas con verdadero entusiasmo, plantando los famosos árboles de la libertad y constituyendo una Convención que imitaba servilmente a la establecida en París; pero al exponer estos hechos bueno es hacer observar también que, como afirma Le Bon: en tanto que los ejércitos de la Revolución hubieron de lanzarse sobre los pueblos agobiados bajo el yugo de monarcas absolutos y, no teniendo ningún ideal político propicio que defender, el éxito les fué relativamente fácil: cuando ellos entraron en lucha con otros hombres poseídos de un ideal tan fuerte como el suyo, el triunfo ya les resultó mucho menos fácil de conseguir.» Tal fué el caso de su choque con España, lo mismo en esta ocasión (1793 a 95) que, posteriormente, en nuestra guerra de la Independencia (1808 a 1814). Y otro tanto aconteció con la desdichada campaña de Rusia de 1812. Los nuevos ideales de libertad y de igualdad, capaces de arrastrar a los pueblos sin conciencia de su personalidad o que, sometidos al despotismo de poderes autoritarios y absolutos, no podían ejercer verdadera influencia en la vida de su nación, no se encontraban en condiciones tan favorables para imponer su dominio sobre aquellos otros pueblos en quienes la fuerza de tradicionales principios firmemente profesados y de sentimientos religiosos y monárquicos no menos hondamente sentidos venía a manifestarse en toda su intensidad. Por esta razón, los bretones y los vendeanos, comprendidos en dicho caso, se alzaron contra la revolución, manteniéndose con éxito durante varios años frente a los ejércitos de la República. En marzo de 1793, esta insurrección se había extendido a diez departamentos; llegando los vendeanos de Poitau y los Chauanes a poner en pie de guerra, unos 80.000 hombres. Los conflictos entre ideales contrarios, es decir, entre creencias sobre las cuales la razón no sabe cómo imponerse, permaneciendo inalterables a toda presión o violencia, fueron causa de que la lucha de los revolucionarios con la Vendée tomase, desde el primer momento, ese carácter de salvajismo tan característico de las guerras de religión. La lucha se prolongó hasta finales de 1795, en cuya fecha Hoche pudo pacificar la comarca, mas no sin consumar la bárbara exterminación de tan heroicos defensores. Por ello, como expone Molinari: Despues de dos años de guerra civil, la Vendée no ofrecía otro aspecto que el que

corresponde a un espantoso montón de ruinas. Cerca de 900.000 individuos de toda clase y condición habían perecido y el corto número de los sobrevivientes apenas tenía con qué alimentarse. Los campos devastados; las cercas destruidas; las casas incendiadas...»

Reclutamiento.

La incorporación de los guardias nacionales a los antiguos cuadros del ejército y los llamamientos tanto parciales como en masa, elevaron las fuerzas de la República a un número tal de combatientes como jamás se había registrado en la Historia. En julio de 1791 el ejército, que a cada golpe sufrido por la monarquía había ido perdiendo sus oficiales y soldados, tan sólo presentaba unos cuadros incompletos en el momento de la invasión de los prusianos. Un decreto publicado en dicha fecha disponía el reclutamiento de un ejército de 170 batallones de 600 plazas cada uno, mas esta medida se ejecutó de modo muy imperfecto. La milicia nacional de 1789, aunque fuese numerosa, constituía una fuerza militar de escaso valor con la que no se podía contar, pues entregada de lleno a la exaltación revolucionaria, sin disciplina y apegada a sus hogares por mil intereses particulares y egoístas era incapaz de defender las fronteras. Hasta después de la declaración de guerra, el 20 de julio de 1792, la asamblea legislativa no hizo subir el efectivo del ejército a 450.000 hombres, comprendiendo en este número los guardias nacionales voluntarios y la gendarmería, llamando a todos los ciudadanos a las armas con aquellas razones propias del énfasis revolucionario de la época. Como medida de urgencia, decretó el 27 de agosto, cuando ya se esperaba la llegada de los revolucionarios de los departamentos, una leva de 30.000 hombres en París y sus cercanías. Estos soldados con los cuerpos francos y los restos de las antiguas tropas de línea, constituyeron los elementos del ejército vencedor en Valmy y en Jemmapes. El ejército de 1792 venía a formar una especie de agrupación de cuerpos provinciales y de elementos heterogéneos, ofreciendo, por lo tanto, una irregularidad de organización y administración que convenía hacer desaparecer cuanto antes si se querían conjurar las tempestades que por todas partes amenazaban descargar sobre la Nación. El ejército de la Revolución, en la campaña de 1792, era de 446.000 hombres de infantería y 13.000 de caballería.

Al desorganizarse el ejército francés con la insubordinación de las tropas, con los asesinatos cometidos con los oficiales y jefes del ejército y con la emigración casi en masa de todos ellos, excepto la mayor parte de los de ingenieros y artillería, Francia se encontró sin medios propios para su defensa ya que, en realidad, carecía de un verdadero ejército. Muchos fueron los proyectos que hubieron de aparecer para su reorganización. Encargado de ello el marqués de Bouthellier, como Presidente de una comisión militar que había de realizarla, éste propuso a la Asamblea la aprobación de una ley mediante la cual cada 72 habitantes habían de proporcionar un soldado; contándose que de ese modo pudiera llegarse a obtener un contingente de 350.000 hombres, entre los 25 millones de habitantes en que se estimaba la población de Francia, según las estadísticas de aquella época; cifra más que suficiente, pues, en relación con la de los Estados vecinos, tan sólo con 200.000 hombres había de encontrarse el ejército suficientemente provisto. La quinta parte de estas fuerzas se destinaría a nutrir los cuernos de caballería y la veintena parte a los de artillería que, con las fuerzas correspondientes de infantería, constituirían el ejército de línea; apoyado en el interior por un ejército auxiliar o de reserva, en el que la guardia nacional figuraba como uno de sus principales elementos integrales, con lo cual comenzaba a desenvolverse el concepto de los grandes ejércitos nacionales, habida cuenta de que, por muchos de los asambleístas, se sostenía que la milicia nacional instituida en 1798, podía sustituir con ventaja al ejército regular. En 1793, no bastando las requisiciones que se habían hecho, el llamamiento a los voluntarios del 91, la movi-

lización de los nacionales y demás medios experimentados en uso de sus facultades omnímodas, la Convención determinó el levantamiento en masa, *la leva general*, cominando, como era costumbre en ella, con la pena de muerte a los desertores o reacios en el cumplimiento de esta ley. Bien por miedo a la guillotina, o arrastrados por la desesperación, todos los mejores ciudadanos que habían podido librarse del odio revolucionario acudieron a nutrir las filas del ejército. Fundiéronse de este modo las milicias voluntarias y los restos del antiguo ejército, participando aquéllos pronto del espíritu y virtudes militares de estos últimos. Como uno de los medios más indicados para imbuir un nuevo espíritu en aquellas tropas bisoñas, se suprimieron los nombres de los grados superiores, sustituyéndolos por nuevos títulos, propios para halagar a la opinión republicana. Fué, pues, en 1793, al decretarse la leva general de 300.000 hombres, y la posterior del mes de julio del mismo año, decretando otra de 1.200.000 las dos primeras disposiciones que dejan establecido como un principio fundamental de organización militar, el reclutamiento forzoso de toda la población del país, o sea, la creación del ejército nacional; el servicio militar obligatorio. En este reclutamiento de 1793, en Francia se disponía que todos los jóvenes de 18 a 25 años se incorporaran al ejército. Ya hemos indicado antes en qué circunstancias y estado de ánimo se realizó esta incorporación. De tal manera se había afirmado por parte de la Convención la imposición efectiva del terror, que nadie oponía la menor resistencia a tan autoritario y radical decreto. Marchar a la frontera significaba para los jóvenes cuyas familias estaban proscritas, un medio de escapar a la furia de los tiranos, y, bien pronto, el tedio a la vida fué sustituido por una fiebre de patriotismo y de gloria. Se decretó la formación de 14 ejércitos y, aunque en realidad esta disposición no viniese a ser cumplimentada, es lo cierto que al fin de una campaña, que había venido a costar unas 200.000 bajas, la República pudo ver cuadruplicadas sus fuerzas, en tanto que sus enemigos no habían apenas podido reparar las pérdidas sufridas en sus más brillantes acciones.

Hay que hacer observar por otra parte que, en los últimos meses de 1792, las fatigas de la guerra, el rigor de la estación, la desnudez absoluta y el deseo de los voluntarios de regresar a sus hogares, generalizando la deserción, había reducido el ejército francés a menos de una tercera parte, por cuja razón no era muy satisfactorio su estado al principio de la primavera del año siguiente. Estas pérdidas, la insurrección de la Vendée, la amenaza de la primera coalición, la declaración de guerra de España, la sublevación de Toulouse, fueron causas que provocaron la leva de 300.000 hombres. Reconozcamos, pues, por añadidura, que el patriotismo francés y el amor a la revolución triunfante, no eran todavía causas suficientes a mantener el entusiasmo de los nuevos reclutas en los primeros días de su incorporación a filas, no mucho menos a sujetarlos luego, ya convertidos en soldados, al cumplimiento de sus deberes militares más fundamentales. El ejército francés en aquella ocasión era una masa totalmente insubordinada, muy distante de constituir un organismo ejemplar digno de la civilización y de la cultura.

Organización.

Cuando, en 1792, el ejército francés se vió en la necesidad de oponerse a la invasión de los prusianos, aquel conjunto de elementos heterogéneos, aquellas diversas milicias improvisadas recibieron nombre conforme al lenguaje y al espíritu dominante en aquellos momentos, recordando las ciudades o departamentos de que procedían: así hubo batallones (y los veremos figurar en los relatos de las campañas del Rosellón y de Cataluña que motivan este trabajo) que recibieron nombres como los de «Batallón de la Igualdad, de la Fraternidad, de la Unidad, de la Unión, etc.»; Regimientos de Húsares Francos, de la Muerte, de la Libertad; Legiones de Americanos, de Allobroges, de Vermandois, de las Montañas, de los Ardenes, etc.;

siendo de observar que, según lo atestiguan diferentes decretos relativos a su incorporación en los cuadros permanentes, algunos de estos cuerpos existieron hasta el consulado. Así vemos que, el primer vendimario año 9.^o, había todavía dos batallones de cazadores vascos, alguno de batallones Francos y tres legiones, dos de ellas de polacos que, por no someterse al yugo de sus nuevos señores, los rusos, se apresuraron a incorporarse a las banderas de la República en 1795 y 1796. El Comité encargado de la Convención de llevar a cabo la reorganización del ejército dió prueba de aquella actividad que no du-damos en calificar de febril y que caracterizó la obra legislativa de la terrible asamblea. Todos aquellos cuerpos irregulares como las legiones, los cuerpos frances, las compa-ñías departamentales, fueron desapareciendo, incorporándose paulatinamente al nuevo ejército nacional. Suprimiéronse los regimientos, sustituyéndolos por las semibrigadas y estos cuerpos irregulares, entraron a formar parte de los antiguos batallones de Cazadores, o a la formación de las semibrigadas o regimientos de infantería ligera. La caballería legionaria y los demás cuerpos provinciales de caballería ligera sirvieron para la creación de 8 nuevos regimientos de Cazadores o para completar los de Húsares. La caballería ligera, que había prestado excelentes servicios en la campaña de 1792 era ob-jecto de una atención especial y todos los generales reclamaban el aumento de los mis-mos. Estimábase, por otra parte, que esta amalgama de la Infantería de las legiones y de los cuerpos frances con los antiguos batallones de cazadores, era un medio de simpli-ficar una administración muy complicada y hacer a los legionarios tan útiles como ellos mismos deseaban. Por otra parte, asemejándolos a los regimientos de cazadores se les presentaba un brillante ejemplo a seguir y un poderoso motivo de emulación. Adver-timos que, en este afán de unificación, cuando dispusose la fusión del ejército con la guar-dia nacional, se decretó asimismo que el uniforme general de las tropas de infantería fuera el de esta última, concurriendo la guardia nacional a formar las dos terceras par-tes de los nuevos cuerpos. Y ya que estamos hablando de esta reorganización del ejér-cito francés, creemos de interés poner de manifiesto un hecho muy frecuente en la historia de las reformas llevadas a cabo por los gobiernos revolucionarios. Muchas de las medi-das dictadas por la Convención eran relativas al sueldo y mantenimiento del ejército. Pero afirman los tratadistas militares que éste nunca estuvo tan mal pagado como entonces. La Convención que sabía que las promesas no cuestan nada echó mano muchas veces de este recurso para halagar a sus defensores; un decreto de 27 de junio de 1793 concedía a título de recompensa, sobre los bienes territoriales confiscados, una suma de 600 millo-nes a los vencedores de Valmy y de Jemmapes y plazas en los colegios para sus hijos, pero no existen noticias de que se llegaran a realizar semejantes recompensas.

Hemos de consignar que aunque la ley relativa a la reorganización del ejército fue-se expedida el 21 de febrero de 1793, no comenzó a ejecutarse hasta el mes de agosto siguiente, pudiendo achacarse esta dilación a diversas causas tales como la defeción de Dumouriez, las continuas agitaciones de la Convención y la dispersión de los cuerpos, como consecuencia de una guerra que, progresivamente, se había hecho más activa y más seria. Pero no por ello paralizó sus funciones esta Asamblea y durante el período de sus existencias aparecieron numerosos decretos y leves relativas al personal y a la ad-ministración del ejército; disposiciones muchas de ellas que concebidas sin un meditado estudio, no pudieron ser llevadas a la práctica. Este trabajo de reorganización del ejér-cito duró desde el mes de agosto hasta la apertura de la campaña de 1794, siendo una de las disposiciones más exactamente cumplida la fusión de los voluntarios con las tropas de línea. En esta reorganización había un cambio radical en la nomenclatura y título militares tales como la siguiente: 1.^o El nombre de regimiento que anteriormente se daba a la reunión de dos o más unidades tácticas, se cambia por el de semi-brigada, aunque este cambio tan sólo hubo de verificarse en la infantería; 2.^o A consecuencia de esta in-novación poco importante en sí misma, los Coronelos y Tenientes Coronelos cambiaron su designación por la de jefes de brigada y jefes de batallón o de escuadrón respectiva-

mente; 3.º El general de brigada reemplazó al antiguo brigadier y al mariscal de campo en cuanto hacía referencia tan sólo a la categoría y grado, pero no a la función de mando, que seguía siendo la misma; 4.º Los Tenientes generales recibieron el nombre de Generales de División; 5.º Se suprimió la dignidad de Mariscal de Francia así como los títulos de mayor, aposentador general y otros que antiguamente desempeñaban funciones en el Estado Mayor General o en los Cuerpos. Estos títulos fueron sustituidos por los de General en Jefe, Jefe de Estado Mayor, Ayudante General y Ayudante Mayor. Según Rocquancourt, esta nomenclatura era preferible a la antigua por expresar mejor la naturaleza y extensión de las funciones anexas a cada grado, siendo de anotar, además, que los detalles se simplificaban mucho, desde el momento en que, con arreglo a la nueva disposición decretada, en vez de tres Estados Mayores diferentes, sólo quedaba uno, encargado de centralizar y coordinar el servicio de todas las armas. A este respecto creemos oportunamente anotar que, antes de la revolución, los ejércitos franceses habían tenido tres Estados Mayores distintos; era el primero, el Estado Mayor del Ejército, cuyo jefe se llamaba Aposentador general del mismo, teniendo a sus inmediatas órdenes unos ayudantes cuyo grado no estaba determinado. El segundo jefe de Estado Mayor era el de la caballería, a quien correspondía el título de aposentador general de la misma y, por fin, era el tercero, el Estado Mayor de Infantería, cuyo jefe se designaba con el nombre de Mayor general del Ejército y al que estaban subordinados los Estados Mayores del Parque de Artillería y de Ingenieros. Hechas estas observaciones entraremos a detallar la organización del ejército francés durante el período de su guerra con España, desde el año 1793 a los comienzos de 1795.

Infantería.

Era la unidad de fuerza de la infantería francesa el batallón nutrido con 700 hombres distribuidos en nueve compañías; una de granaderos y ocho de fusileros, componiendo en total un conjunto de 196 medias brigadas de infantería de línea de a tres batallones, cada uno de los cuales estaba formado por las tropas de los antiguos regimientos y otras dos con voluntarios. Al principio, las compañías de granaderos sólo constaron de 62 hombres cada una y de 86, la de fusileros, sin contar los oficiales, que eran tres, pero este número fué creciendo paulatinamente a medida que el teatro de la guerra se alejaba de las fronteras, no considerándose realmente la compañía de granaderos como parte sustancial del batallón, pues su destino habitual desde tiempo de Turena, era el de combatir independientemente, por cuya razón no había un inconveniente real para que no fuese más reducida en hombres que la otra. Pero reclutándose al mismo tiempo las compañías de granaderos que las de fusileros, cuyas pérdidas no se reparaban lo mismo, las exigencias de la realidad establecieron muy pronto la igualdad entre ellas.

Esta organización de la infantería en cuerpos de tres batallones, aunque representase una novedad en el terreno de los hechos, no lo era en el de las teorías, pues ya Gibert, en su ensayo de táctica general, había sostenido que la combinación trinaria se prestaba mejor que ninguna otra a las evoluciones, a la formación del orden de batalla v, sobre todo, a la ofensiva, género de acción tan conforme con el carácter del soldado francés. «De esta manera—afirma Rocquancourt—se tiene un centro y dos alas; un cuerpo y dos brazos. Esta combinación prevaleció hasta muy entrado el siglo XIX. Es curiosa la organización del Estado Mayor de la media brigada de infantería, componiéase éste de los siguientes elementos:

Un jefe de brigada.

Tres jefes de batallón.

Dos cuarteles Maestres tesoreros.

Tres ayudantes mayores.

Tres cirujanos.

Tres ayudantes sargentos.

Un tambor mayor.

Ocho músicos con un jefe.

Tres maestros sastres.

Tres maestros zapateros.

A cada media brigada iba agregada una batería de seis piezas de a cuatro, servidas por una compañía de 70 artilleros voluntarios, sin comprender los oficiales. El tratadista francés antes citado hace observar la excelente intervención de estos artilleros en las operaciones militares de aquel período del siglo XVIII. Ahora bien, este modo de distribuir la artillería entre los diferentes cuerpos de infantería, había desaparecido ya, al final de la campaña de 1791, habiendo imitado en esto a los alemanes. De lo que acabamos de decir resulta que el completo de una media brigada era al principio de 2.437 combatientes, y el total de la infantería de 470.652 hombres con 1.176 pies de campaña. Había además 30 semibrigadas de infantería ligera de idéntica fuerza y formación que las anteriores, lo cual representaba unos 73.000 hombres. A los granaderos de la Infantería ligera se les llamó desde entonces carabineros, siendo ésta la única diferencia existentes entre la infantería ligera y la de línea, pues ambas llevaban el mismo armamento y tenían idéntico ejercicio y servicio. El ascenso en todos los grados, exceptuando los de jefe de brigada y los de cabo, se hacían de dos maneras: por antigüedad en servicio en grado igual, recorriendo toda la semibrigada la tercera parte de las vacantes y, las otras dos terceras partes, a la elección, llevada a efecto por el personal del batallón en donde ocurriese la vacante; pero los empleos de coronel o de jefe de brigada dábansen siempre a la antigüedad entre los jefes de batallón de la media brigada, el primero, al más antiguo en el servicio, y el segundo, al más antiguo de grado, pero siempre alternando. Los cabos eran escogidos por mayoría absoluta entre los voluntarios del batallón, más la elección se realizaba únicamente por los voluntarios de la compañía en que vacaba la plaza. El nombramiento de los capacitados para la elección se verificaba de la siguiente manera: para nombrar un jefe de batallón eran electores todos los miembros de aquél en que vacaba la plaza. En los empleos de capitanes, tenientes, subtenientes y sargentos, todos los miembros de la compañía podían tomar parte en la elección, excepción hecha de aquellos que tuviesen el mismo grado que el que debía ser elegido. El número de los candidatos era siempre el de tres por cada plaza vacante, siendo escogido entre los de grado inmediatamente inferior al de la vacante. Se hacía en seguida un escrutinio espurgatorio por mayoría absoluta de votos, entre los individuos del grado en cuestión y del mismo batallón, quienes escogían para cubrir la vacante, a uno de los tres candidatos por el cuerpo y en el que se reconocían mayores méritos.

Para nombrar un jefe de batallón, el escrutinio espurgatorio se hacía por el jefe de brigada y por los otros dos jefes de batallón. Los empleos de generales de brigada se daban a los jefes de brigada; es decir, a los coronelos, o a los que tenían este grado en activo servicio de la siguiente manera; a la antigüedad de servicio en grado igual, una tercera parte y, a elección del Ministro, las otras dos terceras partes, dando siempre cuenta al cuerpo legislativo de las promociones que se habían hecho. La misma regla se observaba en el ascenso a general de división de los generales de brigada. La comisión de los generales en jefe había de tener un carácter temporal y para este cargo la designación tenía que ser hecha entre los generales de división, por el Consejo Ejecutivo, siendo debidamente ratificado por la Asamblea nacional. Los franceses se vanagloriaban de estas disposiciones, que, por cierto, en forma más o menos parecida, habían sido puestas en ejecución por los ejércitos españoles en los siglos XVI y XVII, atribuyéndose a ella, en gran parte, los éxitos alcanzados por las tropas de la República. Semejante ley de ascensos constituía el medio más a propósito para estimular el valor y difundir el conocimiento de

Las acciones meritorias, dado que éstas tenían que ser siempre conocidas por los jueces encargados de los ascensos; pero, la Convención no se mostró muy favorable a esta democratización del ejército, y desde el año tercero se reservó la intervención de una tercera parte en todos los nombramientos de oficiales. Cuando vino el Directorio, en el año cuarto, éste se encargó de proveer todos los grados superiores, y cuando se estableció el Consulado ya no se volvió a hablar de grados por elección de los cuerpos. Esta organización que acabamos de exponer hubo de experimentar notables variaciones, sobre todo al advenimiento del Directorio.

Caballería.

Las distintas misiones encomendadas a la Caballería no permitían al tratar de su organización, establecer la misma uniformidad que en el arma de Infantería, y, así, todas las reformas en ella introducidas por la Convención quedaron reducidas a establecer la proporción debida entre la Caballería y el resto de las tropas; no modificando la constitución de los regimientos, sino fijando tal sólo la fuerza de cada regimiento y el número total de éstos. La organización dada a la Caballería por un Decreto del 15 pluvio-de Carabineros, y como Caballería ligera, 20 regimientos de Dragones, 23 regimientos de Cazadores y 11 regimientos de Húsares, siendo la composición de estos Cuerpos y unidades la siguiente: cada regimiento se componía de 4 escuadrones, y cada escuadrón de dos compañías; es decir, la misma decretada por el Consejo de Guerra el año 1788. La compañía se componía de un capitán, un teniente, un subteniente, un sargento primero, dos segundos, un cabo furriel, cuatro cabos, un trompeta y 74 jinetes; uno de ellos, mariscal (veterinario). El Estado Mayor de cada regimiento estaba constituido de la siguiente manera:

Un jefe de brigada, o más bien coronel, pues este título siguió siendo usado por la Caballería.

- Dos jefes de escuadrón.
- Un cuartel-maestre tesorero.
- Un cirujano mayor.
- Un practicante.
- Un artista veterinario.
- Un sillero.
- Un artífice frenero.
- Un sastre.
- Un zapatero.
- Un calzoncillero.

La fuerza del regimiento completo ascendía a 704 hombres y unos 686 caballos, lo que representa para el total de los regimientos de Caballería gruesa unos 20.416 hombres. El uniforme y el equipo de esta milicia estaba constituido por un sombrero de alas recogidas (el llamado de tres picos), casaca azul y botas de montar. Los regimientos se distingúan por el número del botón y por el color de los vivos y de las vueltas; los pechos y las corazas habían desaparecido completamente. En la Caballería ligera, cuya clase y nombres de regimientos hemos dado anteriormente, el escuadrón se componía de dos compañías, y la compañía, al mando de un capitán, contaba con un teniente, dos subtenientes, un sargento primero, cuatro segundos, un cabo furriel, ocho cabos, dos trompetas y 96 dragones, cazadores o húsares, uno de ellos mariscal (maestro herrador). Para cada dos escuadrones había un jefe y un estandarte. Los 20 regimientos de Dragones, aunque la Ley les instituía por 6 escuadrones, no constaron, por lo general, más que de

cuatro, seis era el número de escuadrones de los regimientos de Escuadrones y los de Húsares. La fuerza de un regimiento completo de Caballería ligera venía a ser de 1.410 hombres y de cerca de 1.400 caballos, y en su totalidad la Caballería ligera pudo valerse en 70 ó 75.000 hombres.

Artillería

Hasta el 15 floreal del año tercero no sufrió modificación la composición del arma de artillería. La artillería constaba de 8 regimientos a pie de 20 compañías o baterías de a 6 piezas, ocho regimientos a caballo de a 6 baterías con 6 piezas, compañías de obreros y un batallón de pontoneros; en cuanto a las piezas que componían las baterías, eran cañones de 8 y 12 pulgadas de obuses de a 6. La artillería a caballo prestó excelentes servicios aunque con gran menoscabo de la artillería a pie, pues mientras atraídos por el caballo, el vistoso uniforme y la rapidez de las maniobras de aquélla, eran muchos los que acudían a servir en ella, el número de los que figuraban en la de a pie fué reduciéndose cada vez más. Hubo que dictar disposiciones para reducir la artillería montada a sus verdaderas proporciones y a su verdadera misión. El armamento de los artilleros a pie era el fusil. Cuando estalló nuestra guerra con la República francesa o, de otro modo, al comienzo del *reinado de la Convención*, la organización de esta arma venía a ser la misma que la que existía a mediados del siglo con las modificaciones introducidas por Griveaubal. La unidad de fuerza de la artillería era la batería de 8 piezas servida por una sola compañía de artilleros. La ley del 15 floreal del año 3 arregló la composición del arma de artillería en 8 regimientos de artillería a pie, otros ocho de artillería montada; doce compañías de obreros y un batallón de pontoneros; a los cuales había que añadir, primero, un personal de 226 oficiales agregados a la inspección y a la dirección del material de artillería en campaña y en las plazas. Este personal se componía de ocho generales de división, 12 de brigada, 29 jefes de brigada, 33 de batallón y 144 capitanes. Segundo; un personal de empleados subalternos, bajo las denominaciones de guardias, subguardias, conductores, jefes de obreros, guarda-almacenes, revisores, etc. Finalmente, de un número bastante considerable de compañías de artilleros guarda-costas, a una de las cuales, la del Garb, veremos desempeñar un papel importante en la campaña del Rosellón. El Estado Mayor del regimiento de artillería a pie se componía de los mismos elementos que el correspondiente a la semi-brigada; diferenciándose de éste tan sólo en el número de comandantes, que era de 6, y en el de los ayudantes mayores, que tan sólo era de dos. El regimiento estaba compuesto de 20 compañías divididas en 5 secciones.

Correspondía a cada compañía una batería de 6 piezas servida por 8 hombres, atendiendo asimismo a las necesidades de los Parques y a los reemplazos, fijándose en 93 hombres la fuerza a ellas destinada, de los cuales, cinco de ellos eran oficiales y uno sargento. Como la artillería de la semi-brigada había quedado reducida a la mitad, esto es, a una pieza por batallón en virtud de esta misma ley cada compañía de artillería recibió como suplentes un refuerzo de 30 artilleros voluntarios que habían quedado disponibles como consecuencia de esta reducción. El regimiento de artillería montada se componía de un Estado Mayor y 6 compañías. La compañía del regimiento de artillería montada se componía, igualmente, de una batería de 6 piezas; 4 oficiales, 5 sargentos y 71 artilleros, número más que sobrado para una batería de este número de piezas. De todo esto resultaba, por lo tanto, que cada pieza venía a estar servida por 10 hombres, de los cuales dos estaban encargados de los caballos, cuando la batería se establecía en posición y los sirvientes a caballo tenían que desmontarse. Figuraba en esta época el cuerpo de pontoneros como unidad de las tropas de artillería y su función principal era la cons-

lo
m-
las
se
pe-
cla-
dos
bte-
ipe-
'ara
nes,
e de

trucción y conservación de barcas sobre el Rhin, componiéndose de un batallón de 8 compañías de 68 hombres, un capitán y un teniente; con arreglo a esta organización el personal de artillería quedó constituido de la siguiente manera:

Oficiales	1.396
Planas Mayores	186
Compañías	19.108
Artilleros voluntarios, 30 por compañía	4.800
Artilleros voluntarios guarda-costas	14.000
Obreros y pontoneros	1.920
TOTAL	41.410

Los cuatro establecimientos fijos de artillería que existían hasta entonces, se elevaron a ocho, recibiendo la denominación de escuelas de artillería, estando establecidos en la Fére, Besanzón, Grenoble, Metz, Estrasburgo, Douai, Auxona y Tolosa. Había además en Chalón sur Marne una escuela de aplicación para 56 alumnos subtenientes. Hasta el año ocho las únicas modificaciones introducidas en la artillería fueron la supresión de los 30 artilleros voluntarios agregados a cada compañía por decreto del año tercero, destinándolos al completo de los regimientos y creándose en el año séptimo un batallón de pontoneros, separándolos así de las tronas de artillería. Para remediar la práctica viciosa de contratar el transporte del material de artillería durante el transcurso de tiempo del año ocho al nueve, la conducción de este material se confió a tantos batallones de tren como escuelas regimenteras había, estando compuesto este batallón de 10 compañías que hubieron de comportarse dignamente, no escatimando sus pruebas de valor y disciplina durante los períodos de la lucha, emulando con ello las virtudes militares de los artilleros. Estos batallones estaban mandados por capitanes y por tenientes y subtenientes las compañías. Finalmente, organizáronse también las fuerzas de artillería de las colonias, creándose 17 nuevas compañías, una de ellas montada.

Data, pues, de esta época la verdadera formación del cuerpo de ingenieros en Francia. Refiriéndose a la administración de esta parte importante de las fuerzas públicas, afirma el General Foy que, desempeñada por los oficiales del cuerpo, fué notable y, por ello, hubo de destacarse de todas las demás ramas de la administración pública por su severa economía y escrupulosa exactitud en el cumplimiento de su deber. Allí y en el cuerpo de ingenieros, declara categóricamente este ilustre general, se había refugiado la antigua probidad al ser expulsada de los demás servicios administrativos. La organización del cuerpo de ingenieros como tal elemento definido en su personalidad, no llegó a conseguirse sin dificultades en lo que hacía referencia a la recluta del personal facultativo. El cuerpo de ingenieros, según la relación de Dubois-Crancé y lo manifestado por las tradiciones del cuerpo, fué uno de los más afectados por el trastorno revolucionario. Las medidas dictadas por el gobierno de la revolución y sobre todo de la República para la reorganización y reforma del ejército, disgustaron sobremanera a los ingenieros militares y ello fué causa de una emigración considerable de ellos o, cuando menos, de una dimisión de sus cargos. Esta dispersión general del cuerpo dió lugar a que la Convención dispusiese que en el diario militar del 10 de marzo de 1793 se imprimiera esta categórica declaración: «La República francesa debe sentir sin duda que la mayor parte de los hombres que más se han distinguido por sus talentos se han manifestado rebeldes a sus deberes, ingratos y périflos a su Patria; pero todavía se recuerda que Luis XIV no tenía más que 60 ingenieros a las órdenes de Vauban cuando cercó nuestras fronteras de plazas fuertes e hizo frente a la Europa: la Francia libre no ha de tener menos energía.» Conforme a esta declaración, los convencionales no vacilaron en hacer frente al daño causado y, siempre fecunda en recursos, la Revolución llamó para que formaran

parte del cuerpo de ingenieros militares, a los ingenieros geógrafos, a los ingenieros de puentes y calzadas y a todos aquellos otros ciudadanos cuyas funciones o cuyos conocimientos científicos los colocaban en condiciones de llenar los objetivos propios de la ingeniería militar; disponiéndose que el ingreso de todos estos profesionales en el cuerpo facultativo, lo fuese después de haber experimentado pruebas y exámenes que probaran su idoneidad para servir en él. Realmente no era fácil la reorganización del cuerpo de ingenieros militares, aunque éste fuese poco numeroso. Tratábase de un personal que requería una ilustración científica de carácter superior.

Pero como suele acontecer en casi todos los casos semejantes a éste de que estamos tratando, la medida no dió todo el resultado apetecido, y así hubo que recurrir al servicio de auxiliares provisionales o agregados que eran nombrados por el Ministro de la Guerra, previa su presentación por los propios ingenieros ya ingresados. Eran muchos los profesionales de segunda categoría que existieron hasta que la creación de la escuela politécnica facilitó el personal suficiente en número y preparación. Aquellos que no pudieron sufrir los exámenes requeridos para la entrada en el cuerpo, que eran los más, como puede comprenderse, fueron destinados, bien a otras armas o cuerpos del ejército, o retornaron de lleno a la vida civil.

Es cierto que, por un momento, y a los comienzos de la revolución, ésta no pudo ser más perjudicial para la existencia de este cuerpo que estamos considerando, como hubo de serlo para la existencia de otras instituciones no menos importantes; pero es de justicia reconocer también que gracias a ella, los ingenieros militares pudieron desarrollar en alcance importancia y medios de instrucción, un progreso que hasta entonces no habían tenido, conquistando con ello una distinción señalada en el orden social del país. Los zapadores y minadores que habían estado formando parte de la artillería, adquirieron una existencia propia y, si hemos de atender a los tratadistas militares franceses, esta clase de soldados, por su valor, disciplina y competencia, llegaron a constituir una verdadera selección dentro del ejército. Vauban—expone el general Foy—pedía con instancia en el año 1688, al ministro Louvois, una tropa que se ejercitase en los trabajos de sitio bajo la dirección de los ingenieros; sin embargo, no se conocía la existencia de la misma hasta un siglo después. Con anterioridad a la revolución se daba el nombre de zapadores a algunas compañías de artillería que, además del servicio del cañón, estaban ejercitados en los trabajos de zapa de los polígonos, prestándose accidentalmente a auxiliar a los ingenieros. Ante este hecho, el general francés afirma que, «es una economía mal entendida la de emplear para dos fines distintos soldados que han de obedecer del mismo modo a dos jefes diferentes». «La Convención Nacional—sigue diciendo—creó los verdaderos zapadores que, organizados al principio por compañías y luego por batallones, se granjearon muy pronto una fama proporcionada al grado de inteligencia y de valor que necesita el ejercicio de su profesión.» Con arreglo a los decretos de 22 de mayo del 14 ventoso del año tercero, 437 oficiales de ingenieros de todos los grados, hubieron de ascender a los empleos superiores; quedando establecido el cuerpo, en primer lugar de vendimario del año nueve de la siguiente manera:

Un inspector general.

Cuatro generales de división.

Doce generales de brigada.

Cuarenta y cinco jefes de brigada directores de fortificaciones.

Sesenta y ocho jefes de batallón subdirectores.

Doscientos cincuenta capitanes.

Treinta y cuatro tenientes, y

Veintinueve subtenientes alumnos. En total, 434 entre generales, jefes y oficiales.

Los zapadores fueron organizados en batallones y reunidos de hecho al cuerpo de ingenieros, el 25 de frimario del año segundo. Su número era de doce, compuestos cada uno de ocho compañías de a 200 hombres, de ellos, tres oficiales y cinco sargentos. El

uniforme de estos zapadores se distinguía del de los artilleros tan solo en el color amarillo de los botones y de las charraderas. No llevaban más armas que un sable y una pistola con funda, suspendida del lado derecho con una bolsita para los cartuchos. Pero estos doce batallones, quedaron reducidos a cuatro en la organización dada al cuerpo el 5 pluvioso del año séptimo. El año diez, apareció un quinto batallón de zapadores, pero en cambio, la fuerza de las compañías había disminuido bastante, no causando verdadero aumento en el personal la creación de este nuevo batallón.

Entre las reformas llevadas a cabo por la revolución, figura el aumento en dos compañías de las cuatro de mineros que existían desde antiguo, siendo la organización de estas compañías idéntica en un todo a la de los zapadores. Como fuerzas correspondientes al cuerpo de ingenieros, figuraron transitoriamente hasta el nuevo octavo, dos compañías de aerostación, constituidas como consecuencia de la reciente invención de los globos y de reconocérselas como aprovechables para el reconocimiento del enemigo. Efectivamente, en la batalla de Fleurus hubieron de intervenir estas compañías, acreditándose que los servicios prestados por el globo estacionado sobre la aldea de Jumet, rindió un apreciable servicio, pues contribuyó a facilitar al general francés indicaciones precisas sobre las intenciones y movimientos de los adversarios, causando su presencia verdadera vacilación y temor en las tropas austriacas. Pero, a pesar de este hecho, en los relatos de la época no figura referencia alguna acerca de tales medios aerostáticos, quedando suprimidas las dos compañías citadas el año octavo.

Los servicios topográficos.—El depósito de la guerra.

Cuando el Comité de Salud Pública, a imitación del Consejo Aulico de Viena, intentó dirigir la marcha de los ejércitos, vióse en el caso de tener que crear una oficina topográfica que pudiera facilitar en todo momento los mapas y antecedentes precisos para la formación de los planes de guerra y distintas operaciones militares. Figuraba al frente de esta oficina, el ilustre Carnot, ingeniero militar, acudiendo diariamente a ella todos los partes de los generales y otros documentos, relativos a estas operaciones, pudiendo afirmarse con toda exactitud que, al fin de la República, era esta dependencia una de las más importantes secciones del depósito de la guerra. En realidad, este depósito existía desde los tiempos de Luis XIV, habiendo sido creado por Louvois el año 1688. El crecimiento experimentado por la oficina encargada del servicio topográfico y la institución del cuerpo de ingenieros geógrafos para su destino a los campamentos y ejércitos, fueron unos de los más notables adelantos llevados a cabo por la República francesa de la organización de los ejércitos; sentando con tales disposiciones las verdaderas bases del Estado Mayor actual. Pero, hasta los tiempos del Consulado, no se muestra en todo su esplendor la existencia de ambas instituciones. Igualmente, hubo de crearse una especie de sección o archivo histórico, encargado de recoger todas las obras y documentos importantes para el arte militar; traduciendo al francés obras militares extranjeras reconocidas por su valía; todo lo cual, la ilustración del ejército pudo llevarse a cabo provechosamente; contribuyendo a ella la publicación no sólo de las obras militares, sino de los trabajos topográficos, merced a un memorial dedicado exclusivamente a ellos. El Cuerpo de ingenieros y los ingenieros geógrafos, fueron los dos organismos encargados de facilitar al mando todos los datos relativos a los reconocimientos militares, aunque sea necesario advertir, que, en justicia, no era precisamente éste el servicio para el cual hubieron de ser instituidos. No satisfaciendo cumplidamente las condiciones que reclamaba este servicio auxiliar del alto mando, ni los antiguos estados mayores, ni los ayudantes aposentadores, ni los capitanes agregados según la creación del año 1783, Guitbert y algunos otros talentos preclaros llegaron a entrever la necesidad de dar a los oficiales encargados de este servicio una instrucción especial y una organización perma-

nente. Pensaban que esta clase de agentes a quienes puede calificarse como los ojos y las manos de los generales, debían formarse previamente con amplios estudios, pero, hasta la Revolución no se trató seriamente de este asunto.

Las unidades superiores.

La gran unidad táctica de los ejércitos republicanos fué la división no compuesta de tropas de una sola arma como lo había hecho el Consejo de la Guerra en 1708 a propuesta de Gibert, sino constituyendo un conjunto mixto formado por cuatro medias brigadas de infantería de línea, una de infantería ligera, dos regimientos de caballería, de los cuales, uno, solía ser de dragones y, el otro, de cazadores o húsares; dos baterías de artillería, una a pie y otra montada y un Estado Mayor compuesto de oficiales de todas las armas, sumando todo ello, un conjunto de 12.000 hombres, a los cuales agregaban, también, regimientos de caballería pesada y fuerzas de ingenieros. Esta organización de las grandes unidades no era, pues otra cosa que una aplicación al presente de la idea legionaria de otros tiempos. El ejército quedaba así compuesto por divisiones a las que servía de complemento una pequeña reserva de infantería constituida por tres o cuatro medias brigadas de infantería con dos baterías a pie y otra reserva de caballería de dos o cuatro regimientos, con una o dos baterías montadas, al frente de cuyas fuerzas figuraba un general en jefe. Acompañaba al ejército un gran parque de artillería y baterías de posición de 6 a 12 piezas, formadas con obuses y cañones de a 8, 12 y 16. Pero esta organización del ejército en grandes unidades divisionarias, no merece para todos los maestros en ciencia militar la misma opinión, estimando que, esta organización, muy buena para la guerra de pequeño alcance, no era la apropiada para las grandes operaciones estratégicas desde el momento en que venía a romperse de hecho, la unidad del ejército. Lo mismo desde el punto de vista de la ofensiva que desde el de la defensiva, los inconvenientes que la organización dada por la República a su ejército ofrecían, no podían ser más manifiestos. No cabe negar que, divisiones formadas de esta manera con todos los elementos propios del ejército, se encontraban en condiciones de poder obrar aisladas, bastándose, en cierto modo, a sí mismas, pero estos elementos de combate eran adecuados tan solo para la realización de operaciones parciales, características del modo de guerrear de la época, no siéndolo, en cambio, para llevar a cabo una acción rápida y a fondo; resultando más propios para eternizar la guerra que para terminarla rápidamente con una victoria decisiva. Un ejército fuerte, compacto, podría muy bien batir al detall estas divisiones sin conexión íntima entre sí, impidiendo su posterior concentración o, por lo menos, el enlace de su esfuerzo. Sin duda alguna, la extensión del teatro de la guerra, la naturaleza e importancia de la lucha, la actividad de las operaciones y la gran fuerza numérica de los ejércitos, exigían una trabazón más íntima y una distribución más sólida de las masas armadas. El sistema de las divisiones era muy apropiado para ejércitos de 30.000 a 40.000 hombres, sobre todo si se tenía cuidado de reunir la gruesa caballería y algunos regimientos de la ligera en una reserva especial, pero no podía irse más allá de este límite, pues de lo contrario la atención del mando superior quedaría muy dividida y las dificultades para poder llegar al empuje final habían de ser muy grandes. Es un dato importantísimo el que nos ofrecen los comienzos de la campaña de 1794, en la que vemos batirse durante un mes, desde Luxemburgo a Dunderque, a ambos ejércitos, francés y aliado, con un encarnizamiento como pocas veces se ha visto en la Historia. No es frecuente encontrarse en sus relatos un cuadro en que aparezca una cantidad mayor de encuentros, de escenas sangrientas, de choques obstinados, sin que, a pesar de todo, los resultados no pudieron ser más débiles o insignificantes; los éxitos alcanzados en un punto quedaban neutralizados por las pérdidas en otro, y

sin duda alguna contribuía a ello, la falta del debido enlace entre las operaciones llevadas a cabo por las distintas divisiones sin cálculo ni combinación alguna.

Podríamos seguir haciendo consideraciones sobre esta organización general del ejército francés, comentando las ventajas e inconvenientes de la organización y empleo de la caballería y sobre la forma cómo se llegó a hacer la reorganización del arma de artillería, pero esto sería, acaso, entrar en un estudio que no nos corresponde hacer. Se nos advertirá que con la organización divisionaria los ejércitos de la República obtuvieron muchas y notables victorias; pero es cierto también que en muchas otras ocasiones, su derrota fué inevitable; habiéndose de reconocer que la disposición divisionaria o divisional fué poco a poco adoptada por todos los ejércitos y que como tal unidad orgánica y táctica ha llegado a nuestros días, aunque en la actualidad, la división, no constituya de por sí más que el elemento integral de los cuerpos de ejército y de los grandes ejércitos, habiendo perdido por completo el carácter de elemento con vida propia y acción independiente de los primeros tiempos de la República.

Los campamentos y las requisiciones en el ejército francés.

Las profundas modificaciones que la revolución había causado en el ejército, destruyendo por completo las antiguas instituciones, al sustituir éstas por otras en las que bajo la presión de las circunstancias, era preciso saltar por encima de los preceptos del arte, cambiando por completo la naturaleza y modo de actuar de los factores que actúan en el desarrollo de la acción militar, no podrán por menos de causar un cambio radical en determinadas manifestaciones de la vida de los ejércitos. Uno de estos cambios más digno de ser anotado fué el introducido en la disposición de los campamentos. Hasta aquella fecha la guerra complicada, ceremoniosa, lenta, había permitido el establecimiento de grandes campamentos con tiendas de campaña, barracones y obras de fortificación, a veces sólidas y numerosas. La movilidad de los ejércitos, el cambio constante de los emplazamientos, el carácter transitorio de tales campos, éstas y tantas otras circunstancias, obligaron a los franceses a sustituir los formados por tiendas de campaña, con los vivacs, o abrigos construidos con los recursos a mano. De este modo, se economizaba todo el tiempo empleado en armar y desarmar las tiendas, en plegarlas y cargarlas en las acémilas; limitándose notablemente el número de éstas y disminuyéndose en la correspondiente proporción, los elementos auxiliares del ejército y la extensión de las columnas en marcha. A este propósito advertiremos que, fué el General Marbot, el primero que hubo de hacer la observación de que en tanto que un ejército que ha vivaqueado en barracones, no da señal alguna de su partida, el que ha acampado con tiendas, advierte al enemigo con el plegado de las mismas que se va a iniciar el levantamiento del campo. Como por lo general, los vivaques y las barracas eran abandonados sin preocuparse de su destrucción, se hacía fácil engañar al enemigo no sólo sobre el verdadero objetivo de las propias intenciones, sino de otros datos, tales como la cantidad de los recursos, el número probable de las fuerzas, la clase de las mismas, etc., etc. Tan sólo en los estacionamientos de alguna duración, como acontece en el caso de sitio de una plaza, eran empleadas las tiendas de campaña. Otra modificación grande introducida en los ejércitos de la República fué el representado por las requisiciones. El carácter generalmente ofensivo de sus campañas, permitió abusar grandemente de este procedimiento al invadir los países enemigos, generalmente poblados y fértiles, pudiendo así atender debidamente a su sostenimiento, pero esta facilidad no pudo hallarse cuando el país invadido carecía de medios de vida, bien a causa de su pobreza o debido a la inutilización de su recurso por la población de los países ocupados. Todas las ventajas e inconvenientes de este sistema, todo lo que tienen de bueno y de malo, lo experimentaron las tropas republicanas en muchas ocasiones, y varias veces de una manera capaz de hacer renunciar a aplicarlo

en adelante tan exclusivamente como hasta entonces se juzgaba poderlo hacer, siendo de advertir que hasta al final de la campaña de 1794 y con motivo de la conquista de Bélgica e invasión de Holanda a fines del año 1794, no se introdujo verdaderamente la costumbre de vivir de un modo exclusivo de las requisiciones, habiendo hasta entonces sido los almacenes los que habían contribuido en gran parte a la subsistencia del ejército. En esta campaña de éxito tan lisonjero, la democratización del ejército francés es absoluta, pues en ella vemos a los oficiales incapaces de sostenerse con un mísero sueldo pagado en asignados, documento de crédito carente de valor, someterse al mismo régimen del soldado, marchando a pie, llevando la mochila a la espalda, comiendo pan de munición y estando constantemente expuestos a los azares propios de la guerra. Es notable el cuadro que nos presenta Carrion-Nisas analizando este sistema de requisición, Apoderábase del país—dice este escritor—y se empezaba a administrar desde el primer momento de su ocupación. Esta administración, por su propia naturaleza y propio interés economizaba los recursos del país y atendía lo mejor posible a las necesidades del ejército. El papel de conquistador era doble, pues representaba, a la vez, el país invadido y el ejército invasor. No cabe duda de que este sistema economiza mejor que cualquier otro el consumo del ejército y las facultades reproductivas del país; pero sólo puede tener lugar en el desarrollo de un gran plan en un vasto cuadro de operaciones y con poderosos medios de invasión y de mantenimiento. Para juzgar lo que puede representar en determinados casos la aplicación integral de este sistema como medio exclusivo para el sostenimiento del ejército, basta recordar lo que fué la campaña de Rusia por las tropas de Napoleón. Destruídos por los mismos rusos todos los recursos del país por donde habían de pasar las tropas del ejército imperial, éste tuvo que retirarse en pleno invierno, acosado por las inclemencias del tiempo, diezmados por las enfermedades, aniquilado por el hambre, sin encontrar medio ni recurso alguno para satisfacerle y teniendo que contener constantemente al enemigo en una heróica retirada que cubrió de gloria al mariscal Ney y a sus soldados.

La instrucción de las tropas.

La historia militar de Francia, desde el punto de vista de sus métodos de guerra y de la educación e instrucción de las tropas es una lucha constante a partir del ejemplo dado por el ejército prusiano en la guerra de los Siete Años, entre dos grupos afectos a dos escuelas diferentes: La prusiana, basada en los procedimientos tácticos del ejército de Federico II, y la francesa, obediente al espíritu y procedimientos tradicionales de la guerra. El orden lineal era el representativo de la primera; la formación en columna el de la segunda, es decir, el orden lineal o delgado frente perpendicular o profundo. Al frente del partido nacional, figuraba el mariscal de Broglie, al frente del partido prusiano, Guibert. Fundándose en que en el combate, el choque es lo principal y decisivo y el fuego, lo preparatorio y accesorio, Menil-Durand, que figuraba en el partido nacional, propuso un orden táctico tomando como punto de partida la columna ideada por Folard, que era una adaptación de la clásica disposición falangista de los griegos y del orden, en *cuarto de brigada*, de Gustavo Adolfo. Esta columna constituía un bloque macizo de 24 hombres de frente por 32 de profundidad y estaba dividida en cuatro secciones de a 24 por 8; siendo protegida, a los flancos, por dos compañías independientes y a retaguardia por un escuadrón de caballería en el momento del choque, no debiendo actuar hasta después de un período preparatorio de fuego, llevado a efecto por 192 hombres desplegados a vanguardia, formando una línea de tiradores apoyada por ambos flancos en las dos compañías que acabamos de indicar y constituyéndose así tres líneas: la primera, de tiradores intercalados entre compañías independientes en orden de batalla; la segunda de columnas de a 24 hombres de frente por 32 de profundidad, y la

tercera, de escuadrones de caballería, también independiente. En esta lucha entre las dos escuelas nada consiguió, por el pronto, el partido nacional, pues las experiencias verificadas en Metz y en Vassieux, aunque dirigidas por el mariscal de Broglie, que, como hemos dicho, era el que figuraba a la cabeza del partido nacional, dieron la supremacía al orden delgado sobre el profundo; aunque el consejo de guerra permanente que se había establecido en París como medio de resolver las discusiones suscitadas entre ambos partidos, no adoptó decisión alguna, y al desaparecer en 1778, su labor hubo de quedar limitada tan sólo a dos reformas, aunque ambas de gran importancia: la institución de la división como gran unidad táctica permanente y la adopción del nuevo sistema de artillería de Gripeauval que, como sabemos, daba a ésta mucha más movilidad que la anteriormente empleada y dejándola reducida a cañones de 12, 8 y 4 pulgadas y a obuses de 6. Fué en 1791, es decir antes de la revolución, cuando quedó reglamentada la adopción del orden lineal y la formación normal en batalla; las marchas en columna, los fuegos a la voz, las dos líneas desplegadas y la caballería siempre enlazadas, obedeciendo así a los procedimientos fundamentales de las teorías tácticas profesadas por los franceses.

Pero aunque por esta vez los procedimientos prusianos prevalecieran sobre los franceses y desaparecieran por completo de los reglamentos, los métodos nacionales, la idea del orden perpendicular, tan característico de la escuela francesa, no desapareció. La doctrina del orden perpendicular fué la explicada en la escuela militar de París y el sistema de las guerrillas y de las columnas de batallón, fué el representativo de la táctica de los ejércitos de la revolución, y posteriormente del consulado y del imperio. Excelente sistema de guerra basado en el entusiasmo de las tropas, pero que hubo de fracasar ruidosamente ante la fortaleza de los ejércitos españoles e ingleses en nuestra guerra de la Independencia y en las posteriores campañas en el centro de Europa.

En los primeros tiempos de la revolución, el desorden introducido en las filas del ejército por la insubordinación de las tropas y el sacrificio o abandono de los oficiales y la improvisación y apresuramiento de cuantas disposiciones o providencias pudieran ser adoptadas para mantener en pie las instituciones militares, reformándolas con arreglo al nuevo concepto revolucionario, dieron lugar a que, realmente, no se atendiese a otra cosa más que a conseguir de un modo somero la instrucción general del ejército. La desaparición de casi toda la oficialidad, sin duda alguna la más capacitada y distinguida, privó a éste de sus verdaderos elementos profesionales. A causa de ello todo resultaba improvisado, dispuesto al azar. La instrucción de aquellos generales que en dos años habían ascendido desde la condición civil al generalato, no sólo en plena juventud y consiguiente inexperiencia, sino en la mayor ignorancia de las cosas de la guerra y sin otras dotes militares que la inconsciencia hija de un valor ciego, hasta la temeridad o el heroísmo, no podía ser mucha, y mal podían comunicar tales jefes o generales a sus subordinados aquello que de ningún modo poseían. Fué la misma guerra la encargada de instruir al mando y a las tropas por sus medios más naturales y espontáneos, y de esta suerte, el empuje y la osadía hubieron de reemplazar a la instrucción y a la ciencia. Si las exigencias de la realidad hubieron de introducir un cambio notable en las costumbres y género de vida del ejército, esta misma realidad hubo de transformar asimismo, radicalmente, los métodos de guerra. Frente a unos ejércitos, muy superiores en disciplina, en táctica, en armamento y aun en número, soldados de la República tuvieron que adoptar un sistema de lucha, gracias al cual, el esfuerzo individual adquiriera el mayor radio de acción y las pasiones militares pudieran desarrollarse en toda amplitud, razón por la cual venían a imponerse las operaciones ofensivas audaces en sus empujes, y llevadas a cabo merced a la ejecución de largas y rápidas marchas. Así las nuevas características de la guerra. El aligeramiento de los distintos elementos del ejército se impuso, y las tropas ligeras no tuvieron más remedio que desarrollar una acción más activa en los campos de batalla, como preparadores de los profundos ataques de las

columnas cerradas. Faltas de las debidas preparación e instrucción, la casi totalidad de las tropas francesas, tenía la estrategia de suplir las deficiencias de la táctica, y, por ello, comenzaron a desarrollarse en toda su amplitud, aquellos métodos propios de la gran guerra napoleónica, que imponen una acción rápida, decisiva, mediante la realización de grandes movimientos y el desarrollo de grandes batallas de carácter resolutivo, en las que el manejo de las tropas y distintos elementos de guerra, exige por parte del alto mando la mayor capacidad o aptitud. Haremos recordar a este propósito de la instrucción de las tropas y por lo que al empleo de las armas se refiere, que la ejecución de los fuegos de fusil, así como las correspondientes operaciones reclamadas por el disparo de las piezas de artillería, eran muy distintos de la rapidez y facilidad con que actualmente se ejecutan, invirtiéndose bastante tiempo con aquellos cañones y fusiles en el manejo y transporte de los mismos. Esta lentitud del tiro permitió que la táctica francesa resultase de un empleo provechoso y, sobre todo, fácil. Las masas densas de los revolucionarios, lanzadas al ataque, a la bayoneta, enardecidas con los sonidos de la Marsellesa, pudieron quebrantar con su empuje la fortaleza de tropas acostumbradas a métodos, desde luego, más conformes con los preceptos del arte militar, aunque para lograrlo tuvieran que soportar enormes pérdidas, pues, se ha calculado que, desde 1792 a 1800, el ejército francés dejó abandonados sobre el campo de batalla a más de las dos terceras partes de sus efectivos (700.000 hombres en dos millones). Desde luego, la revolución no se preocupó lo más mínimo de ahorrar el consumo de vidas ciudadanas; abundaba la *carne humana* tanto como en ciertas circunstancias pudo sentirse la inoportuna y lamentable falta de otros medios de guerra.

Los mismos escritores franceses reconocen que los primeros ejércitos llevados por la revolución a los campos de batalla, distaban mucho de poseer la instrucción necesaria para poder afirmar que ellos estaban compuestos por verdaderos soldados, al mando de oficiales competentes. Sin embargo, sometidos a una práctica constante a lo largo de las continuas campañas que tuvieron que realizar los ejércitos de la República, llegaron a ser un poderoso elemento de guerra, susceptible de alcanzar los más señalados triunfos.

La moral de las tropas

Si hubiéramos de condensar en breves palabras lo que era la moral de las tropas francesas diríamos que ésta era producto casi exclusivo del patriotismo, del amor a la libertad y del temor a los excesos de la revolución misma. Si en París, las muchedumbres desordenadas, violentas y criminales podían desarrollar libremente sus odios y sus pasiones imposibilitando toda medida de buen gobierno, en los ejércitos de la frontera su conducta cambiaba por completo y en ellos podía contemplarse el fenómeno psicológico de que los caracteres menos aptos para poder acomodarse a toda disciplina social, encuadrados en el conjunto de una masa de trabajadores y ciudadanos honrados convertidos en soldados del ejército nacional canalizase sus tendencias por los cauces de la disciplina militar, dejándose arrastrar por el entusiasmo contagioso que soporta heroicamente toda clase de privaciones, despreciando los mayores peligros y contribuyendo a formar en breve tiempo el bloque valeroso y triunfante sobre los más poderosos ejércitos de Europa. El aspecto que ofrece el ejército francés será siempre uno de los más elocuentes ejemplos de la virtualidad inherente a la disciplina militar. Por ella los hombres se transforman, convirtiendo a los propios criminales en héroes dignos de la mayor estimación; sin ella, no sólo los ejércitos, las mismas colectividades civiles o populares se tornan en auténticas hordas salvajes. Sin la disciplina, la fuerza armada, garantía de la paz social y de los derechos ciudadanos, se convierte en la soldadesca grosera y criminal, verdadera horda de bandidos. Por la falta de disciplina, el pueblo más

honrado deja de serlo para revestir las formas groseras del populacho dispuesto a los más vergonzosos atropellos. Son todos estos fenómenos perfectamente reconocidos y estudiados por la psicología colectiva y que muestran hasta qué punto actúan sus leyes sobre la conducta y las impulsiones de la masa popular. Prueban la importancia del medio social para modificar y encauzar las tendencias primitivas o espontáneas de los individuos y de las colectividades. Los poetas franceses, como Víctor Hugo, Darcier, Lamartine, han cantado en versos entusiastas y sonoros este brillante aspecto de un pueblo ciudadano que se incorpora al ejército para contener el avance de los enemigos dispuestos a invadir el territorio nacional. Descalzos, desnudos, sin pan, sordos a toda prevención coqueta o tendenciosa, todos marchan sin vacilación y al mismo tiempo por el camino de la gloria; cantaba en una de sus poesías aquel bardo del patriotismo francés que se llamó Berenguer; y como cosa suya son magníficos aquellos versos del incomparable Hugo que resuenan como un verdadero himno de triunfo y de gloria: «Contra toda Europa, con sus capitanes, con sus soldados cubriendo a lo lejos los campos, con sus jinetes todo entero en pie como una hidra viviente, cantaban, marchaban con el alma sin espanto y los pies sin zapatos al Levante, al Poniente, lo mismo al Sur que al Polo, con viejos fusiles que sonaban sobre sus hombros, al paso de los torrentes y de los montes.» Y si esto se pudo decir en honor a los voluntarios del 92, con igual razón pudo escribir Barbier refiriéndose a los que acudieron al general llamamiento del 93. El patriotismo, en su estado de exaltación, es el rasgo incontrastable del ejército de la revolución; podrá negársele que ésta profesase el verdadero concepto de la libertad, ya que no la ejercitó en su verdadero carácter; podrá achacársele de igual modo el hecho punible de que la envidia y el furor hiciesen imposible todo régimen de igualdad, hasta podrá sostenerse que ni el genio verdaderamente organizador, ni el buen sentido de la realidad, fueran muy comunes en los dirigentes de aquella gran commoción social, pero lo que no cabe negar es que, el patriotismo recibió el culto más completo. El título de *patriotas* con que se designaban a sí mismo los revolucionarios, fué reconocido y empleado por los propios enemigos; y en los mismos documentos escritos en nuestra Patria, referentes a los asuntos con Francia, le vemos emplearse sin reserva alguna, consagrando de este modo la elevada virtud del patriotismo como un carácter propio de la condición revolucionaria.

Pero si desde este punto de vista, efectivamente, no podemos hacer objeciones contradictorias, reconociendo que, sin reparo alguno, el patriotismo era la gran virtud de la Revolución, y que tan excelsa cualidad afectaba acaso aún más al ejército que a las masas revolucionarias del orden civil, sin embargo, desde otros puntos de vista, este ejército dejaba mucho que desear sobre todo en cuanto hacía referencia a la disciplina. Veamos la descripción que hace Lamartine del aspecto que ofrecía el campamento francés antes de la batalla de Valmy; y de la pintura animada del cuadro que ante los ojos de Kellermann, situado sobre una altura a espaldas del molino, también llamado de Valmy, presentaba el ejército prusiano: «Desde lo alto de esta meseta, veía Kellermann salir sucesivamente de entre la blanca niebla de la mañana y brillar con el sol la numerosa caballería prusiana. Marchaba esta caballería por escuadrones, rodeando el montecillo de Gizaucourt y amenazaba cercarle como con una red, si se le llegaba a forzar en su posición. Los batallones de Infantería rodeaban igualmente la eminencia de Valmy. Habiendo formado el duque de Brunswick, a eso de las diez, todo el ejército sobre dos líneas, y concebido el plan de su jornada, vióse destacarse del centro y avanzar hacia las faldas de Gizaucourt y de la Lune, una vanguardia compuesta de infantería, caballería y tres batallones. El duque le Brunswick, a caballo y rodeado de un grupo de oficiales, dirigía por sí mismo aquel movimiento; el ejército reformó su línea y nuevas tropas llenaron el vacío que el cuerpo destacado dejaba en el centro. Con los anteojos se distinguía al rey con uniforme de general, a caballo, formando a retaguardia dos fuertes columnas de ataque, que animaba con el gesto y con la espada. Tal era el horizonte de tiendas, de bayonetas, de cañones y de estado mayor, que se descubría a lo lejos sobre las alturas blanquecinas.

y en las hondonadas de la Champaña el 20 de septiembre al mediodía. A la misma hora, la Convención, entrando en sesión, iba a deliberar sobre la Monarquía o la República. Dentro y fuera, la Francia y la Libertad se jugaban al azar.»

El ilustre literato francés que esto escribe no vacila en declarar que: «el aspecto exterior parecía presagiar contra los franceses el fin de la campaña; había de parte de los prusianos 110.000 combatientes de todas armas, una táctica, herencia del Gran Federico, que aún vivía en sus tenientes; una disciplina que cambiaba los batallones en máquinas de guerra y que destruyendo toda voluntad individual en el soldado, le refundía en el pensamiento y en la voz de sus oficiales; una infantería, cuya ligazón entre sí misma la hacía sólida e impenetrable como murallas de hierro; una caballería provista de los magníficos caballos de la Frisia y de Mecklemburgo, cuya docilidad para ser manejados, cuyo ardor moderado y cuya intrépida sangre fría, hacen que no se espanten ni del ruido, ni del fuego de la artillería, ni del brillo de las armas blancas; oficiales educados desde su infancia en el arte de los combates, nacidos, por decirlo así, con uniforme, que conocían a sus tropas y eran conocidos de ellas, y que ejercían sobre sus soldados la doble influencia de la nobleza y del mando; por auxiliares, los regimientos elegidos del ejército austríaco recientemente llegados de las orillas del Danubio donde acababan de aguerrirse contra los turcos; una nobleza francesa emigrada, llevando consigo todos los nombres ilustres de la monarquía, en la que cada soldado combatía por su propia causa y tenía una injuria que vengar, un rey que salvar y una Patria que recobrar con la punta de su bayoneta o de su sable; generales prusianos, discípulos todos de un rey militar, teniendo que conservar en Europa la superioridad de su renombre; un generalísimo que la Alemania llamaba su Agamenon, y que el genio de Federico cubría con el prestigio de invencible; y, en fin, un rey joven, valiente, adorado de su pueblo, querido de sus tropas, vengador de la causa de todos los reyes, acompañado de los representantes de todas las cortes sobre el campo de batalla y supliendo a la inexperiencia de la guerra con una intrepidez personal que olvidaba su rango para no acordarse más que de su honor. He aquí lo que era el ejército prusiano.»

Frente a este aspecto magnífico e imponente ofrecido por el ejército alemán, el aspecto del campamento francés no podía ser más distinto. En efecto: «en éste—como sigue describiendo la brillante pluma de Lamartine—el cuadro dejaba mucho que desear. Una inferioridad numérica de uno contra tres; regimientos reducidos a trescientos o cuatrocientos hombres por efecto de las leyes de 1790, que habían suprimido los enganches por dinero; estos regimientos privados de sus mejores oficiales, arrastrados a la emigración en proporciones mayores de su mitad total y por la creación repentina de 100 batallones de voluntarios, a cuya cabeza se habían colocado como instructores los oficiales del antiguo ejército real, reconocedores del nuevo régimen, estos regimientos y estos batallones sin espíritu de cuerpo, mirándose con el odio de la rivalidad o la indiferencia del desprecio; dos espíritus distintos dentro de un mismo ejército; el de la disciplina, en los antiguos cuadros, y el de la insubordinación, en los nuevos batallones; los oficiales antiguos, sospechosos a sus soldados, y éstos, temidos por sus oficiales; la caballería, mal montada y mal equipada; la infantería, instruida y sólida en los regimientos, novicia y débil en los batallones; la paga atrasada y en asignados que habían caído en desprecio; las armas, insuficientes; los uniformes, distintos, usados y hechos pedazos: muchos soldados, sin zapatos o reemplazando las suelas con manojo de heno que llevaban atados a las piernas con bramante; procedentes de diferentes cuerpos y de distintas provincias; desconocidos los unos a los otros, sin saber apenas los nombres de los generales a cuyas órdenes eran destinados; estos generales, o jóvenes y temerarios, que habían pasado sin transición de la obediencia al mando, o viejos y rutineros, que no podían adaptar sus costumbres metódicas al arrojo de las guerras desesperadas; y, en fin, a la cabeza de este ejército incoherente, un general en jefe de cincuenta y tres años, nuevo en la guerra, de quien todo el mundo tenía derecho para dudar; que era sospechoso a

sus tropas; que estaba en rivalidad con su principal teniente (Kellermann) y en lucha con su propio gobierno y que iba a ejecutar un plan atrevido y lento que nadie comprendía, sin tener todavía ni un servicio en su pasado, ni el nombre de una victoria grabado en su espada para hacerse perdonar sus faltas en el mando. Tal fué el cuadro que presentaron los franceses en Valmy. Pero el entusiasmo de la Patria y de la Revolución latía en el corazón de aquel ejército, y el genio de la guerra inspiraba al alma de Domouriez.»

Es posible que más de un crítico militar pueda argüir en contra, de cuanto se acaba de transcribir que, el escritor francés, acentúa demasiado los rasgos desfavorables de su descripción; pero, cabalmente, en el estudio de nuestra guerra con la República francesa podremos contemplar repetidamente cómo el campo enemigo ofrecía el mismo aspecto. Y todos los historiadores militares cuando describen la situación del ejército francés en Italia, al encargarse del mando, en marzo de 1796, el Petit Caporal, nos ponen de manifiesto el cuadro nada sugestivo y satisfactorio que éste presentaba. En el año 1792, las tropas de la vecina República no podían encontrarse en un estado de mayor desorden e indisciplina, razón por la cual el escritor militar italiano Corsi se cree en el caso de poder afirmar que: «cuando Austria, Prusia y el Piamonte declararon la guerra a Francia, no les hubiera sido difícil vencerla si hubieran sabido y querido obrar con rapidez y energía, lanzando un ejército de austriacos y prusianos sobre París, sin perder tiempo alrededor de las plazas fuertes de la frontera, en tanto que los sardos hubieran marchado sobre Lyon y se hubieran sublevado las provincias occidentales y orientales; pero aquellas potencias, por el contrario, dieron largas al asunto. A sus débiles amenazas respondió Francia con los armamentos tumultuosos. Se formaron a toda prisa batallones de voluntarios, cuerpos frances, compañías departamentales con diversos nombres, con uniformes distintos; se desmembran los antiguos regimientos; los sargentos y oficiales que han pertenecido a las milicias regulares, o que pertenecen a ellas todavía, son admitidos en los nuevos cuerpos con grados superiores, juntamente con individuos que nunca han militado (en nuestra campaña del Rosellón veremos a un médico y a un farmacéutico convertidos en generales, con la consiguiente irritación de auténticos veteranos, como el general Dagobert). Hasta en el ejército regular se hacen promociones precipitadas y caprichosas, con lo que casi se destruye el prestigio de los grados. En los antiguos cuerpos se pierde la disciplina; en los nuevos es imposible, porque no se la quiere. Celos, desconfianzas, odios entre éstos y aquéllos, pero en cambio una prodigiosa exaltación de los ánimos, pudiendo asegurarse que la Marsellesa suple en ocasiones a la disciplina. Cuéntase 500.000 hombres en armas; tienen gran confianza en Lafayette, el héroe de América, y en el poder de las ideas de libertad, igualdad y fraternidad; se cree cierta y fácil la victoria. Lafayette, elevado al mando supremo, comprende la necesidad de hacer la guerra rápida e impetuosa; consigue establecer la artillería a caballo; adopta la táctica americana de aprovechar los terrenos accidentados, fuegos en guerrilla y ataques en columna; después, en 1792 y en 1795, se abusó del combate en guerrilla, oportunísimo en un principio para tropas colesticias, pero bien animadas.»

«En 1793, no bastando las requisiciones de hombres, la movilización de los nacionales y los demás medios experimentados en un principio para engrosar y mantener un ejército numeroso, la Convención determinó el levantamiento en masa conminando con pena de muerte a los reacios y desertores. Todos los mejores acuden a las armas, por amor a la Patria y a la gloria, por miedo a la guillotina o por desesperación. La facilidad y rapidez en los ascensos invita y compensa...» Corsi, que ha descrito el anterior estado del ejército francés en los términos desfavorables que exponemos, al llegar a este punto, cambia de diapasón, declarando con toda firmeza: «semejante ejército debía hacer milagros. Se funden las milicias voluntarias y los restos del antiguo ejército, tomando aquélla de éste su espíritu militar. Se crean nuevos títulos para los altos grados...»

Con toda razón, los franceses pueden vanagloriarse de que este ejército de soldados calzos y harapientos, según nos lo describen sus historiadores, haya sostenido victorio-

samente planes: habían ción, en tríacos base tra del emb casi tota primera a lo lar vorable rios. Fue meses d figuraba con un aliados tignies, el territóri a los Finalme tropas d la solici les éxito que a al secuenci causa en tuas des bre Parí en la pr que nos oficiales acontecid tras arm el ánimo que leva de Dugo te conten que, con bajo el enemigo, dadero j su ejérci Hemo la jornad ambos e del día, armas; del Nort las rama las hojas vista tan escuadros

samente la lucha contra Europa, desde el año 1792 al 97, desbaratando en absoluto los planes y propósitos de aquellos Representantes que, unidos en Amberes en abril de 1793, habían resuelto apoderarse de Francia, verificando con ella una verdadera desmembración, en tanto que los prusianos se apoderasen de la Alsacia y de la Lorena y los austriacos de los territorios de Flandes y de Artúa, y los ingleses ocupasen a Dunquerque, base tradicional de sus desembarcos en el viejo continente. Parece ser que los propósitos del embajador austriaco eran los de aplastar la revolución por el terror, exterminando la casi totalidad del elemento dirigente de la nación. Sobre todo, durante la guerra con la primera coalición, a partir de 1793, los ejércitos franceses tuvieron que batir al enemigo a lo largo de todas las fronteras. Y si bien es cierto que, en un principio, no les fué favorable la fortuna, pudieron por fin obtener una victoria manifiesta sobre sus adversarios. Fué, por ello, ante el peligro en que se encontraba la República en los primeros meses de la Convención, por la que ésta ordenó la antes indicada leva general, en la que figuraban todos los ciudadanos de dieciocho a cuarenta años, constituyéndose, 9 ejércitos, con un total de 750.000 hombres. Las tropas francesas pudieron ver rechazados a los aliados en todas partes, levantado el bloqueo de Maubeuge a raíz de la victoria de Wattignies, ganada por Jourdan. Hoche se apoderó de la Lorena, la Francia reconquistó todo el territorio belga y el extendido a lo largo de la orilla izquierda del Rhin. Jourdan batíó a los austriacos en Fleurus, los arrojó sobre el Rhin, ocupando Colonia y Coblenza. Finalmente, los holandeses no tuvieron otro remedio que abrir paso a la invasión de las tropas de la República. La paz de Basilea dió fin a esta guerra como consecuencia de la solicitud de los monarcas europeos. Pero, en conformidad con los juicios de Corsi, tales éxitos fueron debidos a la falta de empuje de los generales europeos, atentos más que a alcanzar un éxito decisivo sobre las tropas de la Revolución a conseguir, como consecuencia del desmembramiento de Polonia, el botín más provechoso; creándose por esta causa entre los monarcas o dirigentes de las potencias participantes en la coalición mutuas desconfianzas. «Si durante el verano de 1793 los austriacos hubiesen marchado sobre París— expone el general Thiebault— nosotros nos hubiéramos encontrado perdidos en la proporción de ciento por uno de probabilidades en contra. Fueron ellos solos los que nos han salvado, dándonos tiempo para lograr la formación de verdaderos soldados, oficiales y generales.» Esta afirmación viene a quedar completamente probada por lo acontecido en nuestra frontera, donde tras la campaña del 93, favorable al éxito de nuestras armas, positivo en su efectividad del momento, pero sin efecto decisivo alguno sobre el ánimo de los franceses, dió lugar a que el ejército francés fuera organizándose al par que levantaba su moral y establecía una verdadera disciplina, pudiendo bajo el mando de Dugomier invadir nuestras comarcas del norte de Cataluña, en las que fué difícilmente contenido, gracias tan solo a la disciplina, el valor y la fortaleza de nuestras tropas, que, completamente abandonadas a su propia defensa, acaso pudieran haber alcanzado, bajo el mando del veterano general Urrutia, el logro de una reacción victoriosa contra el enemigo, siendo ésta la razón por la cual si la citada paz de Basilea fué acogida con verdadero júbilo por la población civil de España, no lo fué, en cambio, ni con mucho, por su ejército.

Hemos descrito el aspecto que ofrecía el ejército francés ante el de la coalición en la jornada de Valmy. No es menos interesante el cuadro que nos presenta Lamartine, de ambos ejércitos contendientes, antes de la batalla de Jemmapes: «El primer resplandor del día, en el desigual terreno de Bélgica, iluminó al ejército francés vigilante sobre las armas; el cielo estaba pardo, encapotado y lluvioso como un cielo de otoño en los climas del Norte; una niebla fría oscurecía al sol y se destilaba en gotas de lluvia caídas de las ramas de los árboles. Habíanse recolectado las mieses; la tierra estaba desnuda; las hojas habían caído y ninguna cubierta de frondosidad o de verdura interceptaba la vista tan lejos como podía extenderse, sobre las negras líneas de los batallones y de los escuadrones, esperando, silenciosos, la orden de abandonar sus posiciones. El aspecto se-

vero, marcial y reflexivo del ejército enemigo, atrincherado sobre sus alturas; las gorras de pelo de los granaderos húngaros, la capa blanca de la caballería austriaca; el dormir azul celeste de los húsares; la casaca parda de los cazadores tiroleses; la inmovilidad de los cuerpos, colocados más bien como espectadores que como autores de un combate, sobre las crestas de las mesetas de Jemmapes, como si estuviesen en el glasis de una ciudadela, contrastaban con el aspecto variado y la tumultuosa movilidad del ejército de Dumouriez; parecía que la providencia de las naciones había querido colocar frente a frente y lanzar a la lucha en un torneo incomparable por su grandeza las dos mayores fuerzas militares: la disciplina y el entusiasmo.

El ejército francés, a excepción de los generales, envejecidos bajo el uniforme, y de la caballería, cuyos regimientos se componían de antiguos soldados conservados con esmero en los cuadros y que estaban orgullosos de su instrucción, se componía casi en su totalidad de voluntarios; los uniformes, sencillos, sólo ofrecían a la vista largas filas sombrías, mal alineadas por oficiales bisoños, que daban pruebas de su inexperiencia por el propio desacuerdo de las órdenes dadas a sus soldados. Los zapatos, de cuero grueso; los botines, de paño negro, abotonados hasta más arriba de la rodilla, que daban más ligereza a la marcha, comprimiendo y diseñando los músculos de la pierna; un calzón blanco, una casaca cuyos largos faldones, cortados en figura de ala de pájaro, llegaban a los talones; dos anchas correas de cuero blanco cruzadas en el pecho, y que servían la una para sostener la cartuchera y la otra para ceñir el sable en el lado izquierdo; otras dos correas parecidas, pero más estrechas, que pasaban por encima de los hombros y volvían a pasar inmediatamente debajo del sobaco, que servían para llevar la mochila de piel de cabra del soldado, como una banasta de obrero; las solapas de la casaca de paño encarnado formando como una gran mancha de sangre sobre el pecho; un collarín bajo para dejar libre los movimientos del cuello; el pelo largo, grasiendo y empolvado, cubriendo como dos copos de melenas ambas orejas y atado en la nuca con una cinta de hilo negro; y, en fin, adornada la cabeza según los cuerpos o con un ligero casco de cuero sólido, coronado con una corta garzota de crin en forma de escobilla, o de un sombrero con alas levantadas sobre el que flotaba una pluma de gallo; tal era el uniforme del voluntario francés.

»Sus armas, un sable corto, un cuchillo de reserva para acometerse cuerpo a cuerpo cuando se rompía la bayoneta, y un largo fusil de un solo cañón, a cuya extremidad se colocaba la bayoneta para herir el pecho del enemigo, cuando se había descargado el fusil. Casi toda la infantería llevaba este uniforme y armamento. Los cazadores le disminuían algunas veces para estar más ligeros; los granaderos, esos gigantes de las líneas, aumentaban su elevada estatura con una enorme gorra cubierta de piel negra, cuyo pelo caía por delante sobre una placa de color dorada o plateada. Esta placa contenía en letras de realce el número del regimiento o la cifra del batallón.

Las compañías de zapadores, gastadores y obreros militares, hombres escogidos por su robustez y estatura, llevaban en vez de fusil de bayoneta, una ancha hacha afilada y brillante con mango corto, apoyada en el hombro, con el corte en el aire; arma igualmente a propósito para derribar los árboles y abrir paso al ejército que para cortar cabezas en el campo de batalla. Los artilleros llevaban la casaca más corta, de colores más brillantes y más adorno en el uniforme; las forrajeras, de hilo de algodón color escarlata, rodeaban el brazo izquierdo; casco plateado en la cabeza y plumero encarnado. La caballería, compuesta de gendarmes, carabineros, coraceros, dragones, cazadores y húsares, según la estatura de los soldados y la alzada de los caballos, brillaba en las alas de cada división. Estos, alimentados con los fuertes pastos del Norte, relinchaban y batían el suelo como deseosos de combates. Los cañones, crujiendo sobre sus cureñas, seguidos de los furgones enganchados y rodeados de artilleros con la mecha en la mano, preparándose a servir las piezas, estaban acostados como troncos negros sobre las carretas de los leñadores. Por todas partes se levantaban las tiendas de los oficiales superiores.

res, que eran las únicas que se habían desplegado aquella noche. Las filas de los carriages que llevaban las provisiones estaban colocadas a retaguardia de los batallones; 165 fuegos de los vivaques rodeados de vivanderos y cantineras que distribuían aguardiente a las compañías, se iban apagando y confundían sus últimas humaredas con la niebla de la mañana. De tiempo en tiempo, el ruido de alguna cureña sobre el pavimento de las anchas calzadas belgas; un toque de trompeta o un redoble de tambores, anunciaba el movimiento de algunos cuerpos que mudaban lentamente de sitio, e iban a tomar el puesto de batalla asignado por la orden general.»

Lamartine completa su admirable descripción con los siguientes párrafos: «Tal era el aspecto de los terrenos pantanosos del llano de Jemmapes, en la mañana de la batalla. En cuanto a las disposiciones del ejército, se podía leerlas fácilmente en el rostro de los voluntarios. No tenían aquel semblante intrépido y grave, aquella actitud inmóvil y marcial de un ejército consumado en las maniobras y en la disciplina, que da a los movimientos y a las fisonomías la uniformidad maquinal del mismo ademán y de la misma expresión. El orden se conservaba poco; el traje y las armas no ofrecían uniformidad; el silencio se interrumpía con frecuencia; se trataba con familiaridad a los jefes, y muchas veces se les faltaba al respeto por réplicas y burlas soldadescas. La edad, los modales, la fisonomía y el lenguaje de aquellos voluntarios eran diferentes; algunos eran muy jóvenes, apenas capaces de llevar el peso de treinta libras con que estaba cargado cada soldado sobre las armas; otros tocaban a la vejez y tenían el bigote blanco de los veteranos; el mayor número estaba entre las dos edades de veinte y cuarenta años. En lo delicado o en lo tosco de las manos; en lo blanco o en lo moreno del cutis; en la elegancia o pesadez de los miembros, se veía que estos batallones no habían sido reclutados en la misma clase del pueblo, sino que todas las edades, todas las condiciones y todas las profesiones se hallaban allí confundidas y mezcladas: el hombre ocioso al lado del trabajador, el hijo particular de las ciudades al lado del labrador; el rico al lado del pobre y el noble al del plebeyo. Las fisonomías, tan diferentes como los hombres, sólo se parecían en la uniformidad del valor; se conocía que no estaban allí como máquinas que la ley de la disciplina y del reclutamiento afilia y forma en empalizadas vivas delante del enemigo, sino que habían corrido movidos por impulso espontáneo, repentino y voluntario; que la causa en cuya defensa marchaban, sufrían el hambre y el frío, era su causa personal; y que en esta lucha de un pueblo contra Europa, era la victoria de su patriotismo y de sus ideas lo que cada uno de ellos quería conseguir.

Leíanse, además, en los rostros una movilidad turbulenta, curiosa y agitada que indicaba que aquellas tropas eran bisoñas para el fuego, y nada acostumbradas al ruido del cañón. Atentas a la escena, esperaban la batalla como un espectáculo, lo mismo que como un combate. Esta extrema sensibilidad de los rostros y del alma en los batallones, inquietaba y aseguraba a la vez a los jefes; podía, según las impresiones de aquellos hombres demasiado apasionados para batirse con sangre fría, convertirse, al empezar el fuego, en terror pánico o en entusiasmo, y hacer de ellos masas de fugitivos o batallones de héroes.»

No hemos vacilado en transcribir literalmente estas brillantes descripciones de los ejércitos de la revolución en sus dos jornadas más importantes, considerándolas como la síntesis más acabada de cuanto pudiera exponerse a cerca de las características por ellos revestidas, permitiéndonos así el darnos cuenta de lo que realmente eran aquellas tropas con las cuales tenían que luchar las nuestras, que, si no eran superiores en entusiasmo, poseían, en cambio, virtudes de disciplina y de subordinación, no dominantes en los ejércitos republicanos, pues, en éstos, la falta de autoridad de los jefes y de obediencia por parte de sus subordinados, eran un hecho manifiesto, ofreciendo, por tanto, nuestras tropas condiciones de mejor capacidad militar. Y a este propósito recogemos una afirmación anterior que, en la pluma de un hombre civil, como Lamartine, reviste una importancia extraordinaria, pues hace referencia a un dato de los más interesantes para la infor-

mación psicológica profesional: «La extrema sensibilidad de los rostros y del alma en las filas de los batallones era causa, por una parte, de inquietud, y por otra, de confianza en el ánimo de los jefes que los mandaban.» Es decir, que las determinaciones del mando dependían de circunstancias tan variables y de garantías tan inconsistentes como la confianza o desconfianza que por el momento les produjera la contemplación del estado moral de sus tropas, lo que explica cómo, en el desarrollo de estas luchas de la Revolución, una circunstancia cualquiera pudo convertir a los héroes de un día en los cobardes fugitivos de otro, y de que el éxito del combate fuese debido en más de una ocasión al ascendiente moral que las masas revolucionarias iban adquiriendo entre las poblaciones de casi todos los Estados de Europa. Pero el constante guerrear de los ejércitos de la Revolución no pudo por menos de ejercer influencia y, poco a poco, el ejército de los tenderos, según despectiva denominación por parte de sus enemigos, fuese convirtiéndose en el brillante ejército vencedor en las jornadas militares del Consulado y del Imperio, no por virtud del impulso de las nuevas tendencias, sino por una progresiva y leal reintegración a las reglas clásicas y características de la disciplina militar, pudiendo muy bien afirmarse que, en los últimos días de esa época del espíritu revolucionario, no restaba en el ejército francés otra cosa que el entusiasmo por la libertad, la bandera tricolor y la Marselesa. El *sans-culotte*, sucio y desarrapado, hubo de convertirse en el vistoso y flamante soldado de los ejércitos napoleónicos; el comisario de la Convención en el aristócrata de la nueva Monarquía; los mozos de cuadra en mariscales y príncipes del Imperio; algún obispo renegado, como Tayllerand en un elegante y formidable diplomático. Y así, aquel pretendido retorno a lo antiguo no podía por menos de envolver, bajo un ostentoso ropaje, la subversión que, en todos los órdenes de la vida, había experimentado la sociedad francesa.

Un trabajo informativo de auténtico valor: Los hombres de la Revolución por el Historiador y Académico Luis Madelin

Sin duda alguna, con lo que anteriormente hemos expuesto en este capítulo, puede encontrar el lector una información apropiada sobre las características del ejército republicano, con el que había de luchar el nuestro en la guerra sostenida entre España y Francia durante el período de tiempo comprendido entre el mes de marzo del año 1793 a la paz de Basilea, en 1795. Mas, para acabar de darse una cuenta exacta del valor real de los ejércitos revolucionarios franceses, nada más informativo que la octava conferencia dada el año 1928 en París en la Société des Conférences, bajo el título de «Los hombres de la Revolución», por el ilustre historiador y académico Luis Madelin.

Los soldados de la Revolución son, en la referida conferencia, la principal materia de estudio por parte del conferenciante, deseoso de ofrecer a la contemplación de sus oyentes un cuadro algo más satisfactorio que el que pudiera presentarle la historia de aquellos hombres y de aquellas jornadas sangrientas. «Las tres últimas conferencias—declara Madelin—nos han irremediablemente conducido y reconducido al cadalso, que después del 9 Thermidor, no va a ser abandonado sino después de inundarlo con sangre. Experimentamos retrospectivamente, al vivir esta sombría crónica el sentimiento que, precisamente, en esta fecha del 9 Thermidor, se expresaba por el grito universal: «¡Bastante, tenemos bastante sangre!». Es natural que aspiremos a otros espectáculos. ¿Sería posible que la historia de una nación generosa y humana se hubiera solamente desenvuelto durante tres años en las más sangrientas discordias?

Dichosamente esta historia tiene otra cara: la Francia de 1792 a 1795, ha mostrado grandes virtudes y, el Terror reinante, la Revolución, se ha rehabilitado a los ojos de la posteridad, cosechando sobre las fronteras francesas, ensanchadas, lo que se diría en el estilo de la época: «los laureles de la gloria.»

Y no es solamente el cuidado (que sería un poco vano) de escapar a la atmósfera asfixiante de la política terrorista, lo que hace al autor abordar en fin otro capítulo de esta trágica historia. No. Es porque realmente la idea que se pueda hacer de la Revolución —aún en las crisis más sangrientas— sería falso y radicalmente injusto el juicio que se intentase formar sobre ella si nos separásemos más largo tiempo de la historia de estos terribles años en los cuales todo fué dominado y explicado casi todo por un hecho capital: la guerra.

«La virtud se refugió en los campamentos», escribe un contemporáneo; no esa virtud en nombre de la cual un Robespierre enviaba al cadalso con millares de víctimas inocentes a un Vergniaud, un Brissot, un Danton, sino esa otra que, desde 1792, empuja, ante la vieja madre amenazada, toda una legión de jóvenes soldados inflamados de fe, de ardor y de amor. Ellos han salvado el honor, salvando a la Patria y siguiéndoles a las fronteras vamos a ser conducidos, por añadidura, a comprender mejor la gran crisis. *La República no es más que una gran ciudad asediada...*» Es el grito que se eleva en 22 de agosto de 1793 del seno de la Convención en el momento en que ésta organiza la defensa nacional contra la Europa entera. Sí, después de la hora en que Vergniaud ha hecho (11 de julio de 1792) proclamar la Patria en peligro, Francia está verdaderamente en estado de sitio. Y el peligro, que se mantendrá constante desde el verano de 1792 al de 1794, explica en parte sus conclusiones.»

Tengamos muy presente esta declaración de Madelin, pues ella es un elemento de juicio para que nosotros podamos estimar en su verdadero valor y significación la exposición de los hechos acaecidos en la guerra objeto de nuestro estudio. ¡Francia estaba verdaderamente en estado de sitio durante todo el tiempo de nuestra lucha con ella!

Como es lógico, el conferenciante francés, no podía por menos de ofrecer a sus oyentes un juicio y una descripción ligera del estado del ejército francés, que, desde el primer momento, hubo de enfrentarse con la Revolución. El ejército de la vieja Monarquía, con todos los prejuicios y privilegios de clase que habían ido estableciéndose desde tiempo inmemorial, comenzó a desmoronarse desde el primer momento de la violenta commoción social. Desde 1789, el ejército francés hallábase francamente en vías de disolución. «Se disolvía bajo el soplo abrasado de las ideas nuevas. En pocos medios, como en el ejército, encontraban éstas un terreno de cultivo mejor preparado.

«El ejército de los últimos Borbones estaba mediocremente compuesto y era desastrosamente reclutado. Compromisos contraídos por consecuencia de reveses experimentados, o arrancados a la embriaguez de los ingeniosos sargentos reclutadores, producían un ejército de saco y de cuerda, que, sin ser contradicho, uno de los antiguos oficiales, el diputado Dubois-Crancé, podrá calificar en la tribuna como de «un ejército de pícaros».

Por encima de esta turba militar, el cuerpo de oficiales era por otros motivos y aparte numerosas y brillantes excepciones, muy mediocre y sin influencia sobre las tropas. Eran gentileshombres a quien los padres habían comprado una compañía y aún un regimiento, tan jóvenes, que, algunos de entre ellos, eran calificados: «coroneles de bábaro». Separados de sus hombres por una incommensurable distancia se habían, en el transcurso de las guerras del siglo XVIII, revelado muy por debajo de su papel, ciertamente valientes, pero, generalmente, incapaces.

Este ejército no valía más que por sus cuadros de suboficiales—los bajo oficiales, como se les llamaba—. Estos sargentos: La Tulipe. La Fleur, La Grenade, Risque-Tout o Sans-Souci, eran hombres a la vez joviales y terribles, que hacían reír y temblar alternativamente a sus soldados. Gracias a ellos, este ejército de ganapanes, bastante mal mandados desde arriba, era, a pesar de todo, un ejército bastante fuerte.

El ardor que, después de doscientos años, estos bajos oficiales aportaban al servicio procedía en parte de una pequeña esperanza: la de conseguir tal vez un grado de oficial. Porque los oficiales de fortuna no habían sido raros a partir del siglo XVII.

Pero el defectuoso edicto impuesto, en 1781, al mariscal Segur, ministro de la Guerra

rra, por los privilegiados, había no sólo cerrado a todos los plebeyos el acceso a los puestos de oficial más modestos, sino prohibido, además, el acceso a los grados superiores a los jóvenes oficiales que no probasen, previamente, tener los cuatro cuarteles de nobleza. Un Bernadotte, sargento de 1789, no podía aspirar más que al simple galón de teniente; un Bonaparte—noble dudoso—no hubiera podido pasar del grado de capitán. Descorazonados suboficiales, que se llamaban: Oudinot, Massena, Murat, concluían por dejar el ejército; otros continuaban en él, pero murmurando. Los oficiales de la pequeña nobleza, un Davout, un Berthieh—Incluso un Bonaparte—, no estaban menos predisuestos que aquéllos a acoger todo acontecimiento que les abriese los horizontes de su carrera militar.

«No era, por tanto, nada favorable la situación de la República desde el punto de vista de su fuerza militar. Según acabamos de exponer, la Revolución había encontrado un ejército dispuesto para acogerla. Desde las primeras horas se había visto a los soldados vacilar delante del motín: la revuelta de los Guardia-Franceses había incluso precedido algunas horas y facilitado la toma de la Bastilla, y, durante la siniestra noche del 9 de octubre en Versalles, los soldados, que tenían orden de defender las avenidas del castillo, mostraban riendo a los amotinados que no tenían balas en sus fusiles.»

«El viejo Kellermann escribirá: «Es el ejército de línea al que se debe la Revolución». El entendía por esto, que pudiendo apagar la Revolución, no lo quiso y, por el contrario, ayudó a ella.»

Los nobles no reaccionaron. Pierre de Viassière ha publicado—bajo el título: *Letras de Aristócratas*—cientos de cartas donde se entregan al desnudo las almas de estos oficiales desbordados; almas que no son ciertamente de pretorianos; una tristeza amarga se desprende de ellas, en gran parte causada por un sentimiento legítimo de impotencia. Ellos saben que están expuestos siempre a ser cobardes.

La Tur du Pim, el primer ministro constitucional de la Guerra, valiente soldado de la de los Siete Años, era un hombre honrado, cortés, sensible y débil; de estas gentes que todos conocemos y que, en el Poder, entienden siempre que deben apagarse los incendios con esponjas; esponja que se había visto al ministro pasar sobre la conducta de los Guardia-Franceses el 14 de julio y desde el 12 de agosto de 1789. Noailles, poco sospechoso de reaccionario, había, en términos tímidos desde luego, señalado la indisciplina que, por un efecto común, en todas partes se desenvolvía. La Asamblea había respondido designando un Comité encargado de hacer un «Ejército nuevo», lo que era un aliento más para disolver el antiguo.

Después de octubre de 1789, el fermento había trabajado y, hasta junio de 1890, había hecho progresos que, acá y allá, se exteriorizaban en rebeliones dejadas siempre impunes. Larga serie de revueltas que terminará en la grave sublevación de las guarniciones de Luneville y de Nancy—verdadera insurrección que sólo la energía del Teniente General De Bouille impedirá que se convierta en guerra civil.

La Asamblea, a cada revuelta, se declaraba «dolorosamente sorprendida». Gemía, pero no actuaba. Se hacían cargos a los oficiales que intentaban resistir. El 4 de junio, Robespierre ha atribuido la *irritación, legítima*, de las tropas a la actitud de los oficiales contrarrevolucionarios. *Se desea obligarles a una dimisión colectiva*, escribe un diputado de la izquierda.

«Muchos dimitieron, en efecto, y otros muchos emigraron. Bien pronto el número de los que se iban se multiplicó. Ya se hablaba en la Asamblea de hacer elegir, según la moda que por todas partes prevalecía, los oficiales por los hombres de tropa. El Comité militar rechazó todavía la medida, *como destructora de toda disciplina*. Pero, desde el 28 de febrero de 1790, se había solemnemente proclamado la admisión de todos a los más altos empleos, lo que produjo en las filas de los suboficiales una verdadera embriaguez, y, como a la vez, se aumentaban en 32 deniers por día el sueldo de los soldados, el ejér-

cito que, por anticipado estaba captado para la Revolución, sintió hacia ella un violento amor.»

«Solamente hay que señalar que este ejército se fundía. La emigración dejaba vacíos que, a decir verdad, se producían sobre todo en los grados superiores, y, en lo que concierne a las armas, en la caballería y en la infantería. Las armas sabias, artillería e ingenieros, menos nutridas de alta nobleza, guardaron aproximadamente los tres cuartos de sus cuadros de oficiales. Mas, en las filas mismas de los soldados, otros vacíos se producían también; rompiendo sus compromisos, las cabezas locas corrían a París en busca de aventuras. El ejército real era por consecuencia de todo ello, en los meses de 1791, reducido a la cifra mediocre de 60.000 hombres.

Esta situación era muy grave, porque en aquellos momentos, Europa se preparaba manifiestamente a hacer la guerra.»

Esta declaración obliga a Madelin a tratar de la actitud general de Europa respecto de su nación a través del curso de la Historia: «Europa ha acechado siempre a Francia. Durante tres siglos, la Gran Francia, tan rica en hombres y en obras, unificándose, fortificándose y prosperando había levantado, con la admiración de Europa, lo que es siempre la compañera de la admiración en las demás naciones: la envidia. Desde Carlos V a Guillermo de Orange, se había envidiado y temido a la que el referido Guillermo llamaba: «la insolente nación». Victoriosa recientemente de las coaliciones más formidables, durante tres siglos había llevado la guerra al territorio de los que pretendieron amputarla, y, algunas veces, vencida, había gracias a sus magníficos restablecimientos, tomado bien pronto espléndidas revanchas. Porque los reyes franceses, secundados, algunas veces suplidos por ministros de genio, parecieron dirigir el dichoso esfuerzo de la nación hacia su exaltación y de completamiento; Europa había concluido por reconocer cómo era la Monarquía la que proporcionaba a Francia su fuerza.»

«El abatimiento del rey de Francia regocijaba, pues, a los Gabinetes y aún a los principes mismos, porque veían en ello el debilitamiento afectivo de la nación. Cuando la Asamblea hubo solemnemente, el 22 de mayo de 1790, proclamado que repudiaba la guerra, renunciaba a las conquistas y consideraba como «eternas» las fronteras que todos los hombres de Estado franceses, a partir de Richelieu, habían considerado siempre incompletas y provisionales, la Europa concluyó en que había visto justo y que era tiempo de recoger la cosecha.»

«Acababa, por decirlo así, de afilarse los dientes sobre Polonia. La Francia podía ser una Polonia mil veces más rica, si no que repartir, al menos que devorar en parte. La nación en la anarquía—como Polonia—no sabría defenderse. ¿Su ejército no estaba en evidente disolución y su Asamblea no confesaba su debilidad? La nación repudiaba a sus reyes, y esta circunstancia era estimada en los Gabinetes de Londres y de Viena como un hecho de carácter fundamental.» Mas todo esto constituye para el conferenciante que nos ocupa un error manifiesto.

«La Europa se engañaba», afirma. «Bien al contrario, la nación francesa, constituida desde el siglo xv, y puede que antes, tenía la fuerza de sus reyes y de sus ministros, estos últimos, que por salir de todas las clases de la nación no representaban cerca de los principes otras aspiraciones que las del pueblo. Era la nación la que había hecho la fuerza de sus reyes, en colaboración única en la Historia, durante tres siglos, entre la nación fiel y admirables dirigentes.»

«El pueblo francés, en realidad, había sido siempre, y más aún que sus directores, halagado por la gran idea de que Francia se tenía que completar. En todo caso, nacionalista hasta la medula, la nación se hallaba siempre pronta a rechazar las amenazas del extranjero, que tan frecuentemente había vencido, y dos veces más indignada si, en el designio de amputarla, este extranjero pretendía, por añadidura, ahogar la libertad reconquistada, de la que la nación había hecho su ídolo.»

«Cuando, en enero de 1791, las amenazas se precisaron, la Asamblea Constituyente

pareció salir al fin de su sueño pacifista. Se habló de levantar las fortalezas arruinadas y de rehacer un ejército. Las dos potencias alemanas, hasta entonces divididas, Prusia y Austria, se aproximaron empujadas por Rusia; Suecia ofreció engrosar sus tropas; el rey de Cerdeña se armó; los Borbones de Italia y de España tomaron actitud hostil. Inglaterra acechaba—deseosa de tomar su revancha de la guerra de América—. Hacía falta un ejército. Los 60.000 soldados del ejército real serían incapaces para servir de barrera a los 300.000 hombres que sólo los alemanes podían echar sobre las provincias del Este. Era necesario encontrar, cuando menos, 200.000 hombres. Mas la Constituyente, teniendo siempre miedo de disgustar al pueblo, rechazó la idea de un servicio obligatorio. Por los Decretos de 11 y 13 de junio de 1791 hizo un llamamiento a los voluntarios. Estos voluntarios tendrían un sueldo bastante fuerte—quince sous por día—, elegirían sus jefes y no se engancharían más que para una campaña.»

«Se contaba con reclutar así 200.000 hombres; era pretensión excesiva. Se tuvieron sólo 100.000, lo que ya era bastante. Mas lo que resultaba hermoso era el espíritu que, repentinamente, reveló este primer ímpetu de la nación.»

Al llegar a este punto de su conferencia, el historiador francés se ve en la ocasión de tratar de los voluntarios que la Revolución llamó a cubrir las filas de sus ejércitos, reivindicando para ellos el honor de su prestigio histórico. La estimación del mérito de estos voluntarios y de la labor por ellos realizada en pro de los intereses nacionales, ha sido puesta en tela de juicio por muchos comentadores franceses. Contra este juicio desfavorable se enfrenta Madelin y arguye: «Camille Rousset ha pensado destruir, en un libro que tuvo su hora de celebridad, lo que él ha llamado la leyenda de los voluntarios. Estos habían, decíase corrientemente, salvado a Francia de la invasión. Rousset ha mostrado perfectamente, y todo lo que después se ha leído lo confirma, que sin el viejo ejército real, formado por un servicio de varios años y fuertemente encuadrado por sus sólidos suboficiales, los voluntarios no hubiesen hecho nada. Al contrario parece que estos soldados noveles, efervescentes, mal adiestrados en el servicio de las armas y poco sometidos a las reglas, habían—en 1792 y hasta en 1793—echado el desorden en el ejército y aún puesto todo a punto de comprometerlo, esto es perfectamente exacto para los voluntarios del 1792, reclutados en plena fiebre, casi en pleno delirio revolucionario. Esto no es, en cambio, verdad completa en lo que se refiere a los de 1791.

La mayor parte venían menos de las capas populares que de la pequeña burguesía, sacudida entonces por todos los ardores de 1789. No tuvieron ellos necesidad—como más tarde los del 1792—ni de llamamientos inflamados, ni de toques de tambor, ni de estrados adornados con la bandera tricolor. La llama estaba en ellos: pasantes de procuradores o estudiantes, médicos o labradores acomodados, comisionistas de tienda o empleados de oficina, ellos se alistaron porque la libertad, tan duramente conquistada, estaba amenazada, se les decía, amenazada por los déspotas. Su entusiasmo fué extremo, hubieran todos suscrito lo que escribía el joven Beley, uno de ellos, a su padre, pequeño burgués de la Brie: «es contra las castas privilegiadas, contra las que tú has armado mi brazo. ¡Marcha!, me has dicho tú, ¡vuela a las fronteras, defiende nuestros hogares; haz temblar a los cobardes tiranos que osan amenazarlas! ¡Parte, y si temiendo por los días de la vida, que no son útiles más que en tanto pueden serlo para la Sociedad, tú temieras hacerlo, permanece, quédate, y aprende mí cómo se debe servir a su país!» ¡Oh! yo le serviré; permanece tú en la tierra y, cree bien, que jamás tu hijo hará enrojecer tu frente! Bien pronto sobre las fronteras, de concierto con sus compatriotas, él sabrá probar a los enemigos comunes que no se alcanza, tan fácilmente como ellos lo creían, a un pueblo que quiere ser libre.» Se está propicio a sonreír a este estilo grande y elocuente, pero es la expresión de un violento despertar de energía muy noble. Después de treinta años, convertido en mariscal y en duque uno de los voluntarios lorenenses de 1791, el ex tambor Víctor, se expresará en el mismo sentido: «¡Oh, sublime impulso de 1791, que no pueda yo celebrarte dignamente! ¡Oh espectáculo el más magnífico que

nun
Abr

una
al a
día
Juai
que
tos
senti
hicié
name
net,
reau
ser l
del I

A
ellos,
ellos,
de el

P
citarl
nerse
de la
desde
voluci

T
inicia
europ
zosos
guerra
nir a

«C
hacia
sencia
dadas,
soldad
bandac
meaba
bien se
gaza, s
a Lille
ralmen
un nue
vés de

«Es
luego,
una ex
manifie
se vió
Revolu
cribirá

nunca ninguna nación haya ofrecido al mundo! ¡Oh día de patriotismo y de gloria!
Abrásanos a nosotros y a nuestras generaciones con vuestros fuegos inmortales!»

La exaltación era tal que, entre estos 100.000 jóvenes, se introdujeron, deslizándose, una centena de muchachas. Las dos señoritas Fernig son un ejemplo de ello; nombradas, al año de su incorporación, ayudantes de campo de Dumouriez, de ellas pudo decir un día cierto comisario de la Convención que si «la Monarquía no había tenido más que una Juana de Arco, la República ha llegado a poseer dos de ellas». El mismo Madelin advierte que hay error en esta declaración, y a continuación sigue exponiendo: «Casi todos estos voluntarios de 1791 dieron pruebas de saber unir al patriotismo la razón y el buen sentido; porque llamados bien imprudentemente, a ser ellos los que eligiesen sus jefes, hiciéronlo, celebrando con frecuencia elecciones que el porvenir tuvo que justificar plenamente, pues, en efecto, aclamaron por jefes de batallón a un Bessière, a un Championnet, a un Davoust, a un Jourdan, a un Leharpe, a un Lecourbe, a un Morceau, a un Monneau, a un Oudinot, a un Víctor y a un Suchet, que, antes de tres años, habrán llegado a ser los generales de la República, y de los cuales, seis, habrán de ser un día mariscales del Imperio.

Al verlos presentarse con tan encendido entusiasmo, los jefes militares auguraron de ellos, desde el principio, bien: «Son franceses. La especie es buena», escribe uno de ellos, y juzgándolos poseídos de buena voluntad más que de disciplina, pensaban hacer de ellos, y así lo consiguieron, unos buenos soldados.

Pero estos 100.000 reclutas dieron tanto trabajo para reunirlos, organizarlos, ejercitárlas, que, precipitándose la crisis, no se les encontró todavía en disposición de mantenerse firmemente delante del enemigo; a la vez que el ejército real mismo, ignorante de la verdadera guerra, pues Francia se encontraba en completa paz con el continente desde hacía treinta años, padecía, además, los daños que las primeras armas de la Revolución habían hecho en sus filas.

Todos estos datos nos permiten abarcar en toda su realidad los acontecimientos que iniciaron la gran lucha sostenida por la Francia de la Revolución contra las potencias europeas coaligadas. «No cabe admirarse—afirma Madelin—, por tanto, de los vergonzosos y singulares acontecimientos que preludieron a fines del mes de abril de 1792, la guerra que desde Valmy a Waterloo, durante un período de veintitrés años, había de venir a ser una guerra de héroes.»

«Cuando el 28 de abril de 1792, el ejército de Rochambeau, puesto en movimiento hacia la frontera de Bélgica, país que entonces pertenecía a Austria, se encontró en presencia del ejército imperial, resultó para los franceses la más imprevista de las desbandadas, sin que un solo tiro hubiera sonado, a excepción de los que se dirigieron por los soldados a uno de los generales y algunos oficiales que trataron de oponerse a la desbandada, siendo abatido el general en esta empresa. Los austriacos, estupefactos, bromaban al día siguiente diciendo que la nueva división francesa era «vencer o correr». Si bien sorprendidos ellos mismos de esta singular victoria y temiendo que fuera una aleganza, se immobilizaron, por fortuna, a algunas leguas de la frontera y dejaron de atacar a Lille y Valençies, donde los franceses, alocados, andaban revueltos. París, naturalmente, creyó en la traición; la Asamblea, alarmada, acudió de nuevo a la nación; hizo un nuevo llamamiento a los voluntarios; 42 batallones nuevos debían formarse y, a través de Francia, corrió la proclama que ponía la «Patria en peligro».

«Este movimiento fué más febril y aún puede que más desordenado; pero, desde luego, más ardiente que el anterior. A los primeros toques de alarma se vió, según dice una expresión de la época, salir un voluntario de debajo de cada pavimento. Cuando el manifiesto de Brunswick—General en Jefe del ejército prusiano—se conoció en París, y se vió que amenazaba con la exterminación a cualquiera que hubiera participado en la Revolución, la indignación acabó de precipitar los alistamientos. Gouvión, Caint-Cyr escribirá que el manifiesto dió cien batallones a la defensa. Una aristócrata, Mme. de Ma-

rolles, escribió: «Salen voluntarios de debajo de la tierra». Grandes estrados adornados con la bandera tricolor se levantaban, una plancha puesta sobre tambores servía de mesa, y, detrás de esta mesa, un agente municipal recibía a los enganchados; toda la juventud acudió a esos estrados con una especie de alegría valerosa.»

«El trono, derrumbado el 10 de agosto; Danton echó más fuego a este fuego. Los alistamientos se redoblaron. La multitud asedió los estrados pariensienses. Sin embargo, también hasta en los más pequeños pueblos los campesinos de Francia acudían a alistarse. Lo prueban sus cartas, llenas de entusiasmo; parte de ellos volverá un día a su pueblo sin grado, algunas veces con un miembro menos, pero siempre con el orgullo de haber servido a la Patria; otros, después de las campañas de libertad, harán las del Imperio, convertidos entonces en los gruñones de Napoleón; todos guardarán esta misión trascendente de su propio heroísmo y de la emocionante salida a campaña. Se arrancaban de los brazos de sus padres con lágrimas. «El ruido del tambor—escribiría uno de ellos—, el futuro General Lejeune, los gritos de alegría de la población que acudía a nuestro paso, cantando el himno de la Marsellesa, disiparon nuestra emoción, todos gritábamos con alegría: «Ya somos soldados».

¿Y cómo fueron estos soldados? Madelin nos los declara de un modo categórico: *Fueron malos*. Y las razones de esta condición desfavorable no pueden ser más evidentes, como lo declara este historiador y conferenciante: *La exaltación no hace guerreros*. Hubiera sido preciso instruirlos antes en la retaguardia. Quiso la desgracia que, por su Decreto de 22 de julio, la Asamblea viniera a precipitarlos inmediatamente en el seno de los ejércitos, causando con ello el consiguiente desorden. Los generales protestaban de la llegada demasiado rápida de estos valientes muchachos, de los cuales una parte, salida de las capas populares, entregadas en aquellos días al delirio de su victoria, no era por el momento en el conjunto de este ejército, cuya reforma se intentaba, otra cosa que un elemento de indisciplina y de turbulencia.

Dumouriez y Kellermann habían sido puestos a la cabeza de los ejércitos, el uno en Sedan y el otro en Metz. El primero era un viejo soldado, malicioso, desembarazado, que no sentía los escrúpulos, pero no exento del espíritu tradicional francés ingenioso y aventurero y de ciertos aspectos de firmeza de carácter. El segundo era un rudo alsaciano llegado bajo el antiguo régimen y fuerza de buenos servicios, pero que como plebeyo que era estaba dispuesto a comprender la nueva Francia; sin embargo, soldado en cuya alma se rendía culto a la disciplina, consideraba ésta como la fuerza principal de los ejércitos. Uno y otro estimaban que el ejército que antes había sido del Rey, tenía gran necesidad al presente de restablecerse y que por esta razón, los voluntarios todos, incluso los de 1791, habían de constituir un elemento peligroso si no se conseguía, por el contrario, hacer que su llegada resultase en definitiva provechosa.»

«Fué el mérito de estos dos hombres el haber advertido esto. Los éxitos que a continuación cosecharon no representan otra cosa que el fruto de una concepción apropiada de la realidad. Sin descorazonarse dieron crédito a las inspiraciones del espíritu nuevo. El antiguo ejército real constituía en todo caso una excelente pasta que no se trataba de hacer desaparecer, sino tan sólo de darla una consistencia más dura; en ella los voluntarios podrían jugar como el papel que corresponde a una levadura en la fermentación de una masa. Austríacos y prusianos por su lentitud en moverse, dejaron a estos jefes tiempo de establecer orden en este desorden y de hacer, en los campamentos, de los fugitivos de Mons y de Tournait, los futuros soldados de Valmy y de Jemmapes. La batalla debía bien pronto ponerlos a prueba. «Porcelana azul», decían burlescamente los enemigos de estos soldados, sin duda refiriéndose al uniforme azul con que iban vestidos. Se tuvo ocasión de presentar esta porcelana una primera vez al fuego y en él pareció romperse; pero «la especie siendo buena, como decía uno de sus jefes, acabó por endurecerse al fuego, y al poco tiempo esta porcelana azulada parecerá hecha de acero.»

«Es preciso pacificarlos y purgarlos bajo el fuego del enemigo», escribía el Ministro

Servan. Es preciso reemplazar en ellos la exaltación por el patriotismo y el fanatismo por la disciplina». Mas prácticamente Kellermann, había respondido: «Completar las tropas de línea con voluntarios, incorporar los nuevos en los antiguos batallones, es el único medio de tener un ejército sin el cual Francia está perdida». Aparece aquí la idea de la amalgama que concebían y practicaban estos jefes antes de que ella llegase a ser ocho meses más tarde, materia de un célebre decreto de la Convención.

En seis semanas estos Generales rehicieron así más bien o más mal un ejército. Desde el momento en que la disciplina se establecía, el entusiasmo no podía producir más que dichosos efectos. «El entusiasmo suplía a todo», escribirá Saint-Cyr, ciertamente el entusiasmo no lo suplía todo, pero explotado por Dumouriez, gracias a sus hábiles discursos, el impulsaba a hacer receptar como fáciles y aun cómodos los más rudos trabajos y las más penosas tareas y aun las rigideces propias de la disciplina. Bien pronto pudo llenarse a persuadir a los jóvenes reclutas de que el valor consistía en esperar los grandes éxitos a costa de las más duras sumisiones. *Con valor se consiguen todas las cosas*, escribe a este respecto el voluntario Fricasse, que era en esto el eco de sus camaradas.

«Se imagina uno con dificultad cómo pudiera ser este misticismo que mantenía firme la moral del ejército de la Revolución. *Dios todo justiciero, gritaba el mismo Fricasse, toma bajo su protección a una nación generosa que tan sólo combate por la igualdad*. Devooust, convertido en jefe de batallón, escribirá al poco tiempo: Se han recibido las granadas enemigas a los gritos de ¡Viva la Nación! y ¡Viva la Libertad y la igualdad! Se estaba—dirá Marmont—en el seno de una atmósfera luminosa. Siento todavía el calor y la potencia de ella, no obstante haber transcurrido 55 años, como si sólo hubiera transcurrido un día. Kleber, elegido también jefe de batallón, se enterneció con sus voluntarios alsacianos: Su alegría, su dicha, eran inexplicables cuando se les leyó la orden de partir. Ninguno de ellos pensó ni por un momento abandonar sus banderas. Los enfermos mismos me han pedido que les hiciera el favor de dejarles marchar con el batallón... ¡Oh, Generales franceses, si acertais a sacar partido del valor y del coraje de estos bravos soldados! ¿Qué éxitos y qué gloria no podrá alcanzar la República? Dumouriez en Sedan, Kellermann en Metz, no habían tenido necesidad ciertamente de esperar este llamamiento. En algunas semanas, no obstante las lagunas y los muchos desórdenes que todavía se daban en sus tropas, pudieron disponer de unidades cien veces superiores a aquéllas que en la primavera anterior habían tenido que ceder terreno.»

Y no cabe dudar que esta reacción de las tropas republicanas se imponía si la seguridad de la Revolución y la independencia del territorio nacional francés habían de subsistir: «Era tiempo—afirma el conferenciente que nos ocupa—. El ejército austriaco, arrojándose sobre Lille, que heroicamente iba a resistir, coincidía con el gran ejército prusiano que entraba en campaña y había ya franqueado la frontera en Redange con un cuerpo de emigrados que marchaba con una presunción inaudita creyéndose que no encontraría obstáculo en su avance. Como en agosto de 1914, los oficiales alemanes se manifestaban en contra de la Revolución, considerándose como los instrumentos de la Providencia. *El viejo dios alemán es creación del día de ayer*; y los oficiales alemanes se daban cita en el palacio real de París en los días del mes de agosto de 1792, por ser este edificio el lugar de placer en París.

El prestigio del ejército de Federico el Grande era tal, que bastó en efecto, para hacer capitular a Longwy y más tarde a Verdún, el 2 de septiembre, víctima éste de la falta de preparación de 1791. Los alemanes forzaron, además, los pasos de la Argonne y de este modo el camino de París parecía, pues, abierto a la invasión. Sin embargo, Kellermann acudió desde Metz con su ejército por Bar-le-Duc, el 18 de septiembre; se unió a Dumouriez detrás de la Argonne en Saint-Menehould. El ejército, reforzado así, se adelantó a la meseta de Valmy, y los prusianos sólo vieron en esto una efímera reacción. Su presunción les preparaba, si sufrían la más pequeña decepción, a una singular desmoralización. Bastó un cañoneo serio y algunas cargas de caballería para detenerlos, pero

es lo cierto que la resueta actitud de la infantería concentrada alrededor del Molino, los gritos que se elevaban en las filas, ardientes, apasionados y violentos, el entusiasmo de la masa, la buena presencia de todas las tropas, impresionaron al ejército de Brunswick: Goethe quedó impresionado.

Esta actitud, esta apariencia, del ejército francés, no justifica por completo a juicio de Madelin, el descorazonamiento y sobre todo la precipitada retirada de los prusianos hacia las fronteras, por cuya razón hay que admitir alguna circunstancia más para la satisfactoria explicación del hecho. Mas cualquiera que ésta fuese, es lo cierto que la singular victoria adquirió fabulosas proporciones (el milagro francés de siempre), bastando ella sola para dotar al nuevo ejército del ánimo propio de los vencedores. Y desde entonces el entusiasmo se tornó en seguridad y el menosprecio de aquellos reveses que iban a suceder, a más serias victorias y ha de verse cómo esta seguridad en la victoria no abandonará jamás a los soldados de la Revolución en los alrededores del Molino de Valmy. Durante un período de veinticinco años, la impresión del éxito alcanzado reinó siempre firme en sus conciencias hasta Berlín, Cádiz y Moscou.

«Exitos y reveses: esto y no otra cosa fueron las campañas de 1792-1793. Dumouriez conquistando la Bélgica en la sola batalla de Jemmapes, en tanto que Justine, comandante del ejército del Rey, plantaba la bandera tricolor en Maguncia y en Francfort, practicaban una guerra ofensiva que exaltaba más el alma de los soldados de la nación, fortificando con un orgullo legítimo los grandes entusiasmos del comienzo. Y después, ante el retorno ofensivo de los alemanes sobre Bélgica y el Rhin, sobrevienen los fracasos sin apagar ese entusiasmo: Neerwinden y la pérdida de casi toda Bélgica, el recobro de Francfort por Brunswick, la retirada precipitada del ejército del Rhin hacia Landau y el sitio puesto por los prusianos a Maguncia.»

Ciertamente, las vacilaciones de Dumouriez seguidas de su resonante traición, pudieron contribuir a estos fracasos, aunque por entonces daban a los alemanes nuevas seguridades, la adhesión a la coalición de Inglaterra, Holanda, España y todos los Estados italianos. Sin embargo, los informes de los jefes franceses dejan ver claro también los daños causados por aflujo de los nuevos voluntarios—los de 1792—echados después de Valmy sin ninguna reparación material ni moral en la batalla, y perdiendo pie al primer soplo de pánico, para desbandarse y dedicarse al merodeo rehusando obedecer. Beurnonville en el ejército de Mossela escribía que su ejército «estaba disminuido en un tercio por la huída de los voluntarios».

En Neerviden, ellos en su huída habían producido el desorden en las tropas más sólidas. Ante la ofensiva de Brunswick sobre el Rhin decía un prusiano que la operación había consistido en empujar las liebres. Y de este modo se había rechazado a los franceses casi sobre sus antiguas fronteras. Después de un sitio heroico de tres meses, Maguncia hubo de capitular el 23 de julio, los soldados de Clever ciertamente salían de ella pero con los honores de la guerra. El Flandes francés iba a ser invadido, y Conde y Valenciennes ocupados por los austriacos el 15 y 27 de julio respectivamente, y en fin, hasta octubre de 1793 la victoria abandonó por largo tiempo las banderas de la República, colocándola en una terrible situación, habida cuenta de que Europa entera se armaba contra ella; la guerra civil ardía por todas partes, exigiendo el envío de tropas y todo esto precisamente en el momento en que sus ejércitos eran al Norte, al Este, sobre la cota línea del Mossa, sobre los Alpes y sobre los Pirineos, en número inferior a los ejércitos enemigos.

¿Y qué ocurría entretanto en el interior del país y sobre todo en aquella capital de Francia entregada a todos los excesos de una revolución, en la que el pueblo se mostraba como un absoluto soberano? Nuestro conferenciante no omite la exposición de este punto de vista: «Instituido entretanto en París el gobierno de salvación pública, desde abril—declara textualmente—Danton era en él el dueño. La Convención no había esperado a este momento para hacer frente a la situación. El 24 de febrero dictaba un decre-

o que aunque todavía suponía un llamamiento a los enganches voluntarios, se encaminaba, no obstante, hacia el régimen de la requisición.

La caída de Maguncia, Conde y Valenciennes y los fracasos de la Vendée, así como el levantamiento de las provincias, vinieron a imponer el citado régimen. Nunca la Patria, ni aun en 1792, había estado en tanto peligro.

El 21 de agosto, un informe depositado por Barrere, cuyo autor era Carnot, contenía entre otras, estas frases interesantes: «La República no es más que una Ciudad asediada. Menester es que Francia no sea otra cosa que un vasto campamento... París debe convertirse en el arsenal de Francia...» Barrere dió lectura del proyecto que se aprobó en la misma sección, transformándose en decreto en medio de un indescriptible entusiasmo: Este decreto de 24 de agosto, no obstante su estilo enfático, no merece que de él se sonría, porque estas frases iban a engendrar victorias.

«Desde este momento hasta aquel en que los enemigos hayan sido arrojados del territorio de la República, todos los franceses estarán en requisición permanente para el servicio de los ejércitos». Este era el principio. El artículo octavo agregaba: «La leva será general, los ciudadanos no casados o viudos sin hijos de 18 a 25 años marcharán los primeros; acudirán sin retraso a la capitalidad de su partido donde se ejercitarán diariamente en el manejo de las armas en espera de la hora de partir». Y el artículo noveno decía: «El batallón que se organice en cada distrito, se reunirá bajo una bandera que llevará esta inscripción: *el pueblo francés en pie contra todos los tiranos*. Fácil es imaginarse el mal efecto que produjo el decreto en el país al cual la amenaza de una nueva invasión renovaba el gran sentimiento de 1792; era preciso, había dicho Carnot, miembro ahora del Comité de salvación pública, «organizar militarmente el furor popular». Este furor era tal, que la Convención, que estaba decidida para encontrar los 400.000 soldados necesarios, a publicar un segundo llamamiento, no se consideró en vista de las circunstancias, a hacerlo. La primera leva de 18 a 25 años, engrosada con numerosos enganches voluntarios, dió los 425.000 hombres que hasta los últimos años del Directorio nutrieron los ejércitos de Francia. Barrere decía que era ésta la *requisición de la Libertad*. Ciertamente, todos los requeridos no se consideraban tan libres, pero nadie osó eludir el mandato: «Estos muchachos llevados por millares a las fronteras—escribirá Rivarol—venían temblando a hacer temblar a Europa, frase lapidaria digna de Tácito, pero pronunciada por un realista poco benévolos; muchos corrían también poseídos de un furor sagrado.»

«La Revolución contaba con los favores de la fortuna y así casi todas sus disposiciones por muy aventuradas que fuesen, venían a verse consagradas por el éxito. En esta ocasión, como nos declara Madelin: «Una medida vino a hacer eficaz esta nueva leva. El gobierno revolucionario, instruido por los precedentes, no quiso en manera que los voluntarios de 1792—y con mayor razón los requisionarios de 1792—quedasen entregados a sus fantasías de indisciplina. Se ordenó absorber todos estos nuevos soldados, voluntarios y requisionarios, en el antiguo ejército de línea. Esto era la amalgama preconizada en otro tiempo por Kellermann. Mr. Chassin, nos ha dicho después Camilo Roussel, nos ilustra acerca de la manera cómo hubo de procederse para conseguirla y cómo cada dos batallones de voluntarios, refundiéndose con uno sólo de veteranos, constituyeron las famosas medias brigadas que tanta fama habían de conquistar en la Historia. Este procedimiento se resiente del ambiente de la época: Un convencional, comisario, de brigada, va a cada ejército, nos declara Chassin. Reúne dos batallones de voluntarios y uno de línea; anuncia su fusión, hace prestar juramento de mantener la libertad, la igualdad y la República una e indivisible o de morir en sus puestos; a continuación designa el que por poseer mayores méritos ha de ser entre los tres jefes de batallón, el elegido para mandar a media brigada y a continuación, le encarga el conducir a la victoria a los defensores de la Patria. El nuevo jefe ordena romper filas, y una vez rotas, se abrazan los soldados gritando ¡Viva la República! Despues, formada nuevamente la tropa, la media

brigada desfila ante el comisario cantando la Marseillesa y así se funde, esperando que después se forje al fuego el ejército que en poco tiempo va a hacer temblar a Europa. El pequeño labrador y el modesto artesano es definitivamente el soldado de la República, que viene imbuido de espíritu militar y bien encuadrado en las filas, se entregará de lleno a la conquista de la gloria.»

Había que poner a este ejército en condiciones para luchar en el campo de batalla. El oficio de las armas tiene sus exigencias propias. Por ello, según lo declara Madelin, hubo que forjarle una disciplina y hubo que darle una táctica apropiada. El que ataca es vencedor, escribió un día Richelieu a sus mariscales. Tal es el parecer igualmente de Dubois-Crancé, que fué uno de los consejeros militares de la Convención y que predicó la guerra de masas y el ataque a la bayoneta. Se dirigirá sobre los puntos de ataque el mayor número posible de tropas y luego de haber quebrantado al enemigo, se le atacará a la bayoneta, lo que, agrega él, hálase de acuerdo con la impetuosidad y el carácter naturales de la nación.

Los generales deben penetrarse de esta táctica y no ha de perdonárseles una sola derrota: Es ya tiempo—ha dicho uno de los miembros del comité—de que se sepa que pesa una responsabilidad terrible sobre su cabeza y que un error involuntario no habrá de excusar aquélla. La Convención nacional quiere que los generales obedezcan las órdenes del Comité de salvación pública y cada uno de ellos responderá con su cabeza de su más exacto cumplimiento. Y esto, según lo declara Madelin, no fué una amenaza baldía: Dumouriez, Custine, Beauharnais, Houchard, Flers y otros diez van a pagar con su destitución y después con su cabeza, no sólo los fracasos de sus tropas, sino imaginarias equivocaciones y hasta la antipatía de los comisarios en los ejércitos. Kellermann y Houché mismo, serán en vísperas de Thermidor destituídos y arrestados. Los terribles comisarios son detenidos en los ejércitos aparentemente para vigilar su intendencia y su administración, en realidad, para tener bajo su vigilancia a los jefes militares. Se les ha armado con el rayo a tales comisarios, *más poderosos que los de un rey*, según exclamación de un convencional. Algunos abusaron; llegaron al extremo, y ésta fué la debilidad de algunos de ellos, de querer imponer planes a los generales, siendo causa de que hicieran injustamente sufrir a casi todos ellos con su mal humor y algunas veces con más bajos sentimientos, aunque la mayor parte colaborasen activamente y cordialmente con los jefes militares, mostrando, llegado el caso, como ocurrió con Carnot, Saint-Just, Merlin de Thionville y Livasseur de la Sarthe, que su valor ante el fuego enemigo emulaba al de los más dignos hombres de guerra. Algunos hubieron de denunciar con clarividencia no sólo la incapacidad efectiva de ciertos viejos generales, sino las deficiencias en la disciplina de las tropas y las faltas de la intendencia y de la administración en los ejércitos. Fueron agentes de enlace entre éstos y la Convención y algunos de ellos, lejos de sacrificar a los jefes, llegaron en ocasiones a salvarlos, librándoles de los odios más ciegos. Ínocentemente la Convención que no podía escapar de la seducción de las fórmulas doctrinales, había creído que los ejércitos se levantarían de repente: ¡14 ejércitos de 100.000 hombres! Era ésta una concepción infantil: los 752.000 hombres de que pudo disponer la República después de la requisición de 1793, fueron por Carnot, espíritu sereno que ponía las realidades bajo las frases de Barrere, distribuidos como era lógico, entre los distintos puntos de la frontera y el interior, según lo reclamaban las circunstancias propias de cada caso.

Madelin no podía por menos en su conferencia, al llegar a este punto, de hacer un merecido elogio de la personalidad y de la positiva labor llevada a cabo por esta gran figura de la Revolución francesa. No hemos de transcribir aquí los conceptos del conferenciante francés. Como él afirma: En su oficina llena de cajas verdes, este hombre, salvó a Francia de la invasión y, proporcionándola tantas victorias, la libró del oprobio y de la derrota.

La previsión de Carnot llegó a todos los extremos y pudo satisfacer todas las necesi-

dades. Era preciso ante todo armar, nutrir, vestir y pagar a los famosos catorce ejércitos. Se encontró el dinero transformando en tesoro de guerra los bienes confiscados a los emigrados. Se organizó la fabricación de la pólvora: Carnot no era de los que decían «la República no tiene necesidad de químicos». Por el contrario, requisionó a todos sus futuros colegas del Instituto: Fourcroy, Monge, Berthollet y Guyton de Morveau. Este último creador de la aerostación militar que en Fleurus debía admirar a los ejércitos. Chaptal fué alistado con el grado de Teniente telegrafista. La guerra servida por la ciencia hizo a su vez progresar a las ciencias. En lo que respecta a los vestidos y a los víveres, las requisiciones de los comisarios en los departamentos lo proporcionaron en parte; en Marsella, Barras y Freron, requisarán repentinamente 20.000 camisas, obligando a entregar una por cabeza a cada uno de otros tantos ciudadanos acomodados; o, para requisarles todo su calzado, Fouchet condena a marchar toda una población en sandalia; sin olvidar tampoco el decreto que para alimentar a los soldados ordenó reservar la octava parte de los cerdos existentes en la República.

La hecatombe de los viejos generales—de Custine a Houchard—frecuentemente cruel e injusta, permitió poner a la cabeza de los ejércitos a los jóvenes jefes que acababan de revelarse como adaptados a las nuevas maneras de maniobrar y combatir: Hoche, Kleber y a su lado jefes de brigada de una virtud admirable como el general Chancel que, respondía a las quejas de sus hambrientos soldados, «Aprended lo que es una larga serie de privaciones y de sufrimientos y que sólo con ella se adquiere el honor de combatir y de morir por la Patria». Sabía indudablemente a quién se dirigía dicho general: después de dos años de guerra, el ejército de la Revolución estaba a punto de constituirse perfectamente, los soldados convertidos en duchos guerreros, pero en cuya alma vivía la fe del ciudadano, verdaderamente mística.

Habían indudablemente recibido rudas lecciones, en Neerwinden y en Francfort, pero su fe en el triunfo final de los soldados de la libertad sobre los déspotas no se había debilitado. La amalgama que venía a encuadrar entre los antiguos soldados del viejo ejército a los nuevos soldados de la libertad, iba convirtiendo a éstos en aquéllos y con el ejemplo que ellos les dieran, los jóvenes recién ingresados en las filas se convertían en buenos soldados. Las victorias sucedieron a las derrotas, viniendo a confirmar la fe que en buenos soldados. Ya la victoria de Jourdan en Wattingnies, alcanzada el 16 de octubre de 1793, permitió al rechazar a los austriacos hacia los Países Bajos; Hoche después de una serie de éxitos en Alsacia, echaba de ella a los imperiales tras la victoria de Wisemburgo, el 26 de diciembre y después de seis meses de combates afortunados en todas las fronteras, el mismo Jourdan tomando la ofensiva en la del Norte, conseguía el 26 de julio de 1794 la victoria de Fleurs, la más bella batalla que hasta entonces conocieran los ejércitos de la Revolución. Quince días después entraba en Bruselas, reanudándose la guerra de conquista. Los ejércitos franceses iban a amenazar las comarcas vecinas de España e Italia, penetrar en Holanda, reconquistar la orilla izquierda del Rhin y plantar esta vez por largo tiempo la bandera tricolor en las catedrales de Colonia y Basilea, y desde aquí hasta el mar, bordeando las fronteras naturales de Francia; forzar a España y a Prusia a abandonar la coalición, traspasar el Rhin con Jourdan y luego con Hoche, amenazando por dos veces la línea del danubio, franquear los Alpes con Bonaparte, después de dieciocho meses de combates inmortales; forzar a Austria a capitular, restableciendo así la paz del Continente por una serie de victorias sin precedente en los anales de la Historia. Los voluntarios de la libertad se convertían gracias a ella en los conquistadores de toda Europa.

Este ejército tenía que afectar una forma característica, como hasta entonces no se había conocido. Madelin nos lo describe en breves, pero acusados trazos: «A su frente, todo un Estado Mayor, salido del mismo gran impulso de 1791 y 1792, conducía a la victoria a estos soldados de la República; un Estado Mayor constituido por jóvenes procedentes en su mayor parte del pueblo. Los antiguos oficiales inferiores como Marceau,

Massena, Augereau, Murat, Monsey, Soult, Lefebre, Oudinot, Bernardotte—el antiguo sargento buenas piernas—que habían sido paralizados en su carrera por el edicto del Conde de Segur, venían a encontrar ahora su revancha, viéndose al frente de las brigadas y de las divisiones; pero aun había más maravillosas fortunas que las suyas: Eran las de los jóvenes voluntarios que portaban ya, después de tres años, el frac bordado de los generales del ejército. El sobrino de la frutera de Versalles, Lázaro Hoche, era la figura más característica de esta pléyade ilustre. Enganchado a los 21 años, franqueó ocho grados en tres años, y a los 24 de edad, era Comandante en Jefe del ejército del Mosela. Courier cuenta que al ir a visitar a este joven general y a su jefe de Estado Mayor que sólo tenía 25 años, encontró alrededor de él generales y jefes de brigada de los que el mayor no tenía 26 años: «Me pareció joven como la Revolución, dice un visitante, y robusto como el pueblo. Su mirada es alta y profunda como la de un águila; esperemos amigos míos, que nos conducirá a la victoria como los franceses deben ser conducidos». Y así lo hizo. Conociendo lo predispuestos que estaban a caer de nuevo y sin cesar en la indisciplina y el pillaje, les decía: «Compatriotas tales como vosotros, cuando son disciplinados, no hay más que intentar para lograr, combatís por la libertad, y es preciso al propagarla hacerla amar... Que el orden y la disciplina reinen en vuestras filas y la Patria estará salvada. Firme y digno cuando era preciso, les hablaba como un joven hermano mayor que, conocía sus defectos y sus virtudes, y no hacía para contrarrestar aquéllos, sino llamar a éstas. El magnífico Kleber, de cuerpo hercúleo, fuerte y cordial con rudeza, alsaciano de alma impetuosa y energética, siempre ardiente de patriotismo, parecía a sus soldados un patriarca porque tenía 40 años; es preciso citar al caballeresco Marceau y a Massena, este último natural de Niza, cuya mirada ardiente revelaba ya su genio, mientras que aquél, bretón, un poco soñador, de rara sangre fría y valor imperturbable, General de División con 31 años, iba como el otro a recibir un ejército.»

«Con Jefes jóvenes y que participan en los peligros de la guerra, escribe Lavalette, la disciplina es fácilmente soportable.» Gracias al ascendiente ejército por su juventud, alcanzaba la imposición consentida de una fiel disciplina, siendo por lo general sinceramente cordiales y con frecuencia, alegres y exaltados, no dejando nunca de ser jefes dignos de su jerarquía, abrasados en amor a la Patria, fieles y entusiastas por la República y dotados del empuje revolucionario. Hoche lloró a Marat, *este infortunado apóstol de la libertad*; y hasta 1795 ninguno pretendía otra cosa que ser simplemente el mejor servidor de Francia, que equivalía tanto como a serlo de la Revolución y de la República.

«Debido a estas características en inteligencia también eran parecidos los jefes a sus soldados. Estos últimos, cualquiera que fuese su origen, eran patriotas al modo de 1792. La virtud, en el sentido antiguo de la palabra, que les había precipitado a la frontera para la defensa de la Patria, permanecía inalterable.»

Su alma se consagraba por entero a los principios que triunfaron en 1789: la libertad, la igualdad y la fraternidad. Habían adoptado los amores y los odios, los entusiasmos y los prejuicios de la Revolución, y no hablaban más que de los crímenes de los despotas y del fanatismo de los sacerdotes. Algunos que permanecían fieles a la Religión, se mostraban no obstante violentamente anticlericales, tal por ejemplo el fusilero Joliclec, que fustigaba: «A estos desalmados clérigos», en una carta en que deploraba la pérdida de su escapulario.

«Amantes de la libertad—como se decía entonces—enemigos de los realistas a los que se decía encontrados con los emigrados, en alistamientos contra ellos bajo banderas enemigas, acababan por odiarles a unos y a otros, no distinguiendo por otra parte entre los partidos que se disputaban la República, o por mejor decir, afectos siempre al partido que había triunfado, teniéndolo por el más puro. Aclamaron así y despreciaron alternativamente a Brissot y Marat, Danton y Robespierre: fué esta la época en que el «Pere Duchesme» inundando los ejércitos, les hacían ver en el periódico de Hebert, dice Barras, el evangelio de la Revolución.

«Estimaban que el Comité de salvación pública salvaba la Patria, y, sabiendo que Barrere estaba encargado, desde octubre de 1793, de anunciar a la Convención las victorias de los bravos, se lanzaban al asalto del enemigo, gritando: «Barrere! Barrere! Barrere a la Tribuna!» confundiendo en un amor común a la República y a la Patria, ésta siempre presente en su memoria. Sin duda en el fondo aspiraban la mayor parte a regresar a sus hogares. «No podemos pensar que esta guerra sea larga... Tenemos nuevas y buenas noticias que seguramente nos conducirán a la paz, ¡Dios lo quiera!»—escribía uno de ellos—; pero, a pesar de todo, permanecerán bajo las armas todo el tiempo que sea necesario. Alistado para una campaña, algunos permanecerán en el servicio seis, diez y a veces veinte años. «Es preciso hacer algunos sacrificios para salvar a la Patria. No espero poder volverme al país más que cuando llegue la paz», escribe uno de ellos, y en otra carta se lee: «Me veréis volver cubierto de gloria o habréis tenido un hijo digno del nombre de ciudadano francés..., que sabrá morir por la defensa de la Patria»; y todavía en otra: «En tanto que la Patria necesite de mis brazos, ellos estarán a su servicio.»

Revolución, República, Patria, a las tres se las amaba con exaltación: son ellas las que vibran en la Marselesa. La Marselesa, nadie se hace idea de lo que representó para estos hombres. «¡Ella vale diez Ejércitos!», exclamará Napoleón, y no habrá exagerado apenas. Cuando los soldados se sienten fatigados, descorazonados o abatidos, ella los reconforta. En la hora del combate los electriza. Es la señal de la tarde, el toque fúnerario del enemigo y el himno de la victoria. Enviadme diez mil hombres y un ejemplar de la Marselesa», ha escrito, al comienzo de la guerra, un general. Y un soldado exclama: «¡Nos hemos batido uno contra diez, pero la Marselesa combatía de nuestra parte!» Cuando en los campamentos se llegaba al versículo «amor sagrado de la Patria», los hombres caían algunas veces de rodillas. Eran valientes, endurecidos, fuertes por ellos mismos. Pronto conocieron todas las privaciones. No obstante los esfuerzos intentados para alimentarlos y vestirlos, estaban sin cesar privados de todo y en andrajos. «Un tercio de los soldados marchaban descalzos—escribe Gouvión Saint-Cyr—, y no se ve sobre sus cuerpos ningún vestido de uniforme, más que la *bufleterie*.» Jolicerc hizo toda una campaña con un pantalón remendado con un trozo de tela de mujer que encontró en la Vendée. Frecuentemente tenían hambre: «A menudo—escribe Jolicerc—pasamos seis días sin ver ninguna distribución.» Pero llevaban sus trabajos con paciencia y aun con alegría, burlándose de ellos. «Soy vuestro hijo perfectamente harto...; pero es sólo el Miércoles de Ceniza.» «Padezco hambre, sed, frío, calor; no tengo tabaco, no tengo ropa interior... Mal calzado y todavía peor vestido, no tengo ni fiebres, ni cólicos, y sí buen apetito; pero nada con que dar trabajo a mis dientes.» Qué importa. «No hay ninguna privación que el soldado no esté pronto a soportar para procurar la dicha a la República.» Pensaban ellos como Chancel, que es por una larga serie de privaciones cómo un soldado merece el honor de morir por la Patria.

Conservaban siempre el mismo buen humor enfrente de los peores sufrimientos; inconscientes del peligro, censurando incluso a sus heridas, desafiaban la muerte. «He recibido—escribe un soldado—un tiro de metralla en la nariz; como soy un poco nárgido, esto me quitará lo que tenía de más.» Y Fricassi, que asistió al sitio de Maguncia: «Todos los que han perdido la vida en este sitio no han dado, en medio de los dolores, ningún signo de temor; sus rostros permanecieron en calma y serenos, su última palabra fué ¡Viva la República!...» El defensor de la Libertad bendice el golpe que le hiere, porque sabe que su sangre no corre más que por la Libertad.

Valientes y resignados, no siempre cómodos para sus jefes, algunas veces merodeadores y *paillards*, pero buenos muchachos siempre, acababan por conquistar los corazones, y considerándose los misioneros de la Libertad, alababan a los alemanes, belgas, holandeses e italianos; las virtudes de la Revolución, que rompía las cadenas de los esclavos. El sabroso libro de el Conde de Erckmann-Chatrian, «Madame Therese», pinta

exactamente estos soldados, a la vez vacuos y grandilocuentes, desarrapados y despier-
tos, desenvueltos y declamatorios, que unían a toda la rudeza de los guerreros plebeyos
la exaltación de los apóstoles encargados de propagar la fe y el amor revolucionarios.

Tanto como las veladas de trabajo de Carnot en el Comité de Salvación Pública, el modo de ser de estos soldados explica la victoria. Victoria que pareció a Europa un milagro del infierno; era una prueba más de que Europa se había groseramente engañado cuando, viendo a Francia presa de convulsiones, había considerado a este país maduro para aplastarlo; los Reyes y los Ministros habían ocultado a las Cancillerías extranjeras cómo una nación, que poseída desde hacia siglos hasta sus capas más profundas de un patriotismo constante, iba a hacerlo repentinamente estallar con el genio guerreiro de su brazo. El extranjero debió haberse acordado de que fué una hija del pueblo la que, en siglos lejanos, había salvado a Francia. ¡Qué no podrían hacer de ella estos millares de jóvenes del mismo pueblo, que partían para la frontera en virtud de los dos llamamientos trágicos de la Patria en peligro!

Poco a poco—entre 1796 y 1799—, jefes y soldados van, sin, al parecer, cambiar de principios, a cambiar de actitud. Con conocimiento pleno de los servicios que han prestado, entenderán deber poner fin a las turbulencias de la política. República, empujada a la gran guerra, sufrirá la suerte que ya Saint-Just preveía: «Se verá salir un día de sus filas á algún ambicioso que matará la Libertad.»

En espera de salvar la Patria, ellos, por añadidura, salvaron, en los tiempos de matanzas civiles, el honor de la nación y mostraron a los admirados extranjeros lo que esta vez se estaban en derecho de llamar la verdadera representación de Francia.

Como apreciarán nuestros lectores, no puede darse una descripción más viva, más animada, más sugestiva, de lo que pudieron ser los ejércitos y los soldados de la Revolución, aunque, ciertamente, por muchos puede estimarse que hay un noble y disculpado exceso en la estimación y calificación de los hechos y personas. Así, muy bien pudo pasar que aquella exclamación de los recién alistados de «¡Ya somos soldados!», lejos de ser la explosión del entusiasmo patriótico o revolucionario, fuese el grito de alegría con que el hombre, amenazado de un grave peligro, se da cuenta de haber logrado su salvación, y de este modo no sería muy difícil desentrañar de la *majestuosa grandeza* de la Revolución y del encendido espíritu de sus defensores, mucho más bien digno de censura que de alabanza.

